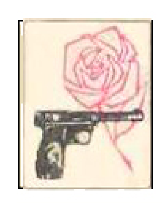


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Los mercenarios, vol 1 y 2

Novela de pura imaginación, en absoluto basada en hechos reales… afortunadamente.

Un hombre llamado Ernest Raysdale, muerto hace varias semanas, envía a su esposa una tarjeta postal, cuyo contenido escrito de su puño y letra le informa de que, incapaz de resistir más, abandona empleo en los comandantes de alquiler en Foxhole Blue.



Lou Carrigan

Los mercenarios, vol. 1 y 2

Brigitte en acción - 64

Brigitte en acción - 65

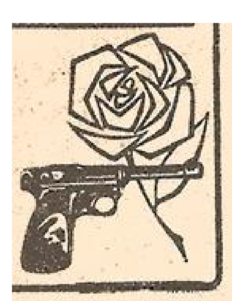
ePub r1.0

Titivillus 02.07.2017

Lou Carrigan, 1967
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte

EN ACCION



El principio

El hombre se detuvo ante el mostrador, al parecer vacilante. Tenía los ojos enrojecidos, estaba muy pálido, y su expresión era crispada. Era alto, de hombros anchos, ojos oscuros, mandíbula aguda, firme.

El empleado acudió hacia él, lo miró, y su expresión demostró claramente que no le satisfacía la presencia de aquel cliente. Demasiado tenso el rostro, demasiado prietas las mandíbulas, demasiado brillantes los ojos…

—Una botella de *whisky*.

—Emmm… ¿Está seguro de que quiere eso, señor?

—Seguro. Pero no tengo demasiada prisa.

—Bien… Es ya un poco tarde… Quizá sería mejor que dejase para mañana la adquisición de la botella, señor.

—La quiero ahora. Y puedo pagarla.

Eso, en verdad, no resultaba demasiado sorprendente. El hombre iba barbudo, no tenía buen aspecto, parecía preocupado… Pero no parecía de los que no tienen con qué pagar sus vicios. Dejó una moneda de veinte dólares sobre el mostrador, así que el camarero tuvo que ir a buscar la botella.

Con toda premeditación, aquel hombre se había detenido justo en la parte del mostrador donde estaban las tarjetas postales y el bolígrafo colgando de una cadenita de latón. Como era frecuente, sobre el mostrador se veían algunas de las tarjetas postales, que otros clientes debían de haber mirado y luego dejado allí, decidiéndose por otras, finalmente.

El hombre tomó la primera que encontró a mano, le dio la vuelta, tomó el bolígrafo y, vuelto de espaldas a la puerta, escribió rápida mente unas líneas en la tarjeta postal. En el lugar donde debería haber colocado la estampilla, indicó que sería franqueada en destino; esto es, que el pago a Correos lo efectuaría el destinatario. Luego, y a pesar de que no era dinero lo que parecía

faltarle, la robó. La robó. O sea que ocultándose a la posible mirada del empleado, la escondió bajo su gruesa cazadora.

Cuando poco después tuvo ante él la botella de *whisky*, la tarjeta postal estaba bien oculta bajo sus ropas. Y a modo de compensación, tras tomar la botella, dijo:

—No quiero el cambio, muchacho.

—Muchas gracias, señor.

Había pagado la tarjeta postal, solo que el empleado ni siquiera supo el extraño comportamiento de aquel cliente que ya parecía haber bebido más de la cuenta, y, a pesar de eso, adquiría una botella de *whisky*.

Cuando el extraño cliente se volvió hacia la puerta botella en mano, un hombre se apresuró a ocultarse, por el simple procedimiento de salir fuera del lugar. Su movimiento fue rapidísimo, pero no tanto que el cliente ladrón de una tarjeta postal no tuviera tiempo de verlo. Y quizá por verlo, su expresión se endureció más, sus mandíbulas se crisparon más fuertemente.

Por un instante, pareció vacilar, como, resistiéndose a salir a la calle. Fue una vacilación brevísima. Enseguida, se dirigió a la salida, con paso resuelto. Apareció en la calle no muy seguro sobre sus piernas, como aturdido, pero eso era mentira. La verdad era que miraba hacia el auto en el que se había metido el hombre de la puerta, el que lo había estado espiando.

Y de pronto empezó a caminar en la misma dirección que podía tomar el auto sin maniobrar. Era como si les estuviese haciendo el juego a los dos ocupantes.

Uno de ellos, el que había estado espiándolo mientras compraba la botella de *whisky*, musitó:

—Ahí lo tenemos… Creo que me ha visto.

—¿Qué ha hecho ahí dentro? —preguntó el otro.

—Ha comprado una botella de *whisky*.

—¿Y qué más?

—Nada más. Ha pedido una botella, según me ha parecido, luego se la han traído, la ha pagado, y ha salido. Eso es todo.

—¿Estás seguro de que no ha habido contacto especial con el empleado?

—Claro que no. Lo ha tomado por un tipo que ya ha bebido mucho… y que quiere seguir haciéndolo. Vamos, síguelo. No

podemos arriesgarnos a perderlo de vista.

—No sé por qué tantas contemplaciones. Ha demostrado que no va a servir para ser comandante. Por tanto, lo matamos y ya está.

—Calma. Veamos antes si intenta contacto con alguien. Esto es muy delicado… Quizá tenga alguien que le esté esperando, que esté dispuesto a ayudarle a escapar… Hay que estar seguros de estas cosas.

El hombre que estaba al volante encogió los hombros. Para él, todo era mucho más sencillo, pero su especialidad no era la de su compañero, esto es, liquidar a gente que no funciona debidamente. Para el que estaba al volante, las cosas eran claras desde un principio: si alguien tenía que ser asesinado, se le asesinaba y en paz. El otro, no. El otro era lento, reflexivo, lo pensaba todo detenidamente. Matar es fácil. Tan fácil que si luego ha habido un error ya nada puede enmendarse. Por eso, siempre era mejor asegurarse de que no iba a haber ningún error.

El auto se puso en marcha, detrás del comprador de la botella de *whisky*. En el asiento trasero se veía una gran caja de madera, de la cual brotaban unos sordos gruñidos salvajes, escalofriantes.

—No lo pierdas de vista… Ha doblado la esquina.

—Ya lo sé.

—Quizá pretenda alejarse de la ciudad. No me explico por qué ha venido a esta parte a comprar la botella. Y menos me explico que un hombre como él compre una botella de *whisky*. Da la vuelta con mucho cuidado. Es hombre de recursos.

—Je… A lo mejor nos tira una bomba al coche.

—No es eso. O quizá sí. Ten en cuenta que todos los comandantes son seleccionados. Eso quiere decir que no podemos confiar en él, de ninguna manera. Su… abatimiento, su desesperación, puede ser fingida. Casi seguro que va armado, además. De modo… ¡Ahí lo tenemos!

Efectivamente. El perseguido apareció claramente, de espaldas a ellos, alejándose calle abajo. Pero, a la siguiente esquina, dobló y emprendió el camino hacia la parte norte de la ciudad. Se había subido el cuello de la cazadora. El clima, incluso en la entrada del verano, no era precisamente caluroso. De los Montes Chugach y de los Montes Alaska, llegaba el fresco viento de la nieve que todavía quedaba en las laderas que se cernían sobre Anchorage.

—Parece que quiere salir de la ciudad. Y va tierra adentro.

—No es lógico —musitó el del volante—. Debe de saber muy bien que por ahí no podrá escapar.

—Debe de tener algún truco preparado. Calma. De momento, no vamos a acercarnos a él. Veamos lo que hace.

Pero el perseguido no hizo nada. Simplemente, continuó caminando hacia la salida norte de la ciudad. Poco a poco, las casas fueron espaciándose. La noche era cerrada, fría y oscura, con el mencionado viento de las montañas cercanas; un viento frío, casi helado. Alaska no es país donde uno pueda confiarse. Ni siquiera allí, en el arco que da directamente al Pacífico, lugar donde el clima resulta más moderado…

—Nos ha visto…

—Hace rato que ha tenido que vernos. Está tramando algo, estoy seguro.

—Puedo arrollarlo con el coche. Todo será muy fácil.

—Espera. No hay prisa nunca en estos casos. No olvides que tendremos que presentar un informe completo. Lo mataremos, desde luego. Y después iremos a preguntar si solo compró una botella de *whisky* o hizo o habló algo más. Aunque lo dudo. Lo vigilé bien. Tan solo… Bueno, quizá pudo… tocar unas tarjetas postales. Oh, no. Ni siquiera eso. Estoy desconcertado.

—¿Por qué no preguntas qué hacemos, y terminamos de una vez?

—Es una buena idea.

El que había estado vigilando al ladrón de la tarjeta postal sacó una radio de un bolsillo interior del chaquetón de pieles, y la accionó.

—Foxhole Blue número nueve llamando a Central. Contesten.

—Adelante, nueve.

—Lo estamos siguiendo. Ha comprado una botella de *whisky* y está caminando ahora hacia la salida norte de la ciudad. Antes de eso, se dedicó a beber, aunque no demasiado. No está… no puede estar tan borracho como pretende aparentar. En mi opinión, está buscando el modo de despistarnos, y entonces intentará la verdadera huida. ¿Qué hacemos? Cambio.

—Mátenlo. Ahora. Cambio.

—Bien. Fuera.

La radio dejó de funcionar y fue guardada nuevamente bajo la espesa capa de pieles.

—Ve a por él. Ya has oído, ¿no?

—Es lo que te estaba diciendo. Con matarlo, todo queda solucionado. Allá voy.

El que conducía el auto dio más gas. Apenas si se oyó un incremento de rumor en el motor, pero el coche se deslizó a una marcha mucho más veloz, casi como si saltase. Mientras tanto, el otro había sacado de debajo del asiento una caja de cartón, que abrió rápidamente, para coger con firmeza un fusil corto, de grueso cañón, dotado de mira telescópica.

—Acércate más. No quiero fallar. Será un placer darle de lleno y partirlo en dos.

El auto se acercó a las fachadas de las casas.

Allá, ni siquiera había acera. En realidad, estaban ya casi en el límite de la ciudad. Las luces eran escasas, el viento soplaba con más fuerza. Parecía como si en el aire flotasen copos de nieve negroazulados…

El perseguido se volvió, de pronto. Vio el coche acercarse silenciosamente, y, asomando por la ventanilla de la derecha, el tubo de color gris-plata, que parecía de aluminio. Entonces, echó a correr, justo en el momento en que se oía un sordo zumbido. Por el sitio donde el perseguido había estado un segundo antes pasó un destello violáceo, de forma alargada. Al no encontrar obstáculo, aquel destello llegó hasta la fachada de la casa, se estrelló allí con sordo «plof», brotó una vivísima luz anaranjada y un humo casi negro.

Eso fue todo.

—¡Maldita sea…! ¡Síguelo!

El que había disparado abrió la culata del arma, sacó un proyectil que parecía un dardo para dianas de corcho y lo introdujo furiosamente en la boca del tubo gris-plata. El coche se decantaba, rechinando los neumáticos, perdido ya todo disimulo. Estaban a la caza de un hombre que ya se había enterado; habían recibida orden de matar, y el tiempo ya no sobraba.

—¡Allí! ¡Ve tras él!

Se veía al perseguidor corriendo a toda velocidad hacia la siguiente esquina. El auto se bamboleó, volvieron a rechinar los

neumáticos. En la ventanilla de la derecha, el que manejaba el extraño fusil se agitaba impaciente, buscando su blanco, su presa.

—¡Lo veo…!

—Cuidado. Piensa que esos proyectiles solo son mortales en blanco directo. Si no le das precisamente a él, no conseguirás nada. Casi sería mejor lanzarle una bomba…

—¡Nada de ruidos! Tú sigue, que a la próxima vuelta lo alcanzo…

Otra esquina. Pero tampoco entonces alcanzaron al hombre, que estaba demostrando ser un auténtico atleta. Estaba ya en el otro extremo, y, de un modo en verdad imprudente, se había detenido, buscando protección tras el recio obstáculo de uno de los buzones de Correos, de la US Mail.

—¡Acelera, acelera…!

—Tiene una pistola, por lo menos; no lo olvides.

—¡Yo le daré pistola…! ¡Fíjate en esto!

Se oyó de nuevo el zumbido. Luego, el sordo «plof» del dardo contra el buzón de US Mail. Brotó otra vez el mismo humo, la misma llamarada. Pero el perseguido había conseguido una vez más esquivar el impacto, y ahora se alejaba a toda prisa del buzón… Algo había cambiado en él: la tarjeta postal que había robado ya no estaba en su bolsillo.

—¡Te estás poniendo nervioso! —exclamó el del volante—. ¡Así no vamos a cazarlo nunca!

—¡Tírale tú, si tan fácil lo ves!

El del volante movió la cabeza pacientemente.

Al fin y al cabo no tenían por qué extrañarse de que la pieza resultase difícil de cazar: todos y cada uno de los comandantes habían sido elegidos cuidadosamente. Hombres de acción, inteligentes, audaces, de probado valor. No se alquilaban inútiles, sino gente eficaz.

—Está ya saliendo definitivamente de la ciudad. Afina la puntería. Ahora, en campo abierto, no podrá escapar.

—¡Te estás durmiendo al volante! ¡Va directo hacia el bosquecillo de pinos!

—¡Esto no es un *jeep*! —Gruñó el que conducía.

Se veía, quizás a menos de setenta yardas, la silueta del fugitivo, ciertamente directo hacia el bosquecillo de pinos que había en el

extremo norte de la ciudad. El coche se deslizaba veloz y fácilmente por la fina pista, pero, para poder seguir al fugitivo, tuvo que salir de la cinta de asfalto, saltando peligrosamente sobre el terreno natural.

—¡No puedo apuntar…! ¡Se va a meter en el bosquecillo!

Y así fue. Antes de que el tirador del coche pudiese disparar por tercera vez su extraña arma, el fugitivo se había metido entre los altos abetos, desapareciendo en la oscuridad. El coche se detuvo en seco en la linde, y los dos hombres saltaron a la vez, uno empuñando el arma de sordo estampido y el otro una pistola.

—Es un iluso si cree que vamos a seguirlo ahí dentro. Entonces estaríamos en igualdad de condiciones, y eso no es lo nuestro. Voy a soltar los perros.

—Ellos lo traerán.

Fueron al coche, sacaron la caja de madera y la abrieron, lentamente, apenas cinco pulgadas. Unas patas blancas aparecieron por la abertura, y los gruñidos aumentaron de tono.

—¡Traedlo…! ¡Matadlo, matadlo…!

La compuerta se abrió del todo y dos bultos blancos salieron como flechas, directos hacia el bosquecillo, ladrando furiosamente, dejando tras ellos la sensación de unos ojos ardientes, unas fauces feroces, unos brillantes colmillos. Los dos perros salvajes de Alaska fueron engullidos por las sombras del bosque.

—Los seguiremos dentro de cinco minutos —sonrió el que había fallado dos disparos—. Y recogeremos lo que hayan dejado.

—Demonios… No me gustaría ser yo quien estuviera metido en ese bosque llevando tras de mí a dos fieras semejantes.

* * *

El fugitivo oyó nítidamente, tras él, los furiosos ladridos, y notó el erizamiento de sus cabellos.

La verdad era que ya había temido algo semejante desde un principio, pero una cosa era temer algo y otra cosa cerciorarse de que ese algo temido se convertía en realidad.

Tuvo la plena convicción de que a los perros no podría engañarlos, ni burlarlos. No tardarían ni siquiera un par de minutos en dar con él.

Y entonces la pelea sería terrible. El único modo de contar con alguna probabilidad a favor era no huir, enfrentarse a los dos salvajes canes blancos, de rabo retorcido, que iban tras sus talones. Si continuaba huyendo, en cualquier momento una de aquellas bestias salvajes, o quizá las dos, caerían sobre su espalda, su nuca…

Se detuvo junto a un abeto, jadeante. A pesar del viento frío, de la baja temperatura, había unas gotas de sudor en su frente… Sacó la pistola del sobaco, movió la corredera, y esperó, tensos todos los músculos, fijos sus ojos en la oscuridad que había dejado tras él.

Ni siquiera diez segundos más tarde, los dos perros salvajes aparecieron, como blancas sombras lanzadas a toda velocidad, sorteando los abetos, rastreándole sobre la marcha, implacables… El fugitivo tragó saliva, alzó la pistola y apuntó hacia uno de los perros de raza esquimal salvaje, capturados en la zona norte de Alaska, semidomesticados solamente.

Plop.

Uno de los perros lanzó un aullido tremolante, saltó dando una vuelta de campana, con lo que la sangre de su reventada cabeza salpicó a su alrededor, y quedó tendido en la oscuridad. Pero el otro continuó lanzado, como una auténtica fiera que era, llameantes los ojos, abiertas las fauces…

El fugitivo volvió a disparar, pero la proximidad del animal le aterró hasta el punto de que falló. El perro, en cambio, no falló: como una andanada de muerte, su blanco cuerpo impactó con fuerza contra el pecho del hombre, que lanzó un chillido y cayó de espaldas, tanto por la fuerza del golpe como por el miedo que debilitó sus piernas. La pistola escapó de su mano, hacia la oscuridad, mientras el perro caía encima de él, gruñendo de modo espeluznante.

Y la primera dentellada, ferocísima, dirigida a la garganta, falló por poco. Los agudos dientes blanquísimos se clavaron con seco chasquido en el hombro del perseguido, que lanzó un largo, profundo, estridente alarido de dolor. Y volvió a gritar cuando el perro, tras hincar sus dientes en el hombro, dio un tirón, para soltarlos y volver a lanzar la dentellada hacia la garganta.

La mano derecha del perseguido se había crispado en el pelaje de la nuca del perro, tirando hacia arriba, de modo que la dentellada no llegó esta vez a ninguna parte. Los dientes crujieron

en el vacío, con seco chasquido. Y simultáneamente la mano izquierda del hombre se crispaba en la garganta de la fiera, apretando hacia arriba, mientras la derecha apretaba entonces hacia abajo.

El blanco perro salvaje aulló angustiosamente, y dio marcha atrás, clavando sus patas en la tierra, intentando quitarse aquel incómodo collar. Pero estaba peleando contra otro animal cuya inteligencia superaba muy holgadamente la suya: el hombre. Un hombre que comprendió en el acto que si soltaba su presa la pelea estaba perdida. Y, por tanto, casi arrastrado por el animal, sus manos se ciñeron, apretaron aún con más fuerza sobre el blanco y áspero pelaje. Y apretaron, apretaron, apretaron, apretaron…

Lo último que se oyó fue el lastimero gemido del perro salvaje, que cayó muerto sobre el pecho del fugitivo, con las abiertas fauces sobre su rostro, manchándolo de baba espumosa. Las manos del hombre soltaron entonces la presa del cuello, pero cada una asió una mandíbula del animal, y ejerció una fuerza de separación, hasta que se oyó el crujido óseo, la rotura de quijadas y vértebras.

Luego, jadeando, casi temblando, el hombre quedó tendido cara al oscuro cielo, desorbitados los ojos, como si estuviese incapacitado para moverse.

Falso.

Falso, porque apenas quince segundos más tarde se movía. Se puso en pie, lentamente, tambaleándose, y estuvo un instante como si fuese a caer de nuevo. Pero cuando cayó, fue a propósito, de rodillas, tanteando con las manos en la oscuridad, hasta encontrar la pistola.

—Ahora… ahora veréis…

Se puso en pie casi furiosamente. Luego, en lugar de huir, emprendió el camino de regreso hacia la linde del bosque por donde había penetrado en este.

* * *

—Ya hace más de cuatro minutos que los perros han entrado tras él… ¿Vamos a buscar su cadáver, antes de que lo devoren?

—Bueno, vamos.

—Por si acaso, ten lista tu pistola.

—Y tú, afina la puntería con eso.

—No será necesario. Los perros lo habrán destrozado ya.

Se separaron los dos a la vez del auto. Y apenas el que lo había estado conduciendo dio el primer paso, por detrás de ellos sonó un apagado «plop», y brilló un cárdeno fogonazo.

La cabeza del conductor del auto estalló con un crujido seco, escalofriante, manchando al otro de esquirlas de hueso, cabellos, carne, masa encefálica… El que llevaba la extraña arma que parecía un fusil de cañón de aluminio dio un fuerte respingo, y se volvió precipitadamente, en tal grado desorientado que la mortífera arma, realmente, de poco podía servirle…

Plop.

También su cabeza estalló con siniestro crujido cuando la potente bala entró por su frente, casi en la cúspide de la nariz, destrozándolo todo, haciendo una horrible aparición por la coronilla, llevándose trozos de hueso, piel, cabellos… El hombre saltó hacia atrás, muerto instantáneamente, lanzando su arma por los aires, ya completamente innecesaria… para él.

Y el perseguido apareció por detrás, con la pistola en la mano, tambaleándose, sangrando profusamente el hombro mordido. De un par de puntapiés se aseguró de que sus dos perseguidores eran ya cadáveres. Y de pronto cayó al suelo de rodillas. La negrura de la noche pareció hacerse más intensa, más lóbrega y terrible; la cabeza empezó a darle vueltas y vueltas, y vueltas, y vueltas… La dentellada del perro salvaje había sido, en verdad, terrible.

Se encontró caído de bruces, turbia la mirada. De pronto, todo su cuerpo parecía arder, sumergirse en un torbellino de aire caliente pegajoso, húmedo, asfixiante…

—Tengo… tengo que conseguir… escapar de aquí…

* * *

Una hora más tarde, otro auto se detuvo en la linde del bosque. Tres hombres se apearon presurosamente, corriendo hacia los dos cuerpos tendidos en el suelo.

Uno de los tres examinó rápidamente los dos cadáveres, respecto a lo cual informó secamente:

—Están muertos. A ver si encontramos a los perros y al

comandante huido.

Se lanzaron los tres bosque adentro, utilizando pequeñas linternas de bolsillo. Les fueron muy útiles. Antes de diez minutos habían encontrado el cadáver del primer perro, muerto de un certero balazo en la cabeza. Apenas veinte segundos más tarde, veían el otro perro, estrangulado, con las mandíbulas rotas, desnucado a la vez, manchados sus dientes de sangre.

—Ha escapado… ¡Ha escapado!

—Busquémosle por aquí… Quizá no…

—Es inútil. Está claro lo que pasó: enviaron los perros al bosque tras él, los mató a los dos, volvió fuera del bosque y mató a nuestros compañeros. Luego, ha escapado con el coche.

Uno de los tres señaló las fauces del perro estrangulado.

—Parece que recibió una buena mordedura.

—Sí… Está herido… Pero todavía es peligroso, ya que después de esto pudo matar a los otros dos… No creo que se haya atrevido a volver a Anchorage. Intentará la fuga por otra parte… Llama a la Central. Que acordonen toda la zona implacablemente. Si está herido, necesitará ayuda, tendrá que acercarse a la ciudad, en busca de un médico, de alguien, de algo… Ordena un cerco completo…

—Ya lo burló una vez.

—¡Pues esto no volverá a suceder! ¡Hay que impedir que entre de nuevo en Anchorage! Si ese comandante escapa, si puede hablar con alguien sobre el asunto, todo se complicará mucho. Hay que buscarlo sin fatiga, sin fallos esta vez. Si escapa, las complicaciones serán muchas, peligrosas, imprevisibles… Afortunadamente, parece que no pudo entrar en contacto con nadie. Haz la llamada: cerco completo.

Capítulo Primero

El cliente de la floristería parecía satisfecho con la propuesta del dependiente, un muchacho alto, de ojos grises, hombros anchos, mirada amable.

—*Okay* —aceptó—. Le envían ese ramo. Pero, por favor, que sea antes de la cena. Me gustaría que ya estuviesen allí las flores cuando yo llegase a casa.

—Vaya tranquilo, señor. Nuestro lema es inflexible.

—¿Qué lema?

—El cliente es nuestro pichón —sonrió el dependiente.

—El cliente es… —El hombre se echó a reír—. ¡Es bueno! Muy bueno, amigo, de veras…

—Y muy exacto, señor. Me pregunto qué demonios haríamos nosotros vendiendo flores si nadie las comprase. Por tanto, complacemos al pie de la letra a quienes nos dan dinero a ganar.

—Usted es simpático, amigo —dijo el cliente—. Es la primera vez que vengo a esta floristería, pero le aseguro que no será la última.

—Muchas gracias, señor. ¿Quiere escribir algo? Una nota… sentimental, si me lo permite.

En aquel momento sonó la campanilla de la puerta de la floristería, pero el cliente había quedado muy preocupado con las palabras del dependiente, y no hizo el menor caso. Posiblemente; ni siquiera oyó el campanillazo.

—Mmm… Caramba, bueno… La verdad es que yo, simplemente, le envío flores, y ya está…

—Si me lo permite, señor, le diré que eso… es poco. Las mujeres son muy… especiales, usted ya sabe. A veces, una palabrita de nada las alegra más que una pulsera de brillantes. Es un decir, claro.

—Lo entiendo, lo entiendo —rio el cliente—. Y tiene usted mucha razón, amigo. Ella siempre dice que… Ejem… Bueno,

realmente, no estaría mal una frasecita… adecuada.

—Imagino, señor, que la dama que va a recibir estas flores es su esposa.

—Ah, sí… ¡Eso sí! Soy un hombre serio.

—Magnífico. ¿Cuántos años llevan de casados?

—Ocho o diez.

—¡Ocho o diez! Por favor, señor… ¿Ocho… o diez?

—Pues… Vamos a ver… El negocio de la «Trempton» fue en el cincuenta y ocho… Eso es: nueve.

—¿Tiene hijos?

—Sí, sí… Dos.

—En ese caso, podría poner… Esto… Emmm… Bueno, podría poner algo así como «Nueve años de felicidad y dos hijos… Te debo demasiado, Elizabeth».

—Es que no se llama Elizabeth.

—Pues como se llame.

—Bien… No está mal… ¡No está mal!

—Es horrible —dijo una voz tras el cliente. Este se volvió, frunciendo el ceño.

—Oiga, nadie le ha dado permiso para… para…
pa-para
…

Al final se calló, tras el tartamudeo. Y se quedó mirando a la persona que había entrado mientras él atendía la sugerencia del dependiente respecto a escribir una notita para enviarla con el ramo de flores. Se quedó mirándola completamente turulato, deslumbrado, casi mareado, notando estremecimientos en todo su cuerpo, de arriba abajo y de abajo arriba.

—No quisiera haberle molestado, caballero.

—U-usted no pu-pu-puede molestar a nadie… ¡A nadie!

—Muy amable. Perdone mi intromisión, pero he oído algo del asunto… Y creo que podemos encontrar algo más adecuado para su esposa.

—Ya lo he encontrado.

—¿Sí? ¿Qué es?

—Pues, después de verla a usted, en la notita solo puedo poner algo así como: «¡Qué fea eres, Rose Mary!».

—No, no —rio la entremetida—. Eso le llevaría a usted al

divorcio, señor. Y no creo que su esposa sea tan fea… No, no, no lo creo, de veras… Un caballero como usted debe de tener una esposa muy bonita… Y joven.

—¿Está usted casada? —murmuró el cliente.

—Así es.

—Ah… Mala suerte la mía… Temo que tendré que quedarme con Rose Mary. Y, por tanto… ¿qué sugiere usted que escriba en la notita?

—Pues las mujeres somos tan tontas que nos basta con poca cosa, señor… Claro que, en estas cosas del amor íntimo, no hay que mezclar nada más, ningún otro concepto. Yo pondría algo… muy personal, sin relacionarlo con ninguna otra circunstancia de la vida familiar… Algo que llegue directamente a su esposa, sin que nadie más pueda considerarse con derecho a esa frase, a esas palabras. Algo así como… Algo así como… Mmm… «Nueve años contigo solamente… ¿Por qué no te conocí antes?».

El cliente de la floristería quedó patitieso. Se volvió hacia el dependiente tras unos segundos de inmovilidad, y lo amenazó con un dedo.

—Eso… ¡Eso es lo que voy a poner!

—A su gusto, señor.

El dependiente miró a la hermosísima mujer que había sugerido la expresiva frase, y le guiñó un ojo, mientras el cliente escribía rápidamente. También la bellísima dama guiñó un ojo, se llevó un dedito a los labios y le tiró un beso al dependiente, que sonrió como si acabase de llegar al paraíso.

El cliente acabó de escribir, metió la nota en el sobre y se volvió hacia la divina damita de sensacionales ojos azules.

—Si algún día decide divorciarse, avíseme.

—Temo que tendrá que guardar turno, señor, como han hecho los demás.

—¿Los… los demás…?

—Naturalmente. Mi actual marido tuvo que esperar siete meses…

—¿Su… actual… marido? ¿El segundo, quizá?

—¡El segundo! —rio la bellísima—. ¡Caballero, llevo ya ocho matrimonios…! Y si quiere que le diga la verdad, empiezo a estar cansada. ¡Todos los hombres son iguales!

—Ejem… Sí… Sí, sí, todos… todos los hombres son… somos iguales, claro… Con permiso… Con permiso, sí…

El cliente salió como un rayo de la floristería, mientras el dependiente hacía lo posible por contener la risa.

—¡Ocho matrimonios! —exclamó—. ¡Esa sí que es una buena broma! ¡Ya sería digno de conocerse el primer hombre que llevase al matrimonio a Brigitte Montfort, de modo que conocer ocho sería… un acontecimiento sensacional!

—¿Está mi tío, Simón? —sonrió la despampanante dama.

—En el jardín… Por cierto que la está esperando con toda urgencia.

—¿Acaso no sabía que yo soy muy puntual en…?

—No es eso… Creo que hay algo nuevo, Baby. ¿Le preparo una docena de rosas rojas, como siempre?

—No. Yo las seleccionaré. Hasta ahora, Simón.

Brigitte Montfort, la espía más bella, astuta, peligrosa… y dulce del mundo, entró en la trastienda de la floristería. Recorrió el camino sin vacilaciones, sin molestarse en encender ninguna luz. Cuando salió al jardín trasero tuvo que cerrar los ojos unos segundos, deslumbrada por el sol.

Luego, caminando entre petunias, gardenias, rosas de diversas clases y muchas otras flores, se dirigió hacia donde estaba el hombre, arrodillado junto al tallo de una planta, con un delantal de cuero y provisto de unas tijeras de podar.

—Hola, tío Charlie.

—Estoy seguro de que ha entrado un maldito bicho en alguna de estas ramas, pero no consigo localizarlo, para podarla… Lo malo de estos bichos es que se reproducen a toda velocidad, y en una semana me dejarán sin planta… Hola, Brigitte.

—¿Por qué no fumiga toda la planta?

—No me gusta. Es un procedimiento… barato. Inevitablemente, toda la planta sufre un poco con la fumigación. En cambio, con la poda, mejoran las demás ramas… ¿Ha ido bien el trabajo?

—Era sencillo.

—Para usted, todo es sencillo. Sin embargo, las cosas, en sí mismas, no lo son tanto. ¿Algún contratiempo?

—No, no… Vea… Creo que aquí está el punto de penetración del bichito… Yo diría que esta rama tiene un color verde más

pálido, y las hojas parecen algo… descoloridas, mortecinas. ¿Me permite?

Le quitó las tijeras de las manos, cortó la rama señalada, y suspiró. Charles Pitzer, el jefe de la CIA en el distrito de Nueva York, jefe directo de la más efectiva espía del mundo, se quedó mirando consternado la rama cortada.

—Bien… Es como una amputación: fea, pero necesaria. ¿Tiene el microfilme?

—Desde luego. Oh, me llevaré aquella…

Fue hacia un rosal, se quedó mirando una hermosísima rosa roja, y, de pronto, la cortó. Charles Pitzer se colocó a su lado, ya con una pequeña pipa entre los dientes.

—Como supongo que ha revelado el microfilme y visto su contenido, me gustaría escuchar su opinión.

—Mi opinión es que estamos perdiendo el tiempo, tío Charlie. Sin embargo, en estas cosas de protección política está demostrado que nunca se peca por exceso de precauciones.

—De acuerdo en todo… ¿Por qué demonios le han de gustar siempre mis mejores rosas rojas?

—Porque siempre me gusta lo mejor. Además, si las dejo aquí, se morirán por sí mismas, sin provecho para nadie. Yo creo que estas rosas se alegran de morir en mi apartamento, alegrando mi vista… ¡Aquella sí que es hermosa! Oh, tenga: el microfilme.

—Será enviado inmediatamente a Washington. Quizá veamos algún personaje sospechoso que esté rondando de cerca al primer ministro ruso. Sería un gran fracaso para la CIA que lo matasen en Nueva York… Y un gran compromiso político internacional.

—Sin duda. Pero yo terminé mi turno sin novedad, y estoy segura de que tanto nuestros compañeros de la CIA como los agentes del FBI protegerán muy bien al señor Alexei Kosygin… Me ha dicho Simón que hay algo nuevo.

—Si… Vea aquella… ¿No le gusta?

—Preciosa en verdad, tío Charlie. Si ve alguna más así de hermosa, avíseme: quiero una docena.

—Usted solo viene a fastidiarme mis rosales —gruñó Pitzer.

—¿Qué cosa nueva ocurre?

—Algo… raro. Muy raro. ¿Alguna vez ha tenido usted la idea de que los muertos pueden enviar tarjetas postales?

—¿Desde dónde?

—Desde… ¿Qué importa eso?

—Bueno… Si es desde el cielo o el infierno, quizá tendríamos que admitir esa idea… Pero sea desde donde sea, ¿algún muerto nos ha enviado una tarjeta postal?

—Sí.

—Ahí veo dos hermosísimas rosas rojas que están esperándome…

Y otra allá. Me gusta su jardín, tío Charlie. Acabaré mudándome a una casita en las afueras, y así podré tener mi propio jardín, en lugar de rosas cortadas… Supongo que no está gastándome una broma. Con eso del muerto que envía tarjetas postales, quiero decir.

—No es broma. El personaje es un comandante de nuestra Infantería de Marina. Su nombre es… era, quiero decir, Ernest Raysdale. Era un magnífico jefe. Joven, inteligente… Su carrera era muy brillante, sus aptitudes militares no admitían discusión, su hoja de servicios era excelente… Tenía treinta y cuatro años.

—¿Qué le pasó?

—Murió. En un accidente automovilístico, mientras regresaba de la Base a su domicilio. Su auto se salió del camino, chocó contra un árbol enorme, se incendió, y el comandante Ernest Raysdale no pudo salir del vehículo. Quedó convertido en cenizas.

Brigitte olió graciosamente una rosa recién cortada, aspirando hondo, sonriendo como una niña feliz.

—¿Y ese comandante es el que ha enviado una tarjeta postal?

—Sí.

—¿A nosotros, a la CIA?

—No. A un amigo de la misma Base donde prestaba sus servicios, un capitán de la Infantería de Marina llamado Ronald Cursam.

—Es intrigante, desde luego. ¿Se comprobó adecuadamente la defunción del comandante Raysdale? Quiero decir si el cadáver carbonizado que se encontró en su auto fue meticulosamente identificado.

—Por supuesto que sí. El… cadáver, por llamarlo de alguna manera, tenía dos dientes de oro, como prueba última contundente. Por lo demás, todo coincidía: reloj, chapa militar, anillo de boda…

—¿Estaba casado? —interrumpió vivamente Brigitte.

—Sí…

—¿Y envía una tarjeta postal a un amigo en lugar de enviarla a su esposa? ¿O quizás ella murió con él en el accidente?

—No, no… Murió él solo. Y… Mmm… Pues sí: ha enviado la tarjeta postal a ese amigo suyo, el capitán Ronald Cursam, en lugar de enviarla a su esposa.

—¿No le parece extraño?

—No demasiado. Del texto de la tarjeta postal parece deducirse que el comandante Ernest Raysdale solicita… ayuda. Una ayuda que al parecer no podría recibir adecuadamente de su esposa.

—¿Cuál es el texto de la tarjeta postal?

—Vamos adentro y le enseñaré todo el…

—Lo espero en la pérgola, a la sombra de sus mimosas… ¿Cuándo me invitará a cenar en este lugar, tío Charlie?

—¿Lo… lo dice… en serio?

—Claro.

—¡Hoy! ¡Esta noche! ¡La invito para esta noche! Y para siempre que quiera… Oh…

—¿Qué le pasa?

—Temo… que esta noche no podrá ser.

La bellísima espía internacional alzó los luminosos ojos azules hacia el cielo.

—Baby, ya estás de nuevo en marcha —se resignó—. Espero que me envíe a un lugar divertido, tío Charlie. ¿Va a buscar eso que tiene que enseñarme, o no?

—Vuelvo enseguida. No abuse de mis rosales.

—Ya tengo la docena. Le espero fumando un cigarrillo. No se dé mucha prisa.

Charles Pitzer fue hacia la trasera de la floristería, mientras Brigitte se dirigía hacia la pérgola, sombreada por mimosas y campánulas trepadoras. Se dejó caer en el balancín-columpio, y encendió un cigarrillo. Charles Pitzer regresó junto a ella apenas transcurridos un par de minutos, llevando bajo un brazo una carpeta de piel negra. Se sentó, chupó de la pipa hasta que salió de nuevo humo, y abrió la carpeta.

—Por supuesto, la información ha llegado a nosotros a través de nuestros puntos introducidos en el
G-2

del Ejército. Todo cuanto va a ver son microfotos ampliadas, ya que el Servicio de Inteligencia del Ejército, el
G-2
, no ha solicitado ayuda, ni ha… comentado el extraño suceso con la CIA ni con nadie. En primer lugar, este es Ernest Raysdale, el comandante que murió carbonizado en su automóvil. Aquí tiene una copia fotográfica de su expediente. Completo. También está el de su amigo, Ronald Cursam, el hombre que ha recibido la tarjeta postal… Y, finalmente, tenemos aquí unos cuantos datos y fotografías de la esposa de Raysdale, la joven viuda Nora Raysdale. Échele un vistazo a todo y seguiremos hablando.

Brigitte invirtió veinte minutos en enterarse de la síntesis del contenido de las tres carpetas que Pitzer había sacado de la otra, negra, más grande.

—Enterada.

—¿Qué opina de los tres personajes?

—Los dos hombres son guapos. En especial, el fallecido comandante Raysdale. Parecen inteligentes; sus ojos denotan inteligencia y honradez, orgullo, firmeza de carácter. En cuanto a la viuda de Raysdale, es una linda mujer, de buen carácter, según parece. ¿Hijos?

—No. Ninguno.

—¿Tenía seguro el comandante Raysdale? Seguro de vida, claro.

—Oh, sí… Por cincuenta mil dólares. Pero no piense en eso, Brigitte. Es un truco viejo, que ya no se utiliza. Además, para cobrar la viuda cincuenta mil dólares se requeriría el sacrificio de una brillante carrera militar. El comandante Raysdale estaba propuesto para coronel… No me parece sensato simular una muerte por cincuenta mil dólares. Además, su identidad fue comprobada tanto por personal militar autorizado como por agentes de la compañía de seguros. No hay equívoco en esto.

—Bueno, tío Charlie, usted no pretenderá que yo crea que un hombre muere y luego envía tarjetas postales. Bien está que hablemos sin alterarnos, aceptando los más raros asuntos, ya que para eso somos espías de vuelta de todas las cosas que puedan ocurrir en el mundo. Pero si alguien muere, pues está muerto. ¿Dónde está el truco?

Pitzer le tendió una fotocopia en colores a la espía.

—Anverso y reverso de la tarjeta postal. En el anverso, un típico poblado de pescadores. En el reverso, el mensaje escrito, según parece, por el propio Ernest Raysdale, a su compañero de armas y amigo, el capitán Ronald Cursam. Léalo.

Brigitte ya lo estaba haciendo. La postal parecía escrita a toda prisa, con rasgos largos, muy personales.

El contenido era el siguiente:

> *Incapaz de resistirlo, abandono empleo en los comandantes de alquiler en Foxhole Blue Cavern. Espérame cuanto antes en el Anchorage Bay Hotel.*
>
> *Ernest*

—¡Anchorage! —exclamó la divina espía—. ¡Usted pretende enviarme a Alaska, tío Charlie!

—Lo lamento. Ya sé que prefiere los climas tropicales, pero…

—Esto es una sucia jugada. Emmm… Me parece una tontería preguntar si la letra ha sido… identificada.

—Por completo. Imagínese el susto primero, y la subsiguiente sorpresa del joven capitán Ronald Cursam cuando tres semanas después del fallecimiento de su amigo, recibe una tarjeta postal de él desde Anchorage, Alaska. En cuanto a la letra, ha sido comprobada minuciosamente: a menos que toda la ciencia grafológica sea un enorme fallo, y no lo es, esta tarjeta ha sido escrita por Ernest Raysdale. Una docena de peritos calígrafos así lo han afirmado. Ninguna duda sobre eso.

—Bien… Entonces, evidentemente, el comandante Ernest Raysdale está vivo… ¿No?

—Parece evidente, en efecto.

—Y yo tengo que ir a Anchorage, Alaska, y encontrarlo… Pero eso me parece… impropio de la CIA. ¿Por qué no se encarga el G-2 de este asunto? A fin de cuentas, Ernest Raysdale es un militar.

—¿Ha leído bien la tarjeta postal?

—Por supuesto. Y me ha llamado la atención esto de los «comandantes de alquiler»… ¿A qué se refiere quienquiera que haya escrito la tarjeta?

—No lo sabemos.

Brigitte se quedó mirando atentamente a Pitzer. Estuvo así durante no menos de quince segundos, antes de sonreír inexpresivamente, casi fríamente.

—Hay algo más —musitó—. ¿No es cierto, tío Charlie?

—Puede ser… coincidencia… Usted ya sabe…

—Sé muy bien que no existen las coincidencias en el espionaje. ¿Qué más hay?

—Bien. —Pitzer abrió de nuevo la carpeta y sacó un pliego de papel de color amarillo—. Esta es una lista que me han enviado desde la Central en Washington. Todo son… teorías.

Brigitte echó un vistazo al papel. En este solo se veían nombres masculinos, escritos a máquina. Junto a cada nombre, una fecha. Había nombres rusos, norteamericanos, alemanes, franceses, italianos, españoles, belgas, japoneses…

La espía señaló el papel e inquirió:

—¿Qué significa la fecha junto a cada hombre?

—Es la fecha de la muerte de cada uno.

—No sé si comprendo…

—Todos estos hombres eran militares. Y todos han muerto, en el espacio de cinco meses, en circunstancias… penosas.

—¿Quemados? —musitó la espía—. ¿Sus cadáveres quedaron inidentificables?

—Exactamente. Accidentes automovilísticos, desapariciones en el fondo del mar, explosión del aparato que pilotaban… En cada uno de los casos, si el cadáver fue recuperado, su identificación se produjo por ciertos detalles personales: prótesis dentales, fractura de determinado hueso ocurrido tiempo atrás, sortijas, relojes, placas de identificación militar…

—Pero en ningún caso fue visto el cadáver… entero. Digamos, de un modo que pudiera ser identificado a simple vista.

—Eso es. La lista, compruébelo, es de veintinueve hombres. Todos ellos, con el grado mínimo de comandante. Accidentes en Rusia, Estados Unidos, Inglaterra, España, Francia, Italia, Argentina, Brasil, Alemania…

—¿De dónde ha salido esta lista?

—Del archivo de rutina en Washington. Ya sabe lo que ocurre: muere un militar de cierto grado, y la cosa despierta interés. Se temen sabotajes y cosas así. Eso, naturalmente, llama la atención de

nuestros agentes en todo el mundo, que envían el informe de rigor. Este informe es examinado, se le pone el «*Okay*» y se archiva. Cuando a la Central llegó la noticia de la tarjeta postal escrita por uno de nuestros comandantes muerto en accidente, y cuyo cadáver era inidentificable por sí mismo, alguien de allá frunció el ceño, y se fue a los archivos de rutina en microfilmes. Proyectó esta serie, se amoscó, y puso en marcha el asunto. ¿Usted qué opina?

—No sé… ¿Acaso alguno de estos militares ha enviado también alguna tarjeta postal a un amigo, a sus familiares…?

—No lo sabemos. Pero sí sabemos que lo ha hecho Ernest Raysdale. La petición de ayuda a su amigo Ronald Cursam es clara.

—¿Entiendo que el capitán Cursam sabe algo de todo esto, que está al corriente de lo que significan los «comandantes de alquiler»…?

—No. Ronald Cursam no sabe absolutamente nada. Fue el primer sorprendido al recibir la postal. Bueno… Sorprendido es poco, ciertamente.

—¿Se puede confiar en su palabra de que no sabe nada de eso de los «comandantes de alquiler»? ¿O se le ha vigilado, interrogado por medios… adecuados…?

—El Ejército ha creído absolutamente a Ronald Cursam. Y el
G-2
también. Y nuestras investigaciones preliminares en torno a su persona son muy favorables. No sabe nada, Brigitte. El Ejército…

—Perdón, tío Charlie: creo que estamos confundiéndonos el uno al otro mencionando al Ejército, al
G-2
… No me diga que ignora que el
G-2
es el servicio de inteligencia de la Marina.

—Oh, bueno, sí… Se supone que tanto usted como yo decimos «Ejército» en sentido general, en sentido militar. Los dos sabemos muy bien qué servicio funciona en cada arma. Mmm… Como le decía, el… —Pitzer sonrió secamente—, bueno, la Marina, quiero decir, parece confiar plenamente en Ronald Cursam.

—¿Confiaba del mismo modo en Ernest Raysdale?

—Así es.

Brigitte asintió con la, cabeza.

—¿Qué dice el capitán Cursam respecto a este lugar llamado Foxhole Blue Cavern?

—Lo desconoce. No tiene ni remota idea. Cursam jamás ha estado en Alaska.

—Bien… Hay otro detalle que puede resultar interesante. Supongo que en la Central se han dado cuenta de cierta característica de esta postal cuya copia fotográfica tengo aquí: fue enviada de modo que el franqueo debía pagarlo el destinatario, esto es, el capitán Cursam.

—Sí, por supuesto, se han dado cuenta. ¿Qué le sugiere a usted?

—No sé… Podemos creer que el comandante Rasydale… o quienquiera que enviase esta postal, no disponía de sellos de Correos. Pero, dadas las… extrañas circunstancias de todo esto, yo creería que no pudo hacer más. O sea, que no… tuvo tiempo de proveerse del franqueo para la tarjeta postal. Eso parece colocar al extraordinario comandante Raysdale en una situación… de urgencia, quizás inquietante. Lo escrito en la postal sugiere una especie de… huida. Y yo diría que alguien no estuvo de acuerdo con esa huida, con ese abandono del lugar llamado Foxhole Blue Cavern. ¿Sabemos en la CIA algo sobre este lugar?

—Nuestro enviado en Anchorage informa que hay un criadero de zorras cerca de la localidad de Palmer, a unas treinta y cinco millas de Anchorage, llamada Foxhole Blue, simplemente[1]. No se menciona la última palabra, «Cavern».

—Entonces… ¿no es el mismo lugar?

—Bueno… No parece existir ninguna relación entre ese criadero de zorros y una caverna. Y, mucho menos, entre el criadero y el comandante Raysdale.

—¿No se conoce ningún otro lugar, llamado exactamente Foxhole Blue Cavern?

—No.

—Este es un caso interesante en verdad, tío Charlie. Me interesa.

—Magnífico. Sería conveniente que saliera cuanto antes para Anchorage.

—Eso —sonrió Brigitte— requiere unas ciertas condiciones especiales. Yo diría que mi vestuario de invierno es… un poco escaso. Y usted ya sabe que me gusta vestir bien.

—En la Central ya han contado con esa exigencia suya —

refunfuñó Charles Pitzer—. Puede comprar todo cuanto precise, hasta un tope de diez mil dólares. Naturalmente, por cuenta de la CIA.

—Ah, querido —sonrió la espía—: la CIA sabe, por fin, cómo debe tratar a sus agentes de categoría. Creo que saldré de compras… O quizás encuentre cosas interesantes en la misma Anchorage. Lo pensaré… Dígame: ¿sabe la esposa de Raysdale algo de esto?

—Ronald Cursam se apresuró a llamarla por teléfono, luego la fue a ver… Nora Raysdale está al corriente de todo. Es decir, de todo cuanto puede saber un simple paisano.

—Entiendo. ¿Qué piensa hacer ella?

—Complicarnos la vida a todos: está preparando su viaje a Anchorage, Alaska.

—Claro… Es natural. Supongo que no irá sola.

—Ronald Cursam irá con ella. Esto, de un modo particular. Mientras tanto, por supuesto, el
G-2
está movilizando sus resortes en Alaska. Tenemos entendido que desde la base naval de Dutch Harbor, en la aleutiana isla de Unalaska, han enviado a uno de los mejores agentes secretos de la Marina, el… fenómeno del
G-2
en aquellas latitudes.

—Es lo lógico. Vaya, parece que va a haber mucha competencia por encontrar al comandante Ernest Raysdale. ¿Quién cree usted que encontrará al comandante Raysdale?

Miraba sonriente a Pitzer, que acabó también por sonreír.

—La CIA espera que nuestra agente Baby consiga las primicias de esa localización de un hombre que murió hace tres semanas. Ha despertado mucha expectación eso de «los comandantes de alquiler». Bien reflexionado el asunto, puede llegar a extrañar no poco la abundante serie de muertes militares de diversas nacionalidades en poco más de cinco meses, todos ellos con graduación mínima de comandante, y todos ellos muertos en accidente espectacular.

—Demasiados muertos en accidente… Pero ninguno tan simpático como Ernest Raysdale.

—¿Simpático?

—Querido tío Charlie —sonrió la divina espía—, no irá usted a negarme que para enviar una postal desde el Más Allá hace falta ser un auténtico muerto simpático.

Capítulo II

—El taxi ya está a la puerta, esperando —dijo Ronald Cursam—. Pero yo sigo pensando que no deberías hacer este viaje, querida.

Nora Raysdale, vestida de negro, movió afirmativamente la cabeza. Era una mujer hermosa, sin exageraciones. Cabellos rubios, ojos claros, boca llenita y risueña. Una dama elegante, de cuerpo en verdad bien formado, turgente. Debía de tener unos veintisiete años, como máximo.

—Yo te entiendo, Ronald. Pero tú también deberías entenderme a mí. Se trata de Ernest. Tú sabes cuánto nos amábamos, y…

—Nora, ¿no lo comprendes? Eso tiene que ser un truco, alguna jugada de espionaje… No sé. Algo turbio. Ernest murió, está enterrado.

Es imposible que él haya enviado esa tarjeta. Así lo dice la lógica.

—También la lógica dice que la letra de la tarjeta postal es la suya. Tú fuiste el primero en reconocerla. No hay error.

—Tiene que haberlo… He estado pensando. Mira…, es cierto que Ernest y yo fuimos grandes amigos. Los mejores del mundo. Me parecería natural que hubiera recurrido a mí si yo hubiese estado en Anchorage. Pero no es así. En cambio, ha podido pedir ayuda a muchas otras personas en Alaska. En la misma Anchorage suele haber siempre muchos marinos y oficiales de la base de Dutch Harbor… Pudo recurrir a cualquiera de ellos. Eso si, tal como tememos, le ocurre algo grave. Y si no le ocurre nada grave, ¿por qué no toma él mismo un avión hacia aquí? Ha podido darse a conocer, recurrir a la Marina… Oh, vamos, Nora, todo esto es absurdo desde el principio.

—Así parece, Ronald. Pero quiero ir a Anchorage.

El capitán Cursam dejó caer los brazos, desalentado.

—El taxi está esperando para llevarnos al aeropuerto… ¿Este es

todo tu equipaje?

—Sí. Poca cosa.

—Escucha: con toda seguridad, el servicio de inteligencia de la Marina está realizando las gestiones precisas para aclarar este raro asunto. Solo tendríamos que esperar quizás un par de días… Puedo ir yo solo, enterarme de lo que ocurre… ¿No?

—No, Ronald. Te agradezco que me lleves contigo. Pero si no quieres acompañarme, iré sola a Alaska.

—Creo que no debí decirte nada sobre esa tarjeta postal —refunfuñó Cursam.

Cogió las dos maletas y se dirigió hacia la puerta de la casita. Por una de las ventanas se veía el taxi, esperando junto a la valla del pequeño jardín.

Ronald Cursam abrió la puerta mientras Nora Raysdale echaba un último vistazo, asegurándose de que no olvidaba nada de lo preparado para aquel viaje…

—¿Qué desea? —Oyó la voz de Cursam.

Miró hacia la puerta y vio a una mujer en ella. Llevaba unos grandes lentes de sol, lo cual no dejaba de ser sorprendente, ya que hacía casi una hora que era de noche. Era pelirroja, muy esbelta, y tenía unas fantásticas piernas esculturales, bien visibles debido a la estrafalaria minifalda. En la mano izquierda, un no menos fantástico maletín de color rojo, con florecillas azules estampadas.

—¿La señora Raysdale? —sonrió la exótica visitante.

—Yo soy —dijo Nora—. ¿Qué se le ofrece?

—Ah. —La pelirroja entró en la casa, tan campante—. Encantada de conocerla, señora Raysdale. ¿Pensaba ir de viaje?

—Pienso ir de viaje. ¿Quién es usted? No me gustan sus modales, señorita… o lo que sea. Y tengo mucha prisa.

La pelirroja caminó hasta el centro del *livinghall,* se dejó caer en un sillón, y sonrió al observar las adustas miradas de los dos personajes.

—Le robaré muy poco tiempo, señora Raysdale. Por favor, siéntese.

—Ya le he dicho que tengo prisa. Haga el favor de…

—Le ruego que se siente. Usted también, capitán Cursam. Cuanto antes empecemos, antes terminaremos. Y les aseguro que soy tan obstinada que no me iré de aquí sin terminar la entrevista.

Nora y Ronald se miraron. El capitán fue quien decidió aceptar la situación, mirando a la pelirroja con los ojos entornados. Aquello era extraño, ciertamente, pero quizá tenía como explicación sus anteriores sospechas de que algo muy raro estaba ocurriendo.

—¿Va a hablarnos de Ernest Raysdale? —musitó Cursam. La pelirroja aplaudió con una manita sobre el dorso de la otra, sonriendo.

—Bravo, capitán: buen impacto en el blanco. Señora Raysdale: el capitán Cursam está esperando que usted se siente para poder hacerlo él. ¿No quiere abreviar en lo posible nuestro asunto?

Nora Raysdale, fruncido el ceño, se sentó en el borde del sofá, y Cursam lo hizo a su lado, siempre mirando de modo penetrante a la pelirroja sonriente.

—¿Qué asunto? —musitó la viuda.

—Es… respecto al viaje que pensaba emprender a Alaska. Es un clima un tanto duro, señora Raysdale. Y hemos pensado evitarle a usted una buena serie de molestias y preocupaciones. ¿La está esperando alguien en Anchorage?

—No.

—¿Y a usted, capitán?

—Tampoco… ¿Quién es usted?

—¿Debo entender, entonces, que este viaje es por completo particular?

Ronald Cursam frunció hoscamente el ceño.

—Debo rogarle, señorita, que abandone esta casa inmediatamente, a menos que se presente y nos dé una explicación a todo esto.

—Bueno… He pensado que podría ayudarles. Tengo amigos en Anchorage. Podría conseguirles unas reservas para el Anchorage Bay Hotel.

—Tenemos ya reservadas dos habitaciones.

—Ah, magnífico… Tienen reservadas dos habitaciones, no les espera nadie de un modo oficial… Magnífico, magnífico. ¿Ya se han despedido de sus amistades aquí?

—No hemos comunicado a nadie que… Oiga, usted se está pasando, demasiado de la raya. ¡Salga de aquí, o aviso a la Policía!

—Ufff… —suspiró la pelirroja, sonriendo—. Temí que fuese a pretender avisar a los loqueros. ¿Alguna vez han llevado ustedes

camisa de fuerza?

—¡Claro que no! ¡Salga de aquí!

—Pues deberían llevarla ahora. Están locos los dos, capitán Cursam. Reciben una tarjeta postal de un muerto citándolos en un hotel de Alaska, y, sin pensarlo dos veces, pues se van a Alaska. ¿Por qué no dejan que estos asuntos los resuelva quien puede hacerlo?

Nora Raysdale se puso en pie, un poco pálida, conteniendo a duras penas su irritación.

—Puede quedarse en la casa, si quiere —dijo—. Pero le advierto que voy a avisar a la Policía de que una loca está molestándome. Vamos, Ronald.

Cursam se había puesto en pie y miraba curiosamente a la pelirroja, que se había colocado el maletín rojo con florecillas azules sobre las perfectas rodillitas, y parecía buscar algo en su interior. Sacó un objeto cóncavo, que casi cabía en la palma de su mano; tenía la forma de una pirámide, y se veían unos diminutos orificios en la base de uno de los lados. Para asombro de la viuda y del militar, la pelirroja se colocó aquel extraño objeto ante la boca y nariz, tapándolas, sosteniéndolo allí con una mano.

Con la otra, simplemente, sacó una diminuta ampolla esférica de cristal, y la tiró a los pies de ambos. No se vio nada, ni se oyó nada. Pero, casi instantáneamente, Nora Raysdale y Ronald Cursam cayeron blandamente al suelo, como arrugándose sobre sí mismos.

Doce segundos más tarde, la pelirroja se quitaba aquel aparato parecido a una pirámide de delante de la boca y nariz, y lo dejaba caer dentro del maletín, moviendo la cabeza con el gesto de quien lamenta que los seres humanos, en general, no sean demasiado listos. Sacó un nuevo aparato, rectangular, también metálico, y apretó un diminuto botón que se veía en una esquina.

—Adelante —dijo.

También guardó la radio en el maletín, cerró este y se puso en pie. Vaciló un instante antes de inclinarse junto a Ronald Cursam. Lo registró con formidable pericia, y, en efecto, encontró en su bolsillo los dos pasajes de avión. Estaba examinando la billetera cuando la puerta de la casa se abrió y entró un hombre alto, de ojos oscuros y penetrantes.

—¿Alguna dificultad? —preguntó.

—Ninguna, Simón. ¿Y el taxista?

—Todo está bien.

—*Okay*. Entonces, ya sabe: estas tres personas deberán permanecer… invitadas hasta nueva orden.

—Supongo que se le ha ocurrido la idea de que esto es un rapto, Baby.

—¿Y…?

—Intervendrá el FBI.

—¡Brrr…! ¡Qué miedo! —sonrió la bella pelirroja—. No se preocupe, Simón. A su debido tiempo, el FBI será puesto al corriente del asunto. Solo espero que durante unos días estas personas no sean vistas por nadie. Pido poco, ¿no es cierto? Ocúpese de los documentos y objetos personales del capitán Cursam, y traspáselos a mi amigo, al taxi. ¿Cree que la señora Raysdale es de mi talla?

—Aproximadamente.

—Ayúdeme a llevarla al dormitorio. Y luego, no mire: es de mala educación espiar a dos señoras desnudas.

—Los espías somos muy educados.

Llevaron a Nora Raysdale al dormitorio, y allá quedaron solas las dos mujeres. La pelirroja se quitó los grandes lentes de sol y la peluca roja, dejando al descubierto unos hermosísimos ojos azules y una espesa mata de cabellos negros. Naturalmente: la agente Baby.

Desnudó a Nora Raysdale, buscó en el armario uno de los vestidos que la viuda se había dejado, y consiguió ponérselo de modo aceptable. Luego, se quitó el vestidito de minifalda, quedando solamente con las dos prendas interiores. Entonces, chascó dos deditos y salió del dormitorio, hacia el *living*.

Simón, que estaba registrando concienzudamente a Ronald Cursam, se volvió y se quedó petrificado, abriendo mucho los ojos.

—Olvidé mi maletín —sonrió Brigitte.

Lo recogió y regresó al dormitorio. Sacó del maletín una pequeña bolsita de plástico y se quedó mirando los cabellos de Nora Raysdale.

—Bastará con la mitad. No es demasiado rubia.

Fue al cuarto de baño, llenó el lavabo de agua y pinchó la bolsita de plástico, vertiendo la mitad de su contenido en el agua. Envolvió el resto en otro plástico y lo guardó en el maletín. Volvió

al cuarto de baño, agitó el agua del lavabo hasta conseguir que el color claro fuese uniforme, y entonces se dedicó a lavarse la cabeza. Estuvo menos de un minuto. Dejó ir el agua, se aclaró, se secó concienzudamente y acabó la operación recurriendo al secador eléctrico de la viuda Raysdale.

En menos de cinco minutos, los negros cabellos se habían convertido en rubios.

Recogió todo lo que había utilizado, hizo un paquete con ello y salió al dormitorio. Alzó un párpado de Nora Raysdale, y frunció el ceño. Los ojos de la viuda eran un poco más claros que los suyos, pero habría que aceptarlo así. De todos modos, quien se dejase engañar por unos cabellos rubios y un vestido negro, no repararía en la diferencia del tono de ojos, ya que, obviamente, sería persona que no conocería personalmente a Nora Raysdale.

Cuando salió de nuevo al *living*, ya con el negro vestido de Nora Raysdale puesto, había otro hombre con Simón.

—¿Qué opinan? —preguntó Brigitte.

—No está mal. Pero si alguien conoce personalmente a Nora Raysdale en Anchorage, no podrá engañarlo.

—Es uno de los muchos riesgos que seguramente correré en Alaska. ¿Cómo va lo del taxi?

—Todo terminado. Las maletas están allí… Todo bien.

—Entonces, ocúpense del resto. ¿Me da eso, Simón? Recogió todo cuanto el espía había quitado a Cursam, entregando a cambio las toallas mojadas, indicando que debía desaparecer todo.

—Traten con toda delicadeza a la señora Raysdale. Adiós, Simón y Simón.

Les tiró un besito a cada uno, con la punta de un dedo, y salió de la casa, directa hacia el taxi.

Entró en este, sentándose junto al capitán del USMC que la estaba esperando.

—Te sienta bien el negro. Pero parece que la señora Raysdale estaba menos… desarrollada.

—¿Sugieres que estoy gorda?

—¡No! Solamente más apetitosa que la viuda.

—Mira, Frankie, te estoy haciendo un favor, ¿no es así? Te he sacado del periódico por unos días, tienes viajes pagados, una vida llena de aventuras emocionantes, mi grata compañía… ¿Puedo

pedirte un solo favor a cambio?

Frank Minello asintió con la cabeza.

—Pídelo.

—No digas tonterías durante este trabajo. Escucha siempre atentamente mis instrucciones, síguelas al pie de la letra, y eso será todo. Ahora, distribuye en tus bolsillos estas cosas del verdadero capitán Cursam, junto con las documentaciones falsas que te he proporcionado. Y no lo olvides: eres Ronald Cursam, capitán de la United States Marine Corps. ¿Está claro?

—Completamente. Pero me gustabas más con minifalda.

Brigitte miró al chófer del taxi, que estaba vuelto hacia ellos, sonriendo irónicamente.

—Adelante, Simón —suspiró la espía—. Llévenos al aeropuerto cuanto antes. Y luego reúnase con nuestros compañeros en el lugar indicado. ¿Está el taxista en el otro coche?

—Sí.

—Bien… No olviden que no deben dejarse ver por esas tres personas. Bastará que procuren que no les falte de nada. Y el taxista, que no vea… No. Es absurdo.

—¿El qué?

—Iba a decirle que debían tener separado al taxista, pero es inútil. Recordará muy bien la casa donde fue llamado para recoger a unos pasajeros, de modo que cuando sea interrogado apuntará hacia la señora Raysdale… No importa. Que estén juntos. Cuando todo acabe, ya recibirán unas vagas explicaciones.

—De acuerdo.

El taxi rodaba ya, alejándose de la casa, donde quedaban dos agentes de la CIA con no poco trabajo por delante todavía. Brigitte sacó su radio del bolsillo y la accionó.

—¿Está en el aeropuerto, tío Charlie?

—Sí. No parece haber novedad, nada extraño. Si logra llegar a Anchorage con el nombre de Nora Raysdale, todo irá bien…, espero.

—Yo también lo espero. Y como ya no tenemos nada más que decirnos, y no podremos abrazarnos en el aeropuerto, hasta la vista.

—Buena suerte, Baby.

Brigitte guardó la radio y se volvió hacia Frank Minello, muy apuesto y atractivo con su uniforme de capitán de la United States

Marine Coprs.

—Oye, Frankie…

—¿Qué…? ¿Qué quieres, hermosa mía?

La espía internacional se dejó caer hacia atrás, suspirando desalentada, mientras Simón, al volante, soltaba una risita.

—¿Qué pasa ahora? —Se amoscó Minello.

—Que no te llamas Frankie, sino Ronald. Ronald Cursam.

—Oh, sí, pero ahora no es necesario que…

—Sí es necesario. No debes atender por Frankie ni a mí misma. No eres Frank Minello, eres Ronald Cursam.

—Está bien, está bien —gruñó Minello—. Si tan torpe soy, ¿por qué no llevas contigo a uno de estos tipos que tanto saben de espionaje?

—Te lo diré: porque necesitaba a alguien que hubiese estado en la Marina, como tú, y disponíamos de poco tiempo. Además, un capitán de la Marina demasiado listo no es conveniente para esta misión.

Simón volvió a reír, y Minello se enfurruñó.

—¿Quieres decir que yo soy tonto?

—No, querido, no… No del todo, al menos.

—Es un consuelo.

—Ay —suspiró de nuevo la espía de lujo de la CIA—. Tengo el presentimiento de que me he complicado la vida…

Capítulo III

El avión tomó tierra en el aeropuerto de Anchorage en un frío amanecer salpicado de una lluvia fina, espesa, que sin duda debía caer como nieve en las montañas del interior. Esto, en principio, ya deprimió notablemente a la espía internacional, que de buen grado habría tomado pasaje hacia cualquier país tropical.

Pero, ciertamente, no sería el clima lo que impidiese a Baby Montfort cumplir su misión en Alaska.

Frank Minello aceptó el clima con más filosofía. En su papel de capitán de la Marina acompañando a una dama, se ocupó de todo, fue y vino, se hizo cargo de los equipajes… Consiguió un taxi, que los llevó a la ciudad, directamente al Anchorage Bay Hotel, el cual estaba dando cara a la bahía, muy cerca del mar, con vistas a la Ensenada de Cook.

Un botones de unos veinte años, que todavía no había sido relevado del turno de noche, se hizo cargo del equipaje cuando el taxi se detuvo delante del hotel, dejando en manos de Minello el paraguas, a fin de que acompañase a la dama desde el taxi hasta el vehículo.

Brigitte cruzó el corto espacio casi estremeciéndose. No era friolera, pero solo ver aquel cielo encapotado, negro y gris, la estremecía. En realidad, era solo cuestión de que se aclimatase mentalmente, ya que físicamente la espía de lujo de la CIA podía soportarlo todo.

El conserje, también del turno de noche, estaba preparado para recibirles. En efecto: había dos reservas a nombre de la señora Raysdale y del capitán Ronald Cursam. A efectos de inscripción formal, ambos dejaron sus documentaciones falsas, tan expertamente preparadas en tiempo récord por la CIA. Luego, precedidos del botones, subieron a las habitaciones, en el segundo piso. La 218 para Minello, la 221 para Brigitte. Estaban una

enfrente de la otra.

Dado lo temprano de la hora, ambos decidieron descansar hasta el almuerzo, retirándose a sus respectivas habitaciones. De este modo, la espía Baby se encontró sola en la 221, dedicándose inmediatamente a examinarla en busca de cualquier posible truco de los habituales en el mundo del espionaje. No había ninguno. Nada.

Echó un último vistazo al exterior, por la ventana, hacia la ensenada. Se veían algunos barcos que parecían siniestros a la gris claridad del amanecer. Verdaderamente, los habitantes del planeta Tierra harían muy bien en agruparse en el cinturón tórrido para vivir, dejando despoblada aquella parte del Globo…

Decidida a encontrarse en plena forma a partir de la hora del almuerzo, la espía se acostó. Y, como siempre, un minuto más tarde dormía profundamente.

* * *

Abrió los ojos de pronto y los dejó fijos en el techo. Había oído un ruidito, muy ligero, pero suficiente para sus sentidos alerta… Todo lo que hizo fue colocar su mano derecha bajo la falda, tocando la pistola que llevaba adherida al muslo izquierdo por medio de la tira de esparadrapo color rosa.

Hecho esto, volvió a cerrar los ojos, encarándose a la entrada al dormitorio.

Un hombre apareció allí apenas un par de segundos después. Se quedó mirando a la espía, sonrió y, tras acercarse silenciosamente al silloncito, se sentó, procurando no hacer el menor ruido. Su sonrisa era en verdad placentera, contemplando aquella carita de querubín, la boquita sonrosada entreabierta en una muequecita dulce…

—¿Qué hora es, Simón?

—Oh… Creí que estaba dormida.

—Pues no —Brigitte abrió los ojos y se sentó en la cama, con la pistola en la mano, apuntando al intruso—. Ya ve que no estoy dormida.

—¿Por qué me apunta con ese juguete? —Frunció el ceño el visitante.

—Porque quiero estar segura de que usted es quien tiene que

ser.

—Tío Charlie la obsequiará, a su vuelta, con doce rosas rojas.

—Perfecto —sonrió Brigitte.

Se alzó la falda y volvió a colocarse allí la pistolita de cachas de madreperla. El agente de la CIA que había hecho contacto con ella estuvo mirando las piernas, muy complacido, hasta que le fue posible. Entonces, dlijo:

—Son las doce. ¿Ha descansado bien?

—Lo suficiente. ¿Cómo está el asunto?

—Más o menos, igual.

—¿Más o menos?

—Tenemos ya en la partida al agente del

G-2

. Naturalmente, se ha alojado en este hotel, a la espera de la aparición de Ernest Raysdale… o de lo que sea. Temo que no podré servirle de mucho, Baby.

—¿Por qué?

—Porque ese agente del

G-2

me conoce, igual que yo a él. Y no sé hasta qué punto conviene que él me vea, comprendiendo así que la CIA está interviniendo.

—Entiendo. Ya decidiremos lo más conveniente cuando llegue el momento. ¿Quién es el hombre?

—Lorne Frost. Está en la habitación trescientos treinta y cuatro, tercer piso, claro. Tiene unos treinta y ocho o cuarenta años, es moreno, ojos negros, estatura mediana… Su barba es muy cerrada… Ya sabe: de esas que parecen tener un tono azul-verdoso aunque esté recién afeitada. Le será fácil reconocerlo en cuanto lo vea.

—Muy bien. ¿No ha ocurrido nada hasta ahora?

—Absolutamente nada.

—¿Y respecto a ese lugar llamado Foxhole Blue Cavern?

Simón movió negativamente la cabeza.

—No existe.

—¿Está seguro?

—Al menos, nadie sabe nada de él.

—Bien… Pero sí parece que existe un nombre notablemente parecido, ¿no es cierto?

—Sí… Foxhole Blue. Ya avisamos de que era un criadero de zorros. Pero eso es todo. Ni hay cavernas allí, ni en ningún momento a su nombre ha estado añadida la palabra «Cavern».

—¿Se ha investigado bien ese aspecto de la cuestión?

—Todo. Es más, se ha procedido a una especie de… sondeo del terreno, en busca de unas posibles grutas o pasadizos bajo el criadero de zorros. Y no. Nada. La zorrera es un lugar como tantos otros de Alaska dedicados a esa actividad de la cría de zorros para luego vender las pieles.

—Bien… Parece que, de momento, tendremos que conformarnos con la pista que pueda surgir en este hotel, a la espera del comandante Ernest Raysdale. ¿Quién vive allá?

—¿En Foxhole Blue? Bueno, la gente habitual en sitios semejantes: cuidadores, un veterinario, un matarife despellejador… Lo normal. También el dueño vive allí.

—¿El dueño de la zorrera? ¿Es eso corriente?

—Pues… Ni corriente ni anormal. Hay quien vive y hay quien no vive en el sitio. Todo depende del humor que se tenga. De todos modos, los zorros no son animales demasiado sucios. Muy bonitos: azules y plateados. Creo que no debe de ser un mal negocio.

—Prefiero la cría de chinchillas —dijo Brigitte.

—¿Por qué?

—Porque se puede realizar en terreno cálido. Y son unos animales simpáticos y bastante limpios, fáciles de cuidar, económica su manutención… y muy prolíficos.

—Ah… Interesante. ¿Sabe lo que pienso muchas veces, Baby? Dedicarme a algo así cuando me retire: tener un huerto con algunos frutales, plantar tomates, patatas y cosas así, y, para reunir de cuando en cuando algunos dólares, criar gallinas, o patos… Lo de las chinchillas me ha gustado.

—Ya tiene algo que agradecerme —sonrió Brigitte—. ¿Quién es el dueño de la zorrera?

—Se llama Edgar Janot. Es un canadiense de ascendencia francesa. Soltero, sin familia de ninguna clase, pocos amigos… Un tipo curioso.

—¿En qué sentido?

—Mmm… No sé exactamente. Quizás en todos. Pero especialmente en lo físico. Es un grandullón de más de seis pies,

fuerte como un abeto, rudo, casi malencarado… Y tiene la cabeza completamente rapada. No es calvo, no… Se la afeita, eso es todo. ¿Quiere conocerlo?

—Me gustaría.

Simón sacó un sobre, y de él tres fotografías, que tendió a Brigitte, explicando:

—Tomadas con teleobjetivo, naturalmente. Foxhole Blue está en terreno llano, y no es fácil acercarse sin ser visto. De día, quiero decir, claro está. Vea las zorreras, las jaulas… Están todas ellas dentro del gran recinto alambrado que forma todo el criadero. He calculado que hay allá no menos de trescientos animales, en total, contando padres y crías. En las dos primeras no verá muy bien al canadiense, porque tiene las alambradas por delante…

—Pero en esta otra se le ve bastante bien… —musitó Brigitte—. Es una foto muy buena, Simón.

—Procuro hacer bien mi trabajo. ¿Qué le parece el señor Janot? Efectivamente, Edgar Janot resultaba casi malencarado. Gesto torvo, ceñudo; cejas espesas, boca grande, mandíbula muy saliente, ojos pequeños y astutos, cabeza completamente pelada, orejas grandes… Producía una impresión un tanto molesta, inquietante. Daba la impresión de estar dispuesto a atacar de un momento a otro, con toda su furia.

—Desagradable, ciertamente.

—Quizá su carácter sea mejor que su aspecto —sugirió Simón.

—Todo es posible. ¿Hay algo sobre él?

—Nada. Hace casi dos años que llegó de Canadá, se estableció en Palmer, montó la Foxhole Blue, y allá está, dedicado a la cría de la zorra.

—¿Se ha investigado su vida y milagros en Canadá?

—No…

—¿Por qué motivo? —inquirió secamente Brigitte.

—Hasta el momento no ha sido considerado necesario.

¿Para qué tanta molestia si quizás hoy mismo se presente Ernest Raysdale en el hotel y lo explique todo?

—Es un punto de vista muy cómodo, Simón.

—Lo reconozco. No obstante, si quiere, puedo llamar a Ottawa, y allá movilizarán a un par de agentes que investigarán al señor Janot.

—Hágalo.

—De acuerdo. ¿Me comunico con usted por medio de laa radio de bolsillo, o prefiere algún otro método?

—Siempre la radio, si es posible. Respecto a ese agente del G-2 llamado Lorne Frost, será mejor que no se deje ver por él, desde luego. Mientras sea posible, mantendremos bien oculta la intervención de la CIA en el caso del muerto simpático.

—¿Del muerto…?

—Opino que Ernest Raysdale fue muy simpático al enviar una tarjeta postal. ¿Cuál es el mejor medio para llegar a Palmer, o sea, a la Foxhole Blue?

—Yo utilizaría el helicóptero. La distancia es corta, partiendo desde Anchorage, pero a veces el suelo está helado, resbaladizo… No es agradable viajar en auto por aquí salvo en pleno verano. Y todavía queda algo de nieve por las montañas.

—¿Tenemos helicóptero?

—Y auto. El auto, aparentemente, se lo va a proporcionar una de las casas de Anchorage dedicadas a alquilarlos. Lo tiene ya en la puerta. Es gris, con el techo rojo. El helicóptero está en el aeropuerto, en el hangar número tres. Es rojo y negro; las aspas están pintadas alternativamente con esos colores. Y aquí —las sacó de un bolsillo— están las llaves de todo… ¿Sabe manejar un helicóptero?

—Sí.

—Bien… ¿Desea algo más?

—Por el momento, no.

—Entonces, iré a ocuparme otra vez del canadiense Janot. Y lo haré más a fondo. ¿*Okay*?

—*Okay* —sonrió la divina—. Hasta la vista, Simón.

—Ojalá que así sea. No me acompañe: conozco el camino.

Y el agente de la CIA, uno de tantos compañeros de Baby, al que esta, como a todos, llamaba Simón, se fue, utilizando sus propios medios, igual que había hecho para entrar allí.

Brigitte estuvo pensativa unos minutos. Luego, se cambió de ropas, se arregló el lindo rostro por el simple procedimiento de peinarse y sombrearse los ojos, y se fue en busca de Frank Minello.

El cual tenía una verdadera cara de sueño cuando abrió la

puerta de su habitación.

—Hola, Ronald —sonrió Brigitte—. ¿Estás listo para el almuerzo?

—Demonios… ¿Qué hora es?

—Muy tarde. Arréglate, baja al comedor, encarga el almuerzo para los dos y espérame. Volveré lo antes posible.

—¿Adónde vas?

Brigitte bajó confidencialmente la voz, sonriendo:

—A gastar parte de los diez mil dólares de la CIA

* * *

Apareció en el comedor con un hermoso chaquetón de pieles, y se sentó ante el petrificado Minello, sonriendo.

—¿Estás ya despierto del todo?

—Espero que sí… ¿Por qué diablos has de estar siempre tan maravillosa, con todo lo que te pongas?

—Yo también me lo pregunto —casi rio Brigitte—. Detrás de mí, sentado solo a una mesa, verás a un caballero como de cuarenta años escasos… ¡No lo mires ahora!

—Como decías…

—Por el amor de Dios, Ronald… ¡Ya lo mirarás luego, en un momento oportuno!

—¿Y cuál será ese momento oportuno?

—Cuando él no te mire a ti.

—Pe-pero… ¿cómo voy a saber que él no me mira a mí si yo no lo miro a él?

—Por Dios, por Dios… Uno se da cuenta de esas cosas, Ronald.

—Me pone nervioso que me llames Ronald. Está bien: ¿qué pasa con ese hombre?

—Me refiero al que tiene la barba tan recia, con el tono azulado…

—Sí, sí… ¿Qué hay con él?

—Es un agente del G-2 de la Marina. Naturalmente, está en el hotel esperando que Ernest Raysdale, de un modo u otro, se ponga en contacto con el hombre al que llamó: Ronald Cursam. O sea, tú. En estos momentos, ese hombre, que se llama Lorne Frost, sabe que en el hotel están la esposa de Raysdale y el amigo de este, Cursam.

Por tanto, no nos perderá de vista.

—Le voy a…

—Precisamente por eso te aviso —suspiró Brigitte—. Vamos a dejarle que nos siga, pacíficamente, y en ningún momento demostraremos que nos hemos dado cuenta. ¿Está claro?

—Sí… Muy claro.

—Estupendo. Ahora, almorcemos. Luego, tenemos que hacer un viaje en helicóptero.

—¿Adónde?

—Iremos a Foxhole Blue.

—¿A la zorrera? Pero ¡si esa gente tiene algo que ver en todo esto sabrán que nosotros… que nosotros…!

—¿… Estamos buscando a Ernest Raysdale?

—¡Claro!

—Bueno… Es lo lógico, ¿no? Somos su mejor amigo y su esposa. Y puesto que él nos envió una postal mencionando un lugar de nombre muy parecido, nosotros, «por error», iremos a esa zorrera.

—¿Piensas decir que hemos recibido una postal?

—¿Por qué no? —musitó Brigitte—. Ya que estamos tratando con zorros, sigamos el juego. Nos dedicaremos al deporte de la caza del zorro, con toda elegancia. Incluso vamos a tener perros que nos levantarán la caza, la acorralarán…

—No te entiendo una palabra —gruñó Minello.

—Pues es simple, querido: para que los zorros se dejen ver, hay que lanzarles los perros, ¿no es así? Pero si los perros no se ven, los zorros permanecen escondidos. Por eso, nosotros nos dejaremos ver y conocer muy bien.

—¿Y crees… que levantaremos la caza?

—Así lo espero. Es peligroso, pero quiero probarlo. Sea como sea, hay que levantar la caza.

Capítulo IV

Frank Minello detuvo el auto en el *parking* del aeropuerto, y lanzó un vistazo por el retrovisor.

—Ahí lo tenemos. Nos ha seguido, en efecto.

—Es lo lógico. Olvídalo.

—¿Crees que dispondrá también de un helicóptero?

—Es posible. Cuando salgamos del coche no quiero que lo vuelvas a mirar. De todos modos, el señor Frost, del G-2, está cumpliendo con su trabajo. Y nosotros somos solamente un par de personas inocentes que no tenemos por qué darnos cuenta de que nos vigilan. Vamos ya.

Se apearon, y se dirigieron hacia los hangares particulares. Entraron en el número tres, y Brigitte vio enseguida el helicóptero rojo y negro, cuyas aspas alternaban el mismo doble color. Se dirigieron al aparato, sin vacilaciones. Estaban ya junto a él cuando un hombre ataviado con «mono» blanco se les acercó presurosamente.

—¡Hey! —exclamó—. ¿Qué buscan ustedes?

Brigitte mostró las llaves del helicóptero, sonriendo.

—Un amigo llamado Simón nos presta su aparato. Y tiene que ser este, sin duda.

—Ya sé… Sí, un hombre llamado así me advirtió. ¿Usted es la señora Raysdale?

—En efecto.

—Muy bien. Les ayudaré a sacarlo del hangar.

—Muy amable.

Era un aparato pequeño, biplaza, con un pequeño compartimiento tras los asientos, para carga. Fue fácil sacarlo del hangar, hacia las pistas, empujado por el mecánico y Frank Minello.

Segundos después, expertamente pilotado por la «señora Raysdale», el helicóptero emprendía el vuelo, alzándose verticalmente hasta rebasar el punto más alto de la torre de control, pese a estar a buena distancia de esta. Luego, emprendió vuelo horizontal hacia el Norte…

—He ahí una dama que sabe bien lo que hace —comentó el piloto—. Asombroso. ¿No es cierto, señor?

El hombre que se había colocado a su lado, muy recia, azulada su barba, asintió hoscamente.

—Quisiera alquilar un helicóptero —dijo.

El mecánico le miró con más interés. Acabó asintiendo con la cabeza, señalando hacia fuera del hangar.

—Puede ir a las oficinas. Pero no creo que haya ninguno libre.

—Iré a verlo.

Arriba, en el helicóptero, Brigitte sonrió cuando vio separarse a los dos hombres, ya muy diminutos en la distancia.

—Espero que no lo consiga —musitó.

—¿El qué?

—Alquilar un helicóptero.

—¿Quién?

—¡No puedes ser tan tonto, Frankie!

—Oh… Ya sé: el tipo llamado Frost, el de la barba tan recia. ¿Crees que intentará alquilar un helicóptero?

Brigitte soltó un bufido, miró aviesamente a su acompañante, y dedicó toda su atención al corto vuelo de treinta y cinco millas hacia el norte.

* * *

—Ahí está.

—¿Cómo sabes que es esta? —preguntó Minello.

—Porque estamos buscando una zorrera llamada Foxhole Blue. Y si estamos buscando por estos lugares una zorrera llamada «Zorrera Azul» y vemos solamente esta por aquí, y tiene los tejados pintados de azul…

—No sigas, no sigas. Entendido.

—Milagro, milagro —rio Brigitte—. Atención: vamos a tomar tierra. Y lo haremos dentro de los terrenos de la zorrera.

—Quizá no le guste a su propietario.

—Y a nosotros, ¿qué? Con pedir luego disculpas, todo quedará arreglado… supongo.

A medida que descendían se iban viendo más y más grandes las jaulas metálicas. Eran bastante espaciosas, todas ellas con zorras adultas y crías. Brigitte contó rápidamente un total de sesenta jaulas metálicas, en dos hileras de treinta, ocupando un total de no menos de ciento cincuenta yardas cada una de las hileras, separadas por un pasillo también muy amplio, quizá de quince pies. Cada jaula tenía su cobertizo de madera, donde la familia de zorras debía de refugiarse cuando el tiempo resultase inclemente en exceso.

Más allá, separadas por un buen espacio de terreno, se veían varias edificaciones chatas, con el techo pintado de azul, en efecto. No muy lejos, otra gran jaula, con compartimientos pequeños, pero vacía, al parecer.

Y, por fin, al fondo, más rodeada de abetos que las demás construcciones, una bonita casa de dos pisos, espaciosa, con el tejado de doble pizarra gris, y las paredes pintadas en azul claro.

A un par de millas de distancia, quizá tres, se veían los Chugach, todavía con abundante nieve. Los Montes Alaska, mucho más lejos, quedaban ocultos por la neblina gris, blancuzca, de aquella tarde triste, con presagio clarísimo de inminente lluvia.

El helicóptero descendió lentamente en un espacio libre, que parecía expresamente desarbolado para aquello. Estaba a menos de cien yardas de la casa de dos pisos, y algo más cerca de las jaulas con zorras y de las que estaban vacías; las otras construcciones quedaron al otro lado de las jaulas.

—Hay otro helicóptero —dijo Minello.

—¿De veras?

—Me fastidia que te burles de mí.

—Entonces, no hagas indicaciones tontas. Es claro que ya lo había visto, querido.

El helicóptero se posó en tierra, por fin, y segundos después las aspas dejaban de girar. No se veía a nadie.

—Bajemos —dijo Brigitte.

Minello saltó primero, y rodeó rápidamente el helicóptero, para aprovechar la ocasión. Tuvo suerte. Brigitte se dejó caer en sus brazos, sonriendo burlonamente, pero se apresuró a soltarse.

Conocía muy bien a Frank Minello, el cual quedó decepcionado.

—Si llego a saber esto, no te ayudo.

—Vayamos hacia la casa —rio ella.

—No se ve a nadie…

—¿De veras?

Minello soltó un refunfuño y echó a andar hacia la casa, colocándose junto a la espía. Caían ya unas finísimas gotas heladas, y a lo lejos se oyó el retumbar de un trueno potentísimo. Todo cuanto abarcaba la vista, hasta los Montes Chugach, era verde, brillante por la humedad. Después del trueno, el silencio fue casi total, pues las zorras permanecían en silencio, la mayoría de ellas metidas ya en sus madrigueras artificiales.

—Esperemos que haya alguien por aquí. El viaje…

Se oyó un ladrido. Luego, otro. Y de pronto todo se llenó de furiosísimos ladridos, en un infernal concierto. Pero no eran las zorras, que se agitaron en sus jaulas nerviosamente, y empezaron a aullar todas a la vez, temblorosamente, con largos quejidos asustados…

—¡Corre! —gritó Brigitte—. ¡Al helicóptero, Frankie, corre…! Ella había dado la vuelta ya, y regresaba a toda velocidad hacia el aparato. Minello quedó un par de segundos petrificado, desconcertado… Vio venir aquella masa blanca, como lanzada hacia ellos, igual que una ola pavorosa erizada de colmillos húmedos y oscuros puntos rojos, ardientes… Todo ello, rodeado de aquel infernal ladrido múltiple, ferocísimo.

Dio la vuelta de pronto, erizado el vello, y echó a correr detrás de Brigitte, alcanzándola rápidamente; por algo era el jefe de la Sección Deportiva del *Morning News*, un consumado atleta. Asió a Brigitte de un brazo, tirando de ella sin dejar de correr cada vez más velozmente.

—¡Nos alcanzan…, nos alcanzan…!

—¡Déjame! —gritó Brigitte—. ¡Adelántate y sube!

Por esta vez, afortunadamente, Frank Minello comprendió a la perfección lo que la jadeante espía le estaba diciendo. La dejó atrás, corriendo con todas sus fuerzas, subió al helicóptero con la agilidad de un macaco, y se volvió, tendiendo las manos. Brigitte estaba todavía a no menos de doce yardas del aparato, y tras ella, más o menos a esa distancia, la jauría de blancos perros de colas

retorcidas, agudos colmillos, ojos como carbones encendidos, fauces abiertas… Todas las zorras del criadero estaban aullando ahora, con más fuerza que antes, temblorosos sus cuerpos, alzados los morros hacia el plomizo cielo. Las pequeñas crías se escondían bajo el pelaje de sus madres, desaparecían allí…

En medio de aquel estruendo de pesadilla, la espía llegó junto al helicóptero, alzó las manos, y las de Frank Minello se crisparon en sus muñecas, tirando de ella hacia arriba, rápidamente…, justo cuando uno de los perros saltaba, adelantándose a los demás, hacia Brigitte, lanzando un gruñido sordo, de muerte.

Brigitte fue directamente dentro del helicóptero, chocando su cuerpo contra el de Minello. Los dos cayeron por encima del respaldo del doble asiento, hacia la parte de la carga. Minello quedó debajo, contemplando las hermosas piernas de Brigitte, que hacía esfuerzos por incorporarse.

—Ah… ¿No merece mi ayuda un premio?

—¡Frankie, suelta…! ¡Las puertas!

—Solo un besito en cada una de estas piernas maravillosas…

—¡Suelta!

Brigitte consiguió desasirse de las pegadizas manos de Minello, asió una de las medias puertas del helicóptero, y cuando estaba atrayéndola para cerrarla, uno de los perros salvajes quedó colgado en la entrada, con las patas delanteras, gruñendo rabiosamente, intentando entrar en el helicóptero.

La punta del piececito de Brigitte golpeó fuertemente en el morro del animal, tirándolo de espaldas sobre la hierba. Cerró la puerta y se volvió hacia la otra, donde ya Frank Minello, de otro puntapié, había apartado a otro de los perros. Cerró la puerta, se dejó caer en un asiento y se quedó mirando la masa de blancos perros salvajes, saltando, aullando, rugiendo en torno al aparato, llegando sus cabezas en ocasiones hasta la línea visual de la ventanilla de la puerta.

—Parece… que tengan fuego en los ojos.

Brigitte no se molestó en contestar. Por su ventanilla también veía aquellas cabezas peludas, de orejas puntiagudas, los colmillos blancos, fortísimos, los ojos llameantes.

—Santo Dios —se estremeció—. ¿Qué hacen estos animales en este lugar?

Los perros salvajes continuaban saltando, sin descanso, todavía no resignados a la pérdida de la presa. Brigitte se llevó las manos a los oídos, tapándolos, queriendo escapar a aquel espantoso concierto de furia.

Minello la tocó en un brazo y señaló hacia la casa, por delante de la cual se veía llegar a un hombre, corriendo, agitando los brazos. Parecía gritar algo, pero era imposible oírlo por entre los furiosísimos ladridos. Llevaba un largo látigo arrastrando, y cuando llegó junto a los perros lo hizo chascar en el aire, por encima de ellos. Los animales tuvieron un instante de rebeldía, pareció que querían insistir en destrozar el helicóptero a dentelladas, conseguir como fuese a las dos personas que se habían puesto a salvo allí dentro, allá arriba…

Un nuevo latigazo, ahora sobre los ásperos lomas de cinco o seis de ellos a la vez, pareció recordarles algo. El hombre gritaba sin descanso, y había vuelto a alzar el látigo, señalando con un brazo la jaula vacía. Hizo chascar de nuevo el látigo por encima de las perros salvajes, y un par de ellos, con el rabo caído, iniciaron la marcha hacia donde señalaba el hombre. Otro chasquido del látigo, y los demás los siguieron, remoloneando, mostrando los colmillos, estremecidos los peludos rabos enroscados, erizado el pelaje del lomo…

Todavía necesitó un par de minutos para conseguir que la docena de animales entrasen en la jaula de recios alambre. La cerró, miró hacia el helicóptero, y fue hacia allí, enroscado el látigo, furiosa la expresión.

Se detuvo junto el aparato, alzando la mano con la que sostenía el látigo.

Su voz se oyó por encima de los estremecidos ladridos de la gran manada de trescientas zorras y zorros:

—¿Qué demonios se proponen ustedes? —rugió furiosamente—. ¿Se han vuelto locos?

—¡Usted es el loco! —estalló Minello—. ¿Cómo se le ocurre tener sueltas a esas fieras?

—¡Nadie le dio permiso para aterrizar aquí! ¡Yo entreno a mis perros cuando me da la gana! ¡Si no les gusta…!

—¡Grom! ¡Tranquiliza a esos animales!

La llamada, muy potente, procedía de la casa. Había un hombre

en el porche. Un hombre altísimo, recio, cuya cabeza se veía completamente pelada.

El llamado Grom cambió radicalmente de actitud. Dirigió una última mirada a los ocupantes del helicóptero, pero, sin añadir nada más, se alejó hacia la jaula de los perros salvajes.

En la puerta de una de las construcciones secundarias habían aparecido cuatro o cinco hombres, pero Brigitte no les prestó atención, ya que toda la dedicaba al colosal personaje aparecido en el porche. Naturalmente, aquel debía de ser el canadiense Edgar Janot.

—¡Vengan a la casa! —gritó, moviendo un brazo.

—Vamos —musitó Brigitte—. Por mal que nos reciba, no lo hará peor que esos perros.

—¿Y de los besos?

—¿Qué besos?

—¡Uno en cada pierna! —exclamó Minello—. ¡Ese fue el trato!

—Oh, Frankie, por favor, no fastidies.

—Está bien… Pero la próxima vez te dejaré en poder de esos perros. Tú lo has querido… ¡Hey, espera!

Brigitte había saltado ya del helicóptero, no sin dirigir una mirada hacia la jaula, frente a la cual el llamado Grom parecía estar hablando con los perros salvajes. Dos de los hombres que habían salido del barracón central iban hacia allí, y los demás miraban a los visitantes de la Foxhole Blue, fruncidos los ceños. Las trescientas zorras parecía que se iban calmando, pero todavía se oían aullidos de espanto, tremolantes. Algunos zorros iban de un lado a otro de la jaula de alambres, aullando todavía sin descanso, alzando mucho el morro, inquietos… Tenían una considerable envergadura, pero era muy poco probable que aquellos aullidos fueran de pelea. El más grande de ellos no duraría ni diez segundos entre los colmillos de cualquiera de aquellos perros de ojos ardientes.

Brigitte y Minello llegaron ante el porche justo cuando la lluvia arreciaba, espesándose más. Pero la situación había dado un considerable cambio en apenas dos minutos. Las nubes se veían ahora más redondas, y parecía que podría despejarse el cielo no tardando mucho. La tormenta se alejaba hacia las montañas.

Edgar Janot también parecía una montaña. Por lo menos medía seis pies y medio, sus hombros tenían unas proporciones

asombrosas, y sus manos eran enormes. Llevaba unos gruesos pantalones, un jersey oscuro de cuello alto, y unas gruesas botazas. Ciertamente, Simón había conseguido al menos una fotografía buena de él. Gesto torvo, ceñudo, boca grande, mandíbula saliente, ojos pequeños y astutos, negrísimos, muy brillantes, y unas cejas espesas, hirsutas, con tonalidades grises. Edgar Janot debía de tener no menos de cuarenta y cinco años, pero rebosantes de vitalidad, de potencia.

—Lo siento… —dijo—. Sean bien venidos a Foxhole Blue.

Capítulo V

—¿Son suyos esos perros? —preguntó Minello.

—Así es. Todo cuanto ustedes puedan ver aquí, es mío. ¿Por qué?

—Tener sueltos a esos animales es poco menos que un asesinato. No deberían…

—Mi nombre es Nora Raysdale —sonrió Brigitte, interrumpiendo al irritado Minello—. Y él es el capitán Ronald Cursam, de la Marina. Deberá disculparlo, señor, pero, ciertamente, esos perros…

—Esos perros están en su casa, señora. Nunca pasa nada si no hay extraños cerca de ellos.

—Entiendo… Entiendo, señor. La verdad es que la culpa es nuestra. Supongo que debimos aterrizar fuera de los límites de su posesión.

—Eso habría sido lo correcto, en efecto. Pero supongo que esta lluvia pertinaz les sugirió un aterrizaje más cerca de la casa.

—Sí… Emmm… ¿Es usted el señor Janot?

—Yo soy. ¿Qué se les ofrece?

—Quisiéramos conversar unos minutos con usted, si no tiene inconveniente.

Edgar Janot vaciló, pero tan levemente que Brigitte pensó si no habría sido imaginación suya.

—Bien… Entremos en la casa. ¿Son ustedes compradores de pieles, quizá?

—Pues no… No, señor Janot. Es un asunto más personal. Y, desde luego, más extraño.

Las espesísimas cejas del canadiense se fruncieron. Acabó encogiendo los hombros y señalando hacia el interior de la casa. Había un pequeño vestíbulo, muy acogedor. Luego, un gran *living*, que daba al porche con un gran ventanal, precisamente orientado

hacia donde se veían los dos helicópteros. Había una chimenea en un rincón, con algunos troncos ardiendo. Pieles en el suelo y las paredes, muebles viejos pero bien cuidados y confortables, una librería, un par de cuadros, dos hermosos zorros disecados colocados en sendas repisas pegadas a la pared… El fuego en la chimenea daba a todo el *living* un tono muy agradable, acogedor, íntimo.

Janot señaló el sofá, y Brigitte y Minello se sentaron allí, juntos.

—Este es un lugar en verdad amable, señor Janot. Debe de vivir usted muy a gusto aquí.

—No me quejo. ¿Quieren tomar algo?

—Bueno —masculló Minello—. Después del susto, yo creo que un buen trago de *whisky* nos sentará estupendamente.

Edgar Janot asintió con su enorme cabezota pelada, y fue hacia el mueble-bar, sacó una botella y tres vasos, y regresó con ellos al centro del *living*. Se sentó en un sillón, colocó los vasos en la mesita de centro y sirvió tres dosis de *whisky*. Mientras tanto, y pensando que Janot no resultaba tan áspero como había temido, Brigitte había visto la gorra de piel sobre otro de los sillones, hacia el rincón donde se suponía que Edgar Janot leía a la luz de la lámpara de pie. Una gorra que no podía corresponder jamás a aquella gran cabeza.

—Deben disculpar lo de los perros —dijo de pronto Janot—. No están bien entrenados todavía.

—¿Entrenados? —inquirió Frankie—. ¿Para qué? Janot miró casi agresivamente a Minello.

—Para obedecer, capitán Cursam. La obediencia es básica en los perros. Un perro desobediente no sirve para nada en estos lugares. A veces, la vida puede depender de ese perro.

—¿También vende perros?

—A veces. Grom los… domestica, y de cuando en cuando sale alguno excepcional. Son perros salvajes, muy fuertes, bien preparados para ir por la nieve. Pero hasta que no están bien entrenados, ni siquiera mis empleados se atreven a salir del barracón cuando Grom anda por ahí con ellos.

—¿Y no sería mejor entrenarlos en la jaula? —preguntó Brigitte.

—Por extraño que le parezca, allí es más difícil. Esta clase de perros difícilmente confiará en un hombre que los tenga siempre encerrados o encadenados. Grom los trata bien, los pasea, les va

enseñando a obedecer órdenes… Cuando ustedes llegaron, los perros estaban dando un paseo alrededor de la cerca de alambre. Tienen que conocerla bien. Ellos solos son capaces de comprender si algún agujero, por pequeño que sea, permitiría la salida de un zorro.

—¿Se le escapan los zorros, señor Janot?

—Ya no. Al principio siempre perdía bastantes, de modo que estuve poco menos que en la ruina. Hasta que se me ocurrió lo de los perros. Y los zorros ya lo saben.

—¿Qué es lo que saben?

—Que si salen de sus jaulas morirán. Desde que tengo perros salvajes bien entrenados no he perdido ni un solo zorro o zorrillo.

—¿No es un poco cruel eso, señor Janot?

—Es mi negocio: criar zorros. Cada animal perdido me significa un buen puñado de dólares, capitán Cursam. Y a nadie le gusta perder dinero en su negocio. Mmm… Señora Raysdale, ¿cuál es ese asunto que los traído aquí?

—¿No le suena mi apellido, señor Janot?

Las espesísimas cejas se alzaron en gesto perplejo.

—Perdone… No la entiendo…

—¿Es la primera vez que oye el apellido Raysdale?

—Pues no sé… Francamente, no podría asegurar ni que sí ni que no. ¿Por qué?

—¿Y el nombre de Ernest Raysdale, le suena?

—Ernest Raysdale… No. Lo siento, pero no.

—Comandante Ernest Raysdale —machacó Minello—. Ella es su esposa.

—Bueno, ya he pensado algo así. Pero no entiendo… ¿Comandante Ernest Raysdale? —Las gruesas cejas se alzaron una vez más—. ¿Quizá también de la Marina, capitán Cursam?

—¡Sí! ¿Lo recuerda ahora?

—Por supuesto que no. Es solamente que me pregunto por qué están buscando aquí referencias de ese oficial… Supongo que todo esto no será una broma, señora Raysdale.

—Oh, no, señor Janot, no.

—¿Y por qué busca aquí a un oficial de la Marina?

Edgar Janot miraba de uno a otro, entre desconfiado e intrigado. Era un magnífico actor, pensó Brigitte. O eso, o realmente no sabía

nada de nada. De donde podía desprenderse que Foxhole Blue no tenía nada que ver con Foxhole Blue Cavern. En cuyo caso, la similitud de nombres continuaba siendo en verdad notable y sospechosa.

—¿Usted ha oído alguna vez el nombre de Foxhole Blue Cavern, señor Janot?

—Emm… ¿Cavern?

—Sí, sí…

—Pues temo que no. Eso sugiere… una caverna azul que sea un criadero de zorros, más o menos. Francamente, estoy sorprendido.

—¿Por qué?

—Le diré… En general, y contra lo que mucha gente cree, los zorros son enemigos de las cavernas. Digamos, para ser más exactos, que son enemigos de los lugares cerrados. En principio, se podía pensar que alguien bautizó así una caverna en la que encontró algunos zorros escondidos. Pero es poco probable. ¿Ha visto usted las madrigueras de mis zorros, señora Raysdale?

—Por encima, nada más.

—¿Quiere decir desde el aire?

—Quiero decir —sonrió Brigitte— que no me he fijado muy bien.

—Ah… Bien, los zorros gustan de madrigueras poco menos que al aire libre. Suelen formar su cubil entre gruesas raíces al descubierto de grandes árboles, en agujeros con ventilación, y en muchas ocasiones sobre simples montones de hojas. Solamente cuando van a tener crías, que es hacia el mes de mayo, buscan lugares… escondidos. Pero siempre con ventilación. No creo que elijan una… caverna. De donde se desprende que ese lugar llamado, Foxhole Blue Cavern, no es precisamente muy apropiado para criar zorros. Ni creo que se encuentren muchos en una caverna natural.

—Entiendo, señor Janot. ¿Cómo cría usted sus zorros?

—Pues tienen un cubil que ellos mismos, a su modo, van… construyendo, en buena parte. Con tablones sin desbastar, ramas, alguna tabla… En la época de natalicios, se esconden en lo más profundo, y el zorro se queda ante la madriguera que ellos mismos han formado. Entonces espera hasta que los zorrillos han abierto los ojos, o sea, unos nueve o diez días… A partir de ese momento, ya puede reunirse con la familia. Antes, no.

—Bien… No comprendo qué tiene que ver eso con…

—Los zorros, como todo el mundo dice, son muy astutos. Y eso es cierto, lo he comprobado. Nunca se meterían en una caverna… a menos que tuviese salida. Otra salida de la visible, quiero decir. Por tanto, nc creo que nadie que conozca a estos animales bautizase su criadero poniendo de ninguna manera el nombre «Cavern». Nada de cavernas, o cuevas. No, señora Raysdale, nadie que entienda de zorros se atrevería a bautizar su criadero de ese modo. Y otra cosa: ¿usted está segura de que debe buscar a su esposo en un lugar llamado así? ¿No puede usted estar confundida?

—No creo.

—¿Su esposo le mencionó ese lugar? ¿Quizá le habló de mí, y usted creyó que le hablaba de una caverna, o algo así…?

—¿De usted? No, no, señor Janot.

—Entonces, ¿por qué ha venido aquí, cómo sabe mi nombre? Esto me está resultando muy extraño, señora.

—Hasta yo misma creo que lo es. Lo cierto es que pregunté por un lugar llamado Foxhole Blue Cavern, y me dijeron que solo conocían uno llamado simplemente Foxhole Blue, y que su propietario era el señor Edgar Janot. Pregunté su situación, y vine aquí. Eso es todo, señor Janot.

—Ya… Pero ¿qué es lo que quiere usted concretamente?

—Encontrar a mi esposo.

—¿Aquí? ¿Por qué?

—Porque así lo decía su tarjeta postal.

—¿Cómo?

Brigitte se puso en pie, con aspecto desilusionado.

—Temo que le estamos haciendo perder su tiempo en vano, señor Janot. Ha sido muy amable, y nos…

—Espere, por favor… Siéntese, señora Raysdale, se lo suplico.

—Bueno, parece que ya ha parado de llover, y creo que deberíamos aprovechar para volver a Anchorage, al hotel…

—¿Están en el Anchorage?

—Anchorage Bay, sí… Y nos vamos ya, si usted no se opone.

—No me opongo. Solo le ruego que me explique eso de la tarjeta postal, si es tan amable. No sé si es natural o no, pero me siento lleno de curiosidad… ¿Otro *whisky*?

—Pues… preferiría algo menos fuerte, la verdad.

—Claro… ¿Usted, capitán Cursam?

—Oh, yo seguiré con el *whisky*, creo.

—Y yo tomaría una tónica con un chorrito de *whisky* —sonrió Brigitte.

—Tendré que ir a buscarla a la cocina… ¿Me perdonan un instante?

—Desde luego.

Janot se puso en pie, con gesto amable, y salió del *living*. Brigitte abrió su bolsito, sacó un paquete de cigarrillos, se colocó uno entre los labios, guardó el paquete y sacó un pequeño objeto metálico, que ocultó en el hueco de la mano. Miró a todos lados, distraída, y, de pronto, se inclinó y metió el objeto en la boca del oso despellejado que tenía a sus pies, ante la estupefacta mirada de Frank Minello, que tuvo que esperar hasta entonces para que la espía aceptase la llama de su encendedor.

Edgar Janot apareció cuando apenas estaba encendido el cigarrillo, llevando una botella de agua tónica, que colocó junto al vaso de Brigitte. Esperó a que esta la vaciase en su vaso.

—Respecto a eso de la tarjeta postal, señora Raysdale…

—Ah, sí. Recibí una de mi esposo, desde Anchorage. Tuve que pagar el franqueo. Pero eso no es extraño, señor Janot; se hace a veces, por diversos motivos. Lo realmente extraordinario…

—Siga, por favor.

—Usted va a pensar que… que estoy loca.

—¿Loca? ¿Por qué? No me parece usted una persona en esas condiciones, la verdad.

—Muy amable. Sin embargo, el hecho cierto es que mi esposo, el comandante Ernest Raysdale, falleció hace tres semanas.

—En ese caso… ¿Falleció? ¿Es… una broma?

—Ya le he dicho que pensaría que estoy loca.

—Bueno… Emmm… Perdone, ciertamente no… no pienso eso, pero… Oh, por favor, señora Raysdale, creo que usted y su acompañante están… bromeando conmigo. A menos… ¿Cuándo recibió usted esa tarjeta postal?

—Hace un par de días.

—¿Y su esposo había muerto tres semanas atrás?

—Así es.

Edgar Janot se pasó una manaza por la enorme cabeza rapada.

—Vaya… De veras no sé qué decir… Pero está bien claro que alguien le ha gastado a usted una broma de pésimo gusto.

—Estoy segura de que la letra era de Ernest, mi marido.

—Pero si estaba muerto desde hace tres semanas…

—Algo extraño está pasando, señor Janot.

—¡Y tan extraño! Lo que no entiendo es por qué ha venido usted aquí, a mi casa…

—Porque Ernest mencionó que se había marchado de Foxhole Blue Cavern, y que me estaría esperando en el Anchorage Bay Hotel. Y como no ha aparecido por allí, he pensado que quizás habría vuelto aquí.

—Pero ¡esto no es Foxhole Blue Cavern! Debe de haber alguna confusión muy grande… ¿Tiene aquí esa tarjeta postal?

—No. La dejé en el hotel.

—Bien… ¿Qué decía exactamente?

—Mi memoria no es muy buena… Creo que decía algo así como que se marchaba de Foxhole Blue Cavern, y que me esperaba en el Anchorage Bay Hotel, que pasara a recogerlo. Solo eso. Demasiado si tenemos en cuenta que me lo había escrito un hombre muerto tres semanas antes, señor Janot.

—Es cierto… Bien… No sé… Desde luego, le aseguro que jamás he conocido a su esposo, señora Raysdale, ni se me ocurre qué relación pueda haber tenido conmigo jamás… En cuanto a mi zorrera, pues ya la ha visto usted: no tiene el menor parecido con una cueva, ni me explico esa similitud de nombre. Puede ser una coincidencia… Francamente, no sé qué decirle. Oiga, ¿va a decirme que no ha avisado a la Policía? Ellos podrían investigar tan raro asunto, ¿no?

—¿La Policía? —arrugó Brigitte la naricilla—. No tengo la menor intención de mezclarla en esto, señor Janot. Todo lo que me he permitido ha sido recurrir a Ronald, el mejor amigo de mi esposo.

—¿No ha avisado a nadie sobre tan extraordinario suceso?

—No. Ya le digo que no quiero que me tomen por loca.

—Pero enseñando la tarjeta postal…

Brigitte inclinó la cabeza y permaneció unos segundos pensativa. Cuando la alzó, había unas lagrimitas en sus hermosos ojos.

—Creo que soy de verdad una loca —musitó—. A pesar de que

sé muy bien que Ernest murió, yo creí… No sé… Era como una extraña esperanza que… Una locura, eso es todo. Ha sido muy amable, señor Janot. Ya no le molestamos más.

—Me gustaría serle útil en algo, pero no se me ocurre…

—Ha sido demasiado paciente. Le estoy muy agradecida por todo.

Se puso de nuevo en pie, y esta vez Edgar Janot no pareció tener deseos de retenerla, de pedir más explicaciones.

—De todos modos —musitó amablemente—, quizá sería mejor que… recapacitase seriamente sobre el asunto, señora Raysdale. Cuando un hombre muere, pues… está muerto. Quiero decir… Un momento: ¿usted no vio muerto a su esposo?

—Oh, sí, lo vi…

—Vaya, no comprendo entonces…

—Murió en un accidente de automóvil, señor Janot. Quedó… muy poco agradable. La verdad es que fue identificado por ciertos detalles personales, pero no por sí mismo. Quedó… convertido en cenizas.

—Lo lamento de veras. Bueno, supongo que usted ha creído que pasó algo raro… Desde luego, a mí no se me ocurre ninguna explicación, pero me gustaría saber cómo acaba esto.

—Es natural. Si me entero de algo revelador, creo que le diré lo que sea, señor Janot. De verdad que ha sido usted muy amable.

—No tiene importancia. Les acompañaré hasta el helicóptero.

—Esa es una buena idea —aprobó Minello—. Usted será nuestra protección contra esos perros.

—No lo asegure demasiado, capitán Cursam. Quien mejor los conoce es Grom. Naturalmente, yo participo en su entrenamiento, en cierto modo, pero le conocen más a él que a mí. De todos modos, están encerrados, así que no hay peligro.

Los acompañó hasta el helicóptero, y estuvo allí hasta que el aparato se elevó. Saludó con la mano y regresó lentamente hacia la casa. Su figura se fue empequeñeciendo a medida que el aparato ascendía y se alejaba…

—¿Qué opinas? —preguntó Minello.

—Toma mi lugar —dijo Brigitte.

Pasó atrás, Minello se sentó ante los mandos del aparato y ella pasó al asiento que había estado ocupando él hasta entonces. Abrió

su maletín rojo con florecillas azules, sacó de él un aparato metálico que parecía un transistor, y movió el dial.

—¿Tienes ganas de música ahora?

—No seas asno, Frankie. Vuela durante un par de minutos. Luego, toma tierra.

—¿Para qué?

—Verás qué broma tan divertida. Ssttt… Permanece en silencio, te lo ruego. Seguramente, vamos a enterarnos de algo no demasiado sorprendente respecto al señor Edgar Janot. Silencio, por favor.

Capítulo VI

Edgar Janot entró en la casa y se dirigió directamente hacia el *living*, donde, sentado en un sillón, estaba esperándole ya un hombre, con un vaso de *whisky* en las manos.

—Es una viuda interesante, ¿no es cierto? —sonrió.

Era más bien alto, atlético, de sonrisa atractiva, ojos grises, inteligentes. Debía de tener poco más de treinta años, y todo su aspecto delataba al deportista sano, satisfecho de vivir.

Edgar Janot le dirigió una torva mirada.

—Creo que ella vio tu gorra.

—¿Y qué? —sonrió el otro.

—También ha visto tu helicóptero… No me gusta esa mujer.

—A mí, sí. Es sensacional, fascinante, espléndida… ¿Crees que ha dicho la verdad?

—¿Respecto a qué?

—A lo de la tarjeta postal.

—Naturalmente. Estoy rodeado de ineptos, Martin. Y no me gustaría tener que decir que tú eres el primero.

—Eso no puedes decirlo, porque no es cierto. ¿Por qué estás tan seguro de que ha dicho la verdad respecto a la tarjeta postal?

—Cuando aquellos dos desgraciados estaban siguiendo a Ernest Raysdale, llamaron por la radio pidiendo consejo. Y dijeron que Raysdale había simulado estar borracho. Posteriormente, se reconstruyó todo, y sabes muy bien que en el lugar donde compró la botella de *whisky* había tarjetas postales. Pudo enviar una.

—¿Tan rápidamente?

—Los hombres que nosotros elegimos, Martin, no son precisamente unos manazas. Son seleccionados cuidadosamente, lo sabes muy bien. El comandante Raysdale no era de los peores, si lo recuerdas bien. Pudo arreglárselas para enviar la tarjeta postal. Otro detalle: uno de los disparos que se le hicieron con el «Silencioso»,

dio en un buzón de la US Mail. Y esa mujer ha dicho que recibió la tarjeta postal sin franqueo, que tuvo que pagarlo ella… ¿Te explico más detalladamente el asunto?

—No… —musitó Martin Blayston—. No, desde luego.

Edgar Janot se dejó caer en el sofá y bebió directamente de la botella un buen trago de *whisky*. Luego, quedó con los ojos fijos en uno de los zorros disecados, rumiando hoscamente.

—No me gusta esa mujer —insistió al fin.

—¿Y el capitán Cursam?

—Es un estúpido. Bien, quizá no tanto, pero sí lo es comparado con ella. Esa chica de ojos azules anula la iniciativa de cualquiera. Es demasiado… vital. Y ni mucho menos se dará por vencida con esta entrevista. Seguirá buscando.

—Quizá se haya convencido ya.

—No lo creo. Ella asistió al entierro de su marido, es cierto. Se supone, al menos, claro. Pero su cabecita trabaja demasiado bien. Se está preguntando si es cierto que Ernest Raysdale murió. Y puesto que no pudo ser identificado a simple vista de persona normal el cadáver, y ahora ha recibido una tarjeta postal, está… barajando posibilidades, conjeturas, teorías…

—¡De lo que es capaz una mujer por no quedarse viuda!

—Raysdale no merecía esa chica. ¿La viste cuando los perros fueron hacia ella? Otra mujer habría gritado, se habría desmayado del susto… Ella, no. Hizo lo único que podía hacer: dio media vuelta y corrió con todas sus fuerzas. Y cuando Cursam la cogió por las manos, ella misma saltó hacia arriba, con seguridad, con mucha eficacia. Otra mujer cualquiera habría dejado el trasero en las fauces del perro que saltó.

—Buen bocado —sonrió Blayston—. ¿Quieres que nos encarguemos de ella y del tal Cursam?

—¿Estás loco? —Gruñó furiosamente Janot.

—¿Loco? Bueno, a mí me parece lo más conveniente. Ella ha llegado sola a Anchorage, con ese oficial. No han avisado a la Policía, ni a nadie, según se comprende. Reciben la tarjeta postal y vienen aquí…

—Lo cual no es propio de una mujer que, evidentemente, es muy inteligente. Ha mentido, claro.

—¿Ha… mentido?

—¡Naturalmente! Pero ¿qué te pasa? ¿No eres capaz de comprender las cosas más simples?

—No te entiendo, Ermak.

—¡No me llames así!

—Perdona. Quería decir…

—¡Sé muy bien lo que querías decir! ¡Que no entiendes nada, y eso no me extraña! ¿Te das cuenta de lo imbécil que es necesario ser para recibir una tarjeta postal de un muerto y no avisar por lo menos a la Policía?

—Si yo perteneciese a la Marina, como ese Ronald Cursam, habría avisado al G-2.

—¡Exacto!

—¿Crees que ella lo ha hecho?

—Él tiene que haberla aconsejado en ese sentido. Comprende que tiene que resultar asombroso que un hombre muerto tres semanas antes envíe una tarjeta postal. No es cosa que puedan investigar una viuda y un oscuro capitán de la Marina… Claro… ¡Eso es!

—¿Qué es?

—No son lo que dicen… ¡Deben de pertenecer al G-2!

—Oh, vamos, Edgar… Dos agentes del G-2, por tontos que sean, no se presentarían aquí, a poner sus cartas boca arriba. Hace falta mucha audacia para eso. Nos las hemos visto en algunas ocasiones con esos elementos del G-2, y tú sabes que no han sido demasiado listos ni audaces. Esa chica tendría que ser de una audacia fuera de serie… o tonta.

—Tonta no es —musitó Janot—. De eso estoy seguro.

—Yo creo que la solución más simple es matarlos a los dos. Quizá sea cierto que no han avisado a nadie.

—No puede ser cierto… No. No lo creo. Y si los matamos después de haberlos tenido de visita aquí, nos vamos a complicar la vida. ¡Y ya nos la complicó bastante el maldito Raysdale!

—Pues tú dirás qué hacemos.

—Vamos a permanecer inactivos una larga temporada. Es necesario, Martin.

—Y ruinoso.

—Insisto en que es necesario. Dejaremos pasar el tiempo. Que vengan por aquí, que investiguen, que husmeen todo lo que quieran. Nosotros no tenemos demasiada prisa.

No… Nosotros, no. Pero sí la tienen los dos clientes que me están esperando en Kenai. Bueno, los atenderé rápidamente y que se marchen de nuevo a África.

—Nada de eso, ni hablar. No se les servirá el pedido. Inactividad absoluta, Martin.

—¡No podemos hacer eso! Esos dos hombres han venido expresamente desde África, para alquilarnos diez comandantes… ¡Y han venido porque nosotros les hicimos la oferta!

—Que esperen.

—¡No pueden esperar! Tienen preparada su revolución para dentro de una semana… Y nos garantizaron el empleo de nuestros comandantes durante diez días, como mínimo. Eso significa unos… quinientos mil dólares. ¡Medio millón! ¿Qué demonios te pasa? ¿No quieres ganar medio millón de dólares?

—No en estas circunstancias.

—Pero…

—¡He dicho que no! —Se irritó Janot.

—Bien… Está bien, está bien… Tú dirás qué excusa les doy yo ahora a esos dos africanos. Están esperándome en Kenai, convencidos de que mañana por la mañana, lo más tarde, el contrato de alquiler habrá sido cerrado. Dime cómo les explico yo ahora que no van a tener sus diez comandantes. Van a volver muy descontentos a su país.

—Pues que no vuelvan.

—Emmm… ¿He oído bien, Edgar?

—Has oído muy bien. De todos modos, a unos clientes insatisfechos no se les puede dejar marchar. Saben demasiado.

—¿Demasiado? ¡No saben nada! Simplemente, en África recibieron la visita de uno de nuestros representantes mundiales, aceptaron la oferta, y han venido a Alaska, concretamente a Kenai, donde me están esperando en el Bering Hotel. No saben nada de

nada. Solamente que el trato se iba a cerrar en Kenai. Pero eso no es revelador. Pensarían que habíamos escogido aquel sitio como podríamos haber elegido cualquier otro, para la entrevista.

—De todos modos, no deben volver.

—Creo que te precipitas demasiado, por un simple contratiempo, Edgar.

—Sé muy bien lo que hago. Tú no has estado viviendo en este ambiente, Martin. Cuando se produce la más estrecha fisura en una organización, ten por seguro que por ahí puede entrar o salir una ballena.

—¿Por una estrecha rendija? —rio Blayston.

—Por el más diminuto agujero. Sé muy bien de lo que estoy hablando. ¿O quizás has olvidado quién fui, lo que fui?

—No… No he olvidado nada. De acuerdo, me ocuparé de esos africanos. ¿Y respecto a la viuda y al capitán Cursam?

—Olvídalos, por el momento. Quiero decir que nada de atentar contra ellos. Vigiladlos, simplemente. Mientras ellos estén vivos, sin que nadie les moleste, significará que el
G-2
no podrá entrar en acción. Si nadie muerde el anzuelo, todo seguirá en calma.

—Como quieras —Martin Blayston se puso en pie, desganadamente—. Se hará lo que mandas, claro. Pero sigo pensando que es una tontería abandonar esa ganancia de quinientos mil dólares.

—Ya tuve demasiadas ambiciones una vez… y estuve a punto de pagarlo muy caro. Aprendí a ser prudente, y a no… Ve a ver quién es y qué quiere.

Martin Blayston salió del *living*, hacia la puerta de la casa. Reapareció poco después, acompañado de uno de los hombres que habían aparecido en el porche del barracón de empleados de la zorrera cuando los perros salvajes atacaron a Brigitte y Minello.

—Señor Janot, han llegado algunos esquimales —dijo.

—Está bien. ¿Los han llevado directamente a la caverna?

—Sí. Han avisado por la radio, pero como usted tenía desconectada su entrada, he contestado yo.

—Lo había olvidado por el momento. Lo hice cuando vi descender el helicóptero de esa viuda… Está bien, Poitiers, que

sigan la costumbre.

—¿No irá usted esta noche a la caverna?

—No sé… Sí… ¿Por qué no? Pero bastante tarde. Que me esperen. Tarde lo que tarde, que me esperen. ¿Cómo son esos esquimales?

—Corrientes, supongo. No me han dicho nada especial sobre ellos.

—Bien… Los perros estarán contentos, con tanta carne. No creo ir esta noche, Poitiers. Si no llamo yo mismo a la caverna, diles que será señal de que iré mañana por la mañana.

—Sí, señor. ¿Alguna cosa más?

—No. Márchate.

El llamado Poitiers salió de la casa, mientras Martin Blayston encendía un cigarrillo con mano visiblemente temblorosa. Edgar Janot estuvo mirándolo maliciosamente hasta que Blayston alzó los ojos.

—¿Algo te… impresiona, Martin?

—Eso de los esquimales, los perros, los entrenamientos de los comandantes… Es escalofriante, Edgar.

—No les des tanta importancia. Son solo esquimales.

—Claro… Claro, son solo esquimales. Bueno, si no tienes nada que mandar regreso a Kenai, a ver cómo arreglo el asunto de ese par de negros. Lástima: son unos buenos clientes, por ser la primera vez.

—Ya tendremos otros clientes. Nuestros agentes en todo el mundo siguen buscando. Hace tres semanas fue en Guatemala; luego, en Venezuela, Chile, Filipinas… El negocio, aunque todavía no demasiado floreciente, va bien. No lo estropeemos por querer ganar mucho en poco tiempo.

—Tienes razón. Me ocuparé de los dos negros y del asunto de la viuda. La vigilaremos bien. A fin de cuentas, si Ernest Raysdale está todavía por aquí, querrá verla, supongo. De otro modo, no le habría enviado la tarjeta postal.

—Es evidente.

—Hay una cosa que no… acabo de entender bien. ¿Por qué no ha ido Raysdale a las autoridades militares o civiles? Nos consta que no lo ha hecho, ya que de otro modo todo habría terminado… ¿Por qué no ha recurrido a la Marina, a la Policía…?

—Eso está bien claro, Martin. Si lo hace, es hombre muerto. Nos perjudicaría a nosotros, pero a cambio de su vida. Y Raysdale es demasiado listo para pagar ese precio. Llama a su esposa, y espera que ella le ayude de algún modo: dinero, principalmente. Sé muy bien lo que está esperando Ernest Raysdale: una oportunidad para escapar no solo de nosotros, sino de las leyes militares. No olvidemos que lo suyo ha sido una traición y una deserción, agravada con mentiras, un asesinato, falsificación de documentos… Si la Justicia lo atrapa, lo condenarán. Por eso no pedirá ayuda a nadie que no sea de su personal confianza. Es decir, su esposa y su mejor amigo. Y si consigue escapar ayudado por ellos dos, se esconderá en cualquier rincón del mundo. No dirá nada.

—Es una tranquilidad para nosotros.

—Y para él. Nosotros solo tendríamos que dar cuentas a la Justicia. Él, a la Justicia y a la Ley Marcial. Demasiado. Ve tranquilo sobre eso. ¿Cuándo tienes que ver a los dos clientes?

—Esta noche, a las diez.

—Tienes tiempo más que sobrado. Pasa por Anchorage, y avisa que vigilen a la viuda y a Cursam. No sería extraño que Raysdale iniciase un acercamiento. Atentos.

—Bien. Hasta la vista, Edgar.

—Adiós.

* * *

—Se han despedido —musitó Minello.

—Ssstt… Todavía pueden decir algo más.

Esperaron unos segundos, pero ya no se oyó ninguna voz. Estaban los dos acurrucados bajo un abeto, resguardándose de la fina llovizna que volvía a caer.

El helicóptero estaba unos treinta pies más allá, escondido entre un espeso grupo de abetos, parado, silencioso.

Brigitte detuvo la marcha de la cinta grabadora, y señaló el otro dial, antes de cerrarlo también.

—Este es el mando de audición, Frankie. Cada par de minutos, pones en marcha el aparato, y escuchas durante diez segundos solamente. Hay que ahorrar energía. Y solo si oyes que alguien habla pones en marcha la grabadora, y anotas la hora. ¿Lo has

entendido?

—Claro. Pero ¿de verdad piensas dejarme aquí?

—Absolutamente de verdad —sonrió la espía—. Si el señor Janot recibe alguna visita, o charla con alguno de sus hombres, quiero saber qué cosas dicen.

—Es… intrigante todo esto, ¿verdad? Y un poco… estremecedor. No he entendido gran cosa del asunto, pero sí creo que sé lo que decían respecto a los esquimales y los perros… ¿Tú qué crees?

—Nada, todavía —musitó sombríamente Brigitte—. Pero, desde luego, estamos sobre la auténtica pista. Ermak… Ese Martin llamó Ermak a Edgar Janot. Ermak… Juraría que es nombre siberiano.

—¿Siberiano? ¿Crees que los rusos tengan algo que ver con esto?

—No sé. Comandantes de alquiler, clientes… Desde luego, estamos detrás de algo importante. Habrá que analizar muy cuidadosamente la grabación de la conversación entre Martin y Edgar Janot. Ten mucho cuidado, Frankie. No podemos perder ahora este aparato.

—Ese tipo pelón se dará cuenta de que le pusiste un micrófono en la boca del oso muerto.

—Lo dudo. Pero si se da cuenta de eso, creo que entonces daría la orden de matarnos. Mientras tanto, tranquilos. Hasta la vista, querido.

—¡Me voy a morir de frío, Brigitte!

—Veré si hay alguna manta en el helicóptero.

Fue hacia el aparato y subió. Estaba ya con un par de mantas en las manos, cuando oyó el zumbido de otro aparato. Se asomó por un lado, y vio el helicóptero que pasaba por encima, a buena marcha. Comprendió que era el que tripulaba el hombre llamado Martin, y que se dirigía a Anchorage, para dar instrucciones respecto a la viuda Raysdale y el oficial de la Marina que la acompañaba, antes de proseguir el viaje hacia Kenai, para entrevistarse con los dos africanos…

Regresó junto a Minello y le tendió las dos mantas.

—Abrígate bien, Frankie: quizá tarde varias horas en volver. ¿Tienes la pistola?

—Sí…

—Pues no vaciles en usarla, si es necesario. Volveré por ti en cuanto pueda. Feliz congelación, capitán Cursam.

Y se fue al helicóptero, riendo.

Capítulo VII

Naturalmente, había una pequeña contrariedad para el regreso. Cuando ella llegase al hangar número tres, el hombre llamado Martin ya habría arribado, con pocos minutos de ventaja. Los suficientes para que, por poco listo que fuese, se diera cuenta de que el helicóptero rojo y negro no estaba allí, de modo que quizá decidiese esperarlo, escondido, para intentar enterarse de las causas del retraso. Y entonces se daría cuenta de que el capitán Ronald Cursam no regresaba con la hermosa viuda Raysdale…

Una pequeña contrariedad, que la espía Baby arregló muy fácilmente. Tomó tierra a un cuarto de milla de las pistas privadas, es decir, a esa distancia aproximada del hangar número tres. Recorrió el resto del camino a pie y apareció en el hangar con la expresión de quien se siente consternado profusamente.

La primera persona que vio fue Lorne Frost, el agente secreto del G-2
de la Marina, un instante antes de que el hombre se apresurase a ocultarse. Por lo menos, había que admitir que tenía paciencia… Aunque no muy buena suerte, pues no había conseguido el helicóptero.

En cambio, allá estaba el otro, el del tal Martin, ya vacío. El propietario no debía de andar muy lejos, seguramente.

Y para que se enterase quien quisiera, Brigitte llamó con ostentosas señas al mecánico que un par de horas antes los había ayudado a sacar el helicóptero del hangar. El hombre se apresuró a acercarse, con una sonrisa en verdad amable y cortés.

—Estoy desolada —exclamó Brigitte, en voz lo bastante alta—. No sé qué ha pasado a última hora con el aparato… Algo no iba bien, y he tenido que tomar tierra a toda prisa…

—¿Han tenido un accidente? —se alarmó el hombre.

—No, no… Por fortuna, no. Pude arreglármelas. Pero…

—Como no veo al caballero que la acompañaba…

—Oh, tiene una cita urgente en la ciudad; seguramente tendrá que marcharse de Anchorage por esta noche. De modo que se fue sin esperarme; pues así se lo pedí. Yo quería pedirle… Bueno, sería muy embarazoso para mí devolver el helicóptero en malas condiciones… Me pregunto si usted podría arreglarlo con toda urgencia. Comprendo que es una molestia inesperada para usted, pero si fuese tan amable…

—Lo haré con gusto. Iré a echarle un vistazo al aparato ahora mismo. Y si la avería no es grave, lo repararé en el acto.

—No sabe cuánto se lo agradezco…

Abrió el bolsito, sacó un billete de veinte dólares y lo tendió al hombre, que movió negativamente la cabeza.

—No, no… No es necesario, señora, de veras.

—Pero yo le ruego que lo acepte. Por favor.

—Bueno… Ya que… Muchas gracias, señora.

—A usted. Ah, por favor: estoy en el Anchorage Bay, y si el aparato queda reparado hoy mismo, le agradecería que me avisase allí. Señora Raysdale.

—Recuerdo su nombre —sonrió el mecánico—. Descuide, señora. Haré todo lo que pueda.

—Es usted muy amable, señor —sonrió dulcemente la espía—. Se lo agradezco de veras. Espero su llamada.

—A su disposición, señora Raysdale.

Brigitte salió del hangar, hacia el *parking*. Entró en el coche, puso el motor en marcha y miró por el retrovisor, sonriendo al ver al hombre del
G-2
meterse precipitadamente en el suyo. Bien… Era lamentable, pero el señor Frost había dedicado la tarde a darse un paseo desde el hotel el aeropuerto, y desde el aeropuerto al hotel, sin conseguir enterarse de nada. Cosas del espionaje. Quizás en la próxima ocasión tuviera más suerte.

* * *

—Aquí tiene, señora Raysdsle.

Brigitte tomó la llave de su habitación, agradeciendo con una sonrisa su entrega. Dio unos pasitos alejándose, pero regresó al mostrador de conserjería.

—Oh, se me olvidaba: el capitán Cursam no vendrá esta noche, posiblemente. Si llegase algún recado para él, pásemelo a mí, por favor.

—Con gusto. Espero que no hayan tenido un accidente…

—No, no… Tenía una cita con un antiguo compañero, y es posible que pase la noche fuera de Anchorage. Otra cosa: estoy esperando una llamada del aeropuerto, pues dejé allá un aparato para reparar. Pásemela en cuanto llegue.

—Sí, señora… Emmm… Parece que mi memoria tampoco es buena hoy —se disculpó el conserje—. Llegó un recado para usted. Olvidé ponerlo en la casilla, porque un cliente me entretuvo entonces… Véalo.

Había sacado un sobre de debajo del mostrador. Briqitte lo tomó delicadamente, con dos deditos. Quedó unos segundos pensativa, dando vueltas al sobre, mientras palpaba su contenido, en busca de un posible truco. No parecía haberlo. En cuanto a la indicación escrita en el sobre, estaba solamente con mayúsculas, y era simple:

Mistress *Raysdale.*

—Pero este sobre no tiene franqueo… ¿Cómo llegó al hotel?

—Lo entregaron al portero.

—¿Quién?

—Un caballero. Dijo solamente que se lo entregásemos a usted, y se fue. Un caballero… peculiar, si me permite decirlo, señora.

—¿Peculiar? ¿Por qué?

—Bueno… Temo que no parecía muy bien vestido, llevaba barba de tres o cuatro días… Espero que todo esté bien, señora Raysdale.

—Oh, sí, sí… Muchas gracias.

Subió a su habitación, se aseguró de que la puerta quedaba cerrada, y de nuevo examinó detenidamente el sobre. Tan detenidamente, que recurrió a una linterna de infrarrojos que sacó de su mágico maletín.

Por fin, rasgó lentamente un borde del sobre, precisamente el inferior, con todo cuidado.

No.

No había truco. Sacó la hoja de papel, la desdobló, y leyó rápidamente su contenido, escrito con una letra que sí le resultó conocida: la de Ernest Raysdale.

Este era el mensaje:

No has debido venir, Nora. Te habría llamado más adelante. Sin embargo, no resisto el deseo de verte y explicártelo todo. Esta noche, a las ocho, acércate con un coche alquilado, no con taxi, a la salida de Anchorage, por la carretera que lleva a Seward. Recorre luego un par de millas, y espérame. Te amo.

No llevaba firma, pero no era necesario. Se suponía, con toda lógica, que además de estar enterada de todo la «señora Raysdale» conocía perfectamente la letra de su marido. Por otra parte, aquella nota implicaba algo muy importante: Ernest Raysdale no había visto aún a la mujer que en el Anchorage Bay Hotel se hacía pasar por la señora Raysdale. Quizás había llamado al hotel, se había enterado de que ella estaba allí, y, en lugar de citarse con Cursam, como habría sido su propósito inicial, la citaba a ella, a su esposa. Muy lógico.

Consultó su relojito. Eran las seis y cuarto, de modo que tenía tiempo sobrado. Incluso podría cenar algo, antes de acudir a la cita. Una cita con graves inconvenientes. Por un lado, Lorne Frost, el agente del G-2, que volvería a seguirla en cuanto saliese del hotel. Por otro lado, los hombres de Janot, que, avisados por el tal Martin, también vigilarían su próxima salida, convencidos de que ella misma los llevaría hasta Ernest Raysdale.

La lógica de todo esto la disgustó. Podía intentar despistar a Lorne Frost, desde luego. Pero ¿cómo despistar a los otros si ni siquiera los conocía? La conclusión final, que le hizo encoger los hombros, fue que aquellos peligros ya estaban en el catálogo de su profesión, de modo que tendría que afrontarlos.

Sacó la radio, y la accionó.

—¿Simón?

—Usted quiere las cosas muy aprisa, Baby. Todavía no…

—Ya supongo eso. Pero tengo algo que me urge tanto o más que saber la vida y milagros de Edgar Janot en Canadá.

—¿Qué cosa?

—Necesito saber, cuanto antes, quién es el propietario de un helicóptero. Parece que reside en Kenai, o que está viviendo ahí en estas fechas. La matrícula del helicóptero es NWA
67 85
.

—Ajá. Bueno, creo que esto será mucho más fácil. Espero saberlo con una simple llamada telefónica a Kenai… ¿Dispongo de una hora?

—Y algo más. Ya volveré a llamarlo a las ocho y un minuto. A esa hora, exactamente.

—De acuerdo. ¿Cómo ha ido la entrevista a Edgar Janot?

—Usted debió advertirme que tiene una docena de feroces perros salvajes. Fue estremecedor.

—Pues no lo sabía… ¿Qué opina de él, de Janot?

—Es nuestro hombre.

—¿Está segura?

—Completamente. Dejé allá a mi acompañante, apenas a un par de millas de la zorrera, con un receptor-grabador. Pero antes de marcharme escuché lo suficiente. Estuvo hablando con un hombre llamado Martin sobre…

Explicó rápidamente todo lo que había averiguado, y terminó con estas palabras:

—Si algo me ocurre, Simón, sigan con Janot. Y con ese hombre del helicóptero, el tal Martin, supongo. Respecto a este, quiero su nombre cempleto y dirección, así como su profesión o empleo. Todo lo que se pueda averiguar.

—*Okay*. ¿Algo más?

—No. Oh, a las ocho tengo una cita con Ernest Raysdale.

Se oyó la exclamación de Simón:

—¡Está vivo, entonces, efectivamente…!

—Todavía no lo he visto. Simón. Y parece que él tampoco a mí. Supongo que se llevará una sorpresa.

—No lo deje escapar… Demonios, esto es en verdad intrigante. ¿Qué será eso de los comandantes de alquiler, lo de esos negros africanos, los esquimales…? Por supuesto, parece que debemos

pensar que…

—Ahorremos teorías más o menos lógicas ahora, Simón. A su debido tiempo, repasaremos detenidamente esa conversación grabada, y la iremos analizando punto por punto. De momento, los dos tenemos otras cosas que hacer.

—Es usted un rayo. *Okay*, vamos al trabajo. Hasta luego.

—Hasta luego, Simón.

Guardó la radio, y se dedicó a cambiarse de ropa, para la cena. En todo momento, debía dar la sensación de una dama sin excesivas preocupaciones; aparte de las naturales en toda mujer por aparecer lo más hermosa posible. Cosa que, ciertamente, a la espía número uno del mundo no le costaría gran cosa.

El teléfono sonó cuando se estaba poniendo, no sin cierto disgusto, uno de los vestidos de la verdadera Nora Raysdale, que en verdad tenía bastante que envidiar a la espía internacional.

—¿Sí?

—…

—Oh, sí, por favor, póngame… ¿Diga?

—¿…?

—Sí, sí, la señora Raysdale… Naturalmente que le recuerdo.

—…

—Magnífico. Se lo agradezco mucho… ¿Cómo?

—…

—Oh… ¿Una desconexión en el tablero de mandos solamente? Bueno, más vale así… ¿Entiendo que el helicóptero está listo para funcionar en cualquier momento?

—…

—Bien. Muy agradecida… Adiós.

Colgó, sonriendo. Naturalmente que el tablero de mandos tenía una desconexión. Lo sabía muy bien, puesto que la había efectuado ella misma, a fin de justificar la «avería».

Acabó de vestirse, consultó su relojito y asintió complacida. Tenía tiempo de todo. Incluso de tomar un aperitivo en el bar, antes de la cena. Luego, acudiría a la cita con el comandante Ernest Raysdale.

* * *

Naturalmente. Allá tenía al agente del
G-2
tras sus pasos; es decir, tras su coche. Era inevitable. También era inevitable que la estuviesen vigilando otros hombres, y esto resultaba además de inevitable mucho más peligroso.

Siempre mirando por el retrovisor, y puesto que ya eran las ocho y un minuto, Brigitte llamó por la pequeña radio.

—¿Simón?

—Muy puntual, Baby. Sabemos quién es el hombre. Se llama Martin Blayston. El helicóptero es suyo, y suele utilizarlo para ir de caza a las montañas. Como contraste, se dedica a la pesca. Quiero decir que ese es su negocio. Tiene una pequeña factoría en Kenai, en el mismísimo mar, y un par de pesqueros en estos momentos están trabajando cerca del final de las Aleutianas, rodando las cercanías de las islas del Gobernador…

—Eso está muy cerca de la península siberiana de Kamchatka, ¿no es así? A menos que esas islas del Gobernador que ha mencionado, no sean las que los rusos llaman islas Komandorski.

—Pues lo son, en efecto. Y… Sí, parece que los pesqueros del señor Blayston están, muy cerca de la península siberiana de Kamchatka. ¿Le sugiere algo eso?

—No lo sé… De veras que no lo sé, Simón. Pero, como le dije, el nombre de Ermak, que Martin dio a Janot, es siberiano. Entonces, podemos pensar que Edgar Janot no es un canadiense de ascendencia francesa, sino un siberiano llamado Ermak.

—Es posible.

—Bien… Parece que la cosa requiere muchas cábalas, y como este no es el momento, voy a cortar, Simón. Ah: llevo detrás de mí al señor Frost, claro. Intentaré despistarlo. En una ciudad conocida lo conseguiría, desde luego, pero nunca había estado antes en Anchorage… Haré lo que pueda. Adiós, Simón.

—Tenga cuidado.

Brigitte guardó la radio y se dedicó a vigilar más atentamente hacia su espalda. Seguía viendo el coche con Lorne Frost al volante, pero no le llamaba la atención ningún otro. Quizás iban detrás de Frost, y ella no podía verlo. Pero, desde luego, la estaban vigilando.

Inició la maniobra de escape de pronto, sorprendiendo a Lorne Frost, que quedó momentáneamente atrás. Pero, tras una maniobra

en la manzana de casas, Baby se encontró ante la entrada de una calle de dirección prohibida. Dio vuelta a la derecha, salió a otra avenida más ancha, la cruzó, dio vuelta a la izquierda, siguió recto tres o cuatro manzanas…

Y cuando volvió a la avenida que le interesaba, sin ver el coche de Lorne Frost tras ella, se llevó la gran sorpresa de su vida: el coche del hombre del
G-2
estaba detenido junto al bordillo, y al volante, sonriendo irónicamente, vio al mismísimo Frost, con un cigarrillo en los labios. Ni qué decir tiene que el hombre del
G-2
, apenas pasó ella por su lado, se colocó detrás. Y luego, asombrosamente, cuando Brigitte ya estaba resignada a llevarlo con él, y pensando en el modo de anularlo, el coche de Lorne Frost desapareció. Simplemente, desapareció.

Fruncido el ceño, la espía estuvo tentada de detenerse, esperar al agente secreto de la Marina y preguntarle si la creía una estúpida. Estaba bien claro que, de un modo u otro, la estaba vigilando. Es decir, igual que los otros.

¿Había cambiado de coche? ¿Lo habían relevado?

—Muy bien —musitó hoscamente—. Si queréis jugar con Baby, todos nos vamos a divertir.

Poco después salía de la ciudad, por la carretera que llevaba a Seward, tal como Raysdale le indicaba en la nota. Conducía a marcha muy moderada, de modo que algunos vehículos la pasaron, la dejaron atrás. Cuando llevaba una milla rodando, tras ella no había ningún coche. Al menos, con las luces encendidas.

Pero la agente Baby estaba dispuesta a presentar pelea en el terreno que quisieran y del modo que sus perseguidores, fuesen quienes fuesen, considerasen oportuno. Tenía sorpresas para todos.

Por fin, hacia las ocho y media, tras una mirada al cuentamillas, comprobó que la distancia recorrida era de un par de millas. Apartó el coche del camino, metiéndolo entre unos abetos, y se dispuso a esperar, a unas treinta yardas de la carretera, por la cual, muy especialmente, pasaban algunos coches, en las dos direcciones.

Y, por fin, tras diez minutos de espera, notó un golpecito en el cristal parabrisas. Una piedrecita. Miró atentamente hacia delante,

y vio la sombra de un hombre apareciendo por detrás de un abeto. El hombre corrió hacia el coche, directo a la portezuela derecha. Brigitte se inclinó hacia aquel lado y quitó el seguro de cierre.

Un instante después, el hombre abría aquella portezuela, entraba velozmente en el coche y abrazaba con fuerza, casi frenéticamente, a la espía.

—Nora… Nora…

Fue un abrazo fortísimo, casi rudo. El hombre la apretó contra su pecho, juntando su rostro al de ella; un rostro áspero, picante por la barba de tres o cuatro días.

La apartó de pronto y buscó sus labios…

En la oscuridad, Brigitte Montfort, alias Baby, recibió el beso ávido y profundo de aquel hombre acorralado, mientras notaba sus manos recorriendo su cuerpo, apretándola, acariciándolo…

Y, súbitamente, el hombre se apartó, como sobresaltado.

—¡Tú no eres…! —empezó a exclamar.

Se detuvo al notar el duro contacto en su estómago.

—Esto es una pistola, comandante Raysdale. ¿Tiene usted alguna?

—¿Quién… quién es usted? ¡Usted no es Nora…!

—Evidentemente. Y debo decirle que si bien su esposa es aceptablemente bonita, debería engordar unas cuantas libras. Especialmente, de estas partes que a usted le han resultado tan… reveladoras.

—¿Quién es usted? ¿Dónde está mi esposa?

—En lugar seguro. Nosotros también iremos ahora a un lugar seguro, comandante. De usted depende que vayamos como amigos… o a las malas. ¿Qué prefiere?

—Ronald me traicionó —musitó el hombre—. ¡Jamás debí ser tan estúpido de confiar en nadie, ni siquiera en él!

—Las cosas están ya decididas, comandante. En cuanto al capitán Cursam, quizás usted debió advertirle que no comunicase a nadie lo… insólito de recibir una tarjeta postal suya. Es un buen amigo. Pero se sorprendió tanto que avisó al Mando; este destacó a un hombre del
G-2
… El cual, posiblemente, está muy cerca de nosotros. ¿Nos vamos o no?

—¿Usted… trabaja para Janot?

—Le aseguro que no. También le aseguro que puedo ayudarle, de un modo razonable, si usted lo merece.

—Voy… a salir de este coche…

—Le aconsejo que no lo haga. Sé disparar muy bien, incluso en esta oscuridad. Tengo ojos de gatita, comandante. Veo perfectamente su contorno y la mancha de su rostro, y sus manos… Por cierto: si las mueve, también me veré obligada a disparar.

—Voy a salir del coche.

—Le aconsejo esto otro: cambie de sitio conmigo, tome el volante y busquemos un lugar más apropiado para una entrevista… reveladora. Le aseguro que personas poco gratas están en estos momentos muy cerca de nosotros.

—No importa —musitó Raysdale—. Ya no me importa. Estoy harto de esconderme, de huir de todos… Estoy herido, cansado… No sé quién es usted, ni me importa ya… Voy a salir, y usted y esas personas poco gratas pueden hacer lo que quieran.

—Comandante Raysdale: mi nombre, para usted, es Baby. Simplemente, Baby. Soy una agente de la CIA, y estoy convencida de que mi trato puede interesarle.

—¿Qué trato?

—Díganos todo cuanto sabe respecto a Foxhole Blue Cavern; sobre Edgar Janot; un hombre llamado Martin Blayston; dos pesqueros que se hallan en estos momentos, según parece, cerca de las islas del Gobernador, a poca distancia de la península de Katchatka; dos hombres negros que están esperando a Martin Blayston en un hotel de Kenai llamado Bering, y, sobre todo, explíqueme qué es exactamente eso de «los comandantes de alquiler» y cómo llegó usted a ellos… en lugar de estar enterrado en Estados Unidos.

—Ha adelantado usted muchísimo, Baby… ¿Ya sabe todo eso?

—¿Es saber mucho o es saber poco?

—Demasiado.

—Para mí, no es suficiente. A cambio de la información total, comandante, puedo garantizarle ciertas concesiones de la CIA.

—¿Qué clase de concesiones?

Brigitte miró nerviosamente hacia atrás, brevemente, y hacia los lados del coche, pero no vio nada. ¿Y bien? ¿Acaso esperaba que se

acercaran con linternas, y cantando?

—Si tardamos mucho en salir de aquí, nos será mucho más difícil, comandante Raysdale. ¿No quiere aceptar?

—¿Qué puede ofrecerme la CIA?

—Dinero, documentación falsa… y quizás una buena oportunidad. En la CIA tenemos empleada gente… muy diversa y pintoresca.

—¿Me emplearían a mí?

—Esa es una de las posibilidades. No sé exactamente qué se decidiría sobre usted, pero sí le garantizo por mi cuenta que tendrá más beneficio del que puede esperar normalmente.

—¿Usted me lo garantiza? ¿Con qué base?

—Ya se enterará de quién es la agente Baby si llegamos a un acuerdo, comandante. ¿Toma usted el volante o no? Aunque, en mi opinión, les hemos dado tiempo más que suficiente para que nos rodeen completamente.

—Bien… No sé si me está mintiendo, pero…

—No se mueva, comandante.

La voz brotó de la ventanilla junto a Raysdale, que se volvió vivamente hacia allí, justo a tiempo de recibir de lleno en el rostro la luz de una linterna recién encendida. Se oyó el respingo del recién aparecido, su exclamación sobresaltada:

—¡Usted no es Ernest Raysdale!

El hombre desvió el rostro, ofreciéndolo ahora, parcialmente iluminado, a la sorprendida Brigitte, que lo miró, también sobresaltada.

—¡Es cierto! ¡Usted no es Raysdale…!

—¡Lo soy! ¡Soy Ernest Raysdale!

—¡Está loco… o cree que lo estamos nosotros! ¡Conocemos muy bien su rostro, hemos visto fotografías de varios tamaños, en diferentes perfiles…! ¡Usted no es Ernest Raysdale!

—Ni usted es la señora Raysdale —comentó el hombre de la ventanilla—. Salgan los dos, con las manos en alto. Yo dirigiré ahora la marcha.

—Frost, estamos todos en peligro. Suba a mi coche, nos iremos de aquí ahora mismo…

—¿Qué cuento está inventando ahora…, señora?

—¡No sea insensato! ¡Le estoy diciendo la verdad! ¡Pertenezco a

la CIA, y le aseguro que estamos detrás de algo mucho más importante de lo que hemos pensado hasta ahora!

—No diga tonterías.

—¡Soy la agente Baby, de la CIA! ¡Suba a mi coche, rápido…!

—Mentira… Usted no es…

—¡Suba! ¡Tenemos rodeándonos a los hombres de Edgar Janot! ¡Si no han disparado todavía es porque quieren cogernos vivos, interrogarnos hasta que les digamos todo lo que sabemos…!

—¡Nooo…! —gritó Raysdale—. ¡No quiero volver allí!

—Cálmese, Raysdale…, o quienquiera que sea usted.

—¡Si Janot me atrapa, me echará a los perros, lo sé…! ¡Suba, Frost! ¡Suba!

—Están locos los dos si pretenden engañarme —musitó el hombre del

G-2

—. Se hará lo que yo diga. Salga, Raysd…

Ernest Raysdale lanzó un chillido de miedo furioso y abrió la portezuela de un violentísimo empujón, que lanzó a Frost lejos del coche, rodando. El comandante se lanzó tras él, todavía gritando, aterrado, sacando la pistola…

—¡Vuelva, Raysdale! —gritó Brigitte—. ¡Vuelva o…!

Raysdale se volvió hacia ella, y la espía supo que iba a disparar. Se dejó caer en el asiento, y la bala, tras reventar el cristal parcialmente bajado de la ventanilla derecha, pasó zumbando sobre Brigitte, y se llevó por delante el otro, en miles de pequeños fragmentos.

Inmediatamente, Raysdale se volvió hacia Lorne Frost, que se estaba incorporando, recogiendo su pistola…

Plop.

Ernest Raysdale disparó antes, y su bala alcanzó a Lorne Frost justo sobre el corazón, abatiéndolo con un corto y ronco gemido. Y sin pérdida de tiempo, el comandante echó a correr, hacia el más cercano abeto.

—¡Raysdale, no…!

A la derecha y hacia detrás de Brigitte brotó de pronto un extraño fogonazo rosado. Y en la espalda de Ernest Raysdale brotó una luz del mismo color, un estallido silencioso. No era rosa, no… Más bien anaranjada… Lo cierto fue que Ernest Raysdale pareció

aplastado, fulminado. Cayó de bruces instantáneamente, como si sus pies hubieran estado fijos en el suelo y hubiera recibido un terrible empujón. Estupefacta, la espía quiso salir del coche, pistola en mano, ya volviéndose hacia donde había visto brotar aquel silencioso fogonazo…, y brotó otro, que dio de lleno en la ventanilla. Pero, para mayor asombro de la espía, nada ocurrió. Tan solo una mancha brillante, húmeda, apareció en el cristal, en el acto.

Aturdida, Brigitte se metió de nuevo en el coche, cerrando a toda prisa la portezuela. Lo puso en marcha, le dio rápidamente la vuelta y encendió las luces, atrapando de lleno a un hombre, que se apresuró a saltar tras la protección de un abeto, no tan de prisa que la espía no viese el extraño fusil que parecía llevar mira telescópica…

Otro hombre apareció de pronto, a la derecha del primero. Y llevaba una pistola normal y corriente, con la que apuntó a la cabeza de Brigitte, a través del parabrisas.

Plop.

Brigitte giró con seco golpe el volante, hacia la izquierda, y el auto pareció saltar. Se oyó el vibrante impacto de la bala en la carrocería, y al instante la espía daba otro golpe de volante, ahora hacia la derecha… pero más completo el giro.

A través del parabrisas vio perfectamente al hombre de la pistola, gritando al ver dirigirse el coche hacia él, en primera todavía, con el gas a fondo… Alzó la pistola, disparó, y el cristal parabrisas saltó en mil pedazos…, un instante antes de que el coche lo atrapase de lleno, por el vientre, lanzándolo hacia arriba y adelante, con tan mala fortuna que cuando el coche se detuvo en seco, a menos de cinco pies de un abeto, la rueda delantera izquierda quedó sobre el tórax del hombre, aplastándolo.

El coche quedó ligeramente ladeado, y una de sus luces iluminó al de la sorprendente arma silenciosa, corriendo hacia la carretera.

Brigitte salió tras él, de nuevo pistola en mano. Cuando el hombre estaba en el borde de la carretera, y del otro lado aparecía un auto, la espía disparó. El hombre gritó agudamente, lanzó el arma por el aire y cayó de bruces, con medio cuerpo ya en la carretera. Intentó incorporarse, mientras Brigitte continuaba corriendo hacia él, comprendiendo lo que iba a intentar el único

hombre que se veía en el coche recién aparecido: iba a rematar a su compañero. Nadie tenía que hablar.

Brigitte decidió impedirlo como fuese. Apuntó al parabrisas un instante, y disparó una vez más. En la carretera apareció algo que parecía una lluvia brillante cuando el cristal saltó. El coche siguió hacia adelante, aplastó al herido, y se estrelló contra el primero de los grandes abetos que había en aquel lado de la carretera. Una larga llamarada brotó inmediatamente, envolviendo por completo el vehículo. Comprendiendo que no había nada que hacer, Brigitte regresó a toda prisa a su coche. Le dio marcha atrás, quitándolo de encima del desconocido, llegando con un furioso toque de gas junto a Lorne Frost. Saltó del coche, y se disponía a interesarse por sus posibilidades de sobrevivir cuando vio los ojos abiertos, fijos en el cielo. Se apartó en el acto de él, corriendo hacia Ernest Raysdale. Le dio la vuelta, y también comprendió al instante que estaba muerto.

Pero… ¿era o no era Ernest Raysdale? El rostro decía que no, pero sus palabras…

Tras el brevísimo momento de vacilación, Brigitte asió una mano de Raysdale, lo arrastró hasta el coche y lo metió dentro, en el asiento delantero, de cualquier manera. Pasó al volante y salió de allá a toda prisa.

Al llegar a la carretera se detuvo, se apeó y recogió la extraña arma silenciosa que mataba a una persona pero no era capaz de romper un cristal que no estaba fabricado a prueba de balas. Tiró el arma al asiento trasero, se colocó de nuevo al volante, y el coche salió lanzado como una bala en dirección opuesta a Anchorage, ya que precisamente de allí, y ya muy cerca, llegaba el aullido de una sirena…

* * *

El motorista y el coche de la Highway Patrol aparecieron ante la gran llamarada del coche ardiendo cuando el otro auto desaparecía en la siguiente curva, camino de Seward. Se detuvieron en seco junto al coche, a una distancia prudente, y el oficial que mandaba la patrulla se apeó de un salto, señalando hacia Seward.

—¡Mac, ve a por ese auto! —gritó—. ¡Que no escape!

El motorista se lanzó tras el coche de Brigitte a una velocidad

espantosa, a plena máquina, lanzando hacia delante su luz, aullando la sirena… En menos de diez segundos, lo tuvo al alcance del largo cono de luz, pero el coche no perdió velocidad. Al contrario, la aumentó.

Y el motorista notó un estremecimiento, y estuvo a punto de desistir… Aquel loco iba a matarse, sin remedio, eso era seguro, si seguía a aquella marcha por aquella carretera. A medida que se alejaban de Anchorage, la carretera iba quedando como una cinta negra colocada sobre una arista, con profundos barrancos en algunos puntos. Tan profundos, tan cortados a pico, que una caída por allí significaba la muerte segura. Y tal como tomaba las curvas aquel conductor, estaba escrito que el auto saltaría al barranco. En cualquier curva, de pronto, saltaría por el aire, precipitándose en el profundo barranco.

Por un momento, al llegar a una de aquellas peligrosas curvas, el motorista tuvo la impresión de que el coche había reducido considerablemente la marcha. Pero cuando ya se disponía a suspirar aliviado, y hacer lo propio para cruzarse, el coche volvió a lanzarse de nuevo a todo gas, tomó otra curva muy cerrada, y otra, y otra…

Tenía que suceder.

Saliendo de una curva y entrando en otra, el motorista lo vio claramente, ante él, a menos de cuarenta yardas en aquel momento. El coche se precipitó contra el pretil, lo arrancó de cuajo, saltó por el aire, se incendió todavía suspendido, y cayó rodando por la escarpada pendiente, como una gigantesca antorcha, dando grandes tumbos, de roca en roca, desgajando árboles, ramas, arrancando piedras, lanzando llamas hacia todos lados…

Detenido en lo alto, el motorista, profundamente impresionado, permaneció inmóvil incluso cuando, allá abajo, la gran antorcha se detuvo, al fin, diminuta en la distancia no inferior a los quinientos pies.

—Santo Dios…

Tras él llegó el coche patrulla, con un solo hombre, que lo detuvo en seco y se acercó a su compañero motorizado.

—¿Ha saltado, al fin?

Mac asintió sombríamente, con la cabeza, señalando las llamas.

—Allí no hay nada que hacer —dijo el otro—. Habrá que avisar a los bomberos y al Servicio Forestal contra Incendios. Es peligroso

ese coche ahí abajo, ardiendo… ¿Volvemos, Mac?

—Sí… Volvamos…

—Pareces muy impresionado. No es la primera vez que vemos a un loco del volante.

—Creo… que era una loca.

—¿Cómo?

—Me pareció que era una mujer. No lo juraría, porque parecía que quería escapar en todo momento de mi luz… Pero creo que era una mujer.

—¿Joven o vieja?

—¿Y yo qué sé? —Gruñó Mac.

El otro se quedó mirando hacia abajo, pensativo. Y al final echó este epitafio:

—Tanto da que fuese vieja o joven. Eso no se nota en un montón de cenizas.

Capítulo VIII

En la pantalla del televisor se desarrollaba una violentísima escena final de un «western». Naturalmente, tenían que ganar los buenos y perder los malos, de modo que Simón, enterado ya de la parte final del argumento y sintiendo escasísimo interés por las escenas violentas, bajó la cabeza y continuó examinando el contenido de la carpeta.

Un contenido harto interesante, sobre todo si se tenía en cuenta que quien estaba examinando aquellos datos y fotografías era un hombre de escaso relieve en Anchorage. Un hombre modesto, que vivía en un apartamento de una vieja casa de dos pisos cerca de la bahía, y que jamás había llamado la atención por ningún motivo.

El contenido de la carpeta consistía en fotografías, papeles mecanografiados y que habían sido transmitidos por telefoto, huellas dactilares transmitidas por el mismo sistema…

Había terminado el «western», y en la pantalla se veía ahora el rostro de un hombre, comentando las noticias.

Simón lo miró, pero sin verlo en realidad. Sus pensamientos eran por completo diferentes a todo cuanto pudiera decir el locutor de turno. Junto a todos los documentos y telefotos había extendido un gran mapa de Alaska, y con un bolígrafo estaba recorriendo, pensativamente, los alrededores del lugar donde estaba situada la Foxhole Blue. Las montañas más cercanas estaban por lo menos a dos millas. Una distancia en absoluto excesiva, incluso para ser recorrida a pie. Y, teniendo en cuenta la última aseveración de la agente Baby respecto a que el canadiense llamado Edgar Janot era el hombre que estaban buscando, la posibilidad de que muy cerca de la zorrera estuviera el lugar llamado Foxhole Blue Cavern no era en exceso remota.

Por supuesto, en cualquiera de aquellas montañas podían existir lugares dónde hubiera cavernas. Cavernas desconocidas, sin duda,

pero tenía que haberlas…

> «—… Saliendo ya incendiado el coche perseguido. Apenas hubo rebasado el pretil, ardió por los cuatro costados, y así estuvo hasta que llegó al fondo del barranco, de una profundidad de quinientos pies, aproximadamente. El motorista de servicio afirma que al volante del auto iba una mujer. Pero eso no es todo. Examinada más detenidamente la zona donde se encontró el primer coche ardiendo, pegado de morro contra un abeto, fueron encontrados otros dos cadáveres. Y estos no lo eran debido a un accidente automovilístico, sino debido a heridas de bala. Uno de ellos…, trágico accidente complicado con… cadáver con bala en la espalda… sucedida a un par de millas de Anchorage…».

Simón escuchaba finalmente las palabras del locutor con muy escasa atención. No podía concentrarse. Estaba oyendo y al mismo tiempo se le escapaba el sentido exacto de aquellas frases.

> «—… Tal es el sangriento balance de un extraño suceso que la Policía comienza a investigar inmediatamente. Les tendremos informados de los detalles que vayan llegando, a nuestra emisora. Ahora, vean ustedes la…».

Simón apagó el televisor y quedó pensativo, un poco pálido. Para cualquier persona corriente, aquel suceso podía tener mucho de intrigante. Para él, resultaba más bien inquietante.

Tomó una súbita decisión. Recurrió a su radio de bolsillo, y efectuó la llamada. Supo que la otra radio estaba recibiendo la señal, pero no hubo respuesta.

—Baby —musitó—. ¿No puede oírme, Baby?

Todavía insistió durante un par de minutos, pero el resultado fue él mismo: como respuesta solamente la señal de que el otro aparato recibía la llamada.

Recogió rápidamente todos los papeles, fotografías, mapas… Los metió en la carpeta, escondió esta, se colocó una pistola bajo el sobaco izquierdo y salió a toda prisa del apartamento. Apenas veinte segundos después estaba al volante de un Land Rover,

imprimiéndole toda la velocidad permitida en la ciudad.

* * *

—¿Qué ha ocurrido?

Había dejado el Land Rover a un lado de la carretera, acercándose a pie al conductor de uno de los muchos coches detenidos junto al resto carbonizado de otro coche, pegado de morro contra un abeto.

—No lo sé bien —explicó el curioso—. Más arriba parece que ha caído otro auto a un barranco, incendiándose. Están recogiendo más cadáveres de los que caben en un coche… Algo raro ha ocurrido.

La carretera se veía llena de coches, de luces… Había ya no menos de tres coches-patrulla, y se veían cuatro o cinco motoristas circulando entre ellos, solicitando a los conductores que continuasen su camino. Informaban de que ya no había peligro, y que la carretera estaba nuevamente despejada.

Un motorista se había detenido junto al Land Rover, y estaba oprimiendo insistentemente el claxon. Simón corrió hacia allí, y el motorista señaló el vehículo.

—¿Es suyo?

—Sí.

—Siga su camino, por favor.

—Sí, entiendo… ¿Dónde ha caído la mujer?

—Más adelante; pero nadie asegura formalmente que sea una mujer. ¿Va usted hacia Seward?

—Mmm… Sí. Sí, desde luego.

—Ya verá entonces el lugar del accidente. Pero, por favor, no se detenga. Están entorpeciendo los servicios.

—Ya veo. Seguiré adelante.

Subió al Land Rover y continuó en dirección a Seward. En efecto, un par de millas más allá se veían más autos detenidos, incluidos dos grandes camiones-cuba del servicio forestal. En la ladera se veían todavía algunas llamas, que estaban ya prácticamente dominadas…

Un agente de la Highway Patrol, a pie, se acercó a él.

—Por favor, siga su camino.

—¿Aquí ha caído la mujer?

—Sí, señor. Siga…

—¿Hay posibilidades de que se salve?

—¿Qué dice? —masculló sordamente el patrullero—. Tendría que haber visto ese coche salir volando, ardiendo, y caer como una antorcha barranco abajo… Hasta el coche quedará convertido en cenizas. Y no…

—¡Mac! —llamó alguien—. ¡Ven a descongestionar esto!

El patrullero se llevó una mano a la visera de la gorra.

—Siga adelante, señor.

—Sí… Sí, gracias.

Simón no siguió adelante. Dio la vuelta al Land Rover, dispuesto a emprender el regreso a Anchorage. La idea de notificar por medio de la radio que la agente Baby había fallecido abrasada lo estremeció. Bien… Debía hacerlo, y eso era todo. Adiós a la famosa Baby, la agente del millón de recursos. Adiós a la niña mimada de la CIA. Adiós, adiós…

Había recorrido apenas doscientas yardas cuando en su bolsillo interior sonó un zumbido. Y otro, otro, otro… Como siempre: bip-bip-bip-bip-bip… Admitió la llamada, desconcertado.

—¿Qué hay?

—Simón, ¿dónde está usted?

—¡Por…! ¡¿Es usted, Baby?! —Casi aulló el espía.

—Con un hueso roto, me parece, pero sí, soy yo. Necesito su ayuda, Simón.

—¡Mi ayuda…! ¡No es posible que usted esté viva después de caer por ese barranco…!

—No sea infantil, Simón. ¿Puede venir o no?

—¡Dígame dónde está! ¡Iré a por el helicóptero para descender a ese barranco, y la…!

—¡No diga más tonterías! ¡No estoy en el barranco! Ni hace falta ningún helicóptero… Consiga un coche, y venga a buscarme a la carretera de Seward, en la milla tres y media, aproximadamente. Pasada la tercera milla, vaya haciendo con las luces la señal de la letra B, en morse. Yo saldré a su encuentro.

—Pe-pero… Pero estoy… estoy casi en el lugar donde ha caído el coche… He venido por si podía ver algo… Estoy de regreso a Anchorage…

—¡Magnífico! Llegue a la milla tercera, vuelva hacia Seward y

haga esa señal que le he dicho. Es todo.

—Sí, pero…

La agente Baby había cortado la comunicación. Simón se dispuso a actuar, ciñéndose a la realidad de los hechos; lo fantástico del asunto sería explicado por Baby a su debido tiempo, sin duda. Recorrió poco más de media milla, dio la vuelta cuando rebasó la milla tercera hacia Anchorage, y desanduvo el camino, empezando a hacer inmediatamente la señal de la letra B, en morse.

Y de pronto una figura apareció en un lado de la carretera, alzando un brazo. Solo un instante. Enseguida desapareció entre los abetos, tierra adentro, aproximándose peligrosamente al borde del barranco, que allí empezaba su pavorosa profundidad.

Simón detuvo el coche en la cuneta, muy ladeado, y saltó a tierra. Se adentró entre los abetos, y, a los pocos pasos, una silueta femenina inconfundible apareció ante él.

—Es usted muy oportuno, Simón —dijo—. Venga a ayudarme. Tenemos que llevarnos de aquí un cadáver.

—Muy bien.

Llegaron los dos junto al cadáver, que estaba escondido entre la maleza, en una postura estremecedoramente grotesca.

—¿Quién es? —preguntó Simón.

—¿Tiene una linterna, por pequeña que sea?

—Desde luego…

—Pues vea usted mismo quién es.

Simón sacó una diminuta linterna y lanzó su luz al rostro del cadáver.

Recorrió absolutamente todo el rostro, antes de asegurar:

—No lo conozco.

—Es Ernest Raysdale.

—No diga tonterías. Tengo fotografías de Raysdale, y le aseguro que este hombre no es él.

—¿Tiene fotografías? —exclamó Brigitte—. ¿Quizá tiene también sus huellas dactilares?

—Desde luego. Me llegó toda la información por telefoto, y se me indicó…

—¡No importa eso! Venga, Simón.

Brigitte se dejó caer al suelo, tras cojear unos pasos. Abrió su maletín y sacó de él unas tiras de papel que parecían celofán.

—Tome las diez huellas dactilares de ese cadáver, Simón.

—¿Está usted bien? Dicen por ahí que…

—Tome esas huellas.

—Bien.

Simón fue imprimiendo en las tiras de celofán las huellas de los diez dedos del cadáver. Luego, volvió a colocar el transparente adhesivo sobre las diez tiras, las guardó en un bolsillo, y volvió junto a Brigitte, que estaba tocándose cuidadosamente un tobillo.

—¿Se ha roto un pie?

—Solo dislocado, me parece. Y mi aspecto no es muy presentable. ¿Ha tomado esas huellas?

—Claro. ¿Qué hacemos con el cadáver?

—Tírelo al barranco. Si volvemos a necesitarlo, ahí estará.

—Muy bien.

Era en verdad una decisión implacable, casi inhumana, pero Simón había tomado decisiones aún más crueles. Asió el cadáver por un pie, lo llevó al borde del barranco, lo empujó y regresó junto a Brigitte.

—¿Y ahora?

—Ayúdeme a llegar a su coche. ¿Tiene algún lugar donde podamos estar seguros?

—Lo tengo —sonrió, secamente Simón—. Solo que su buen nombre sufrirá un rudo golpe. Es mi apartamento.

—Buena broma. Por favor, Simón, ayúdeme. ¡Mi maletín…!

—No se preocupe. Todo se hará, con calma.

* * *

El hueso había emitido un crujido escalofriante cuando Simón lo colocó, en su sitio, con un golpe seco, preciso. Ahora, el pie estaba fuertemente vendado, y Baby se reponía de su palidez sorbiendo lentamente un poco de *whisky*.

—Creo que podrá caminar, aunque no tan graciosamente como acostumbra. ¿Qué pasó?

—Tuve que tirar por una puerta el cadáver de Raysdale, y luego seguir ese mismo camino. Parece que conseguí engañar al patrullero.

—Y tan engañado, querida. Todo el mundo está convencido de

que en ese espectacular y extraordinario accidente ha perecido una mujer que iba al volante. Está interviniendo la Policía, el Servicio Forestal, los Bomberos, la Patrulla de Caminos…

—Bueno —sonrió Brigitte—. Cada cuál que haga su trabajo, ¿no le parece?

—Pues… Oh, sí… Sí, sí, claro… Emmm… ¿Está diciéndome que se tiró de un coche en marcha, con maletín incluido, y que antes tiró a Raysdale…?

—Exacto. Pero Raysdale ya estaba muerto… ¿No tiene un poco de hielo?

—¿Le duele la cabeza?

—Es para el *whisky*.

Simón se quedó mirándola incrédulamente. Por fin, sonrió, moviendo la cabeza con un gesto admirativo.

—Bueno… Es fácil comprender ahora por qué la agente Baby tiene ese prestigio en la CIA. ¿Un «rock» o dos?

—Dos. Estoy un poco acalorada, y el frío me sentará bien… ¿Quién me lo habría de decir…?

Simón le sirvió los dos cubitos de hielo en el vaso de *whisky* y quedó ante ella, mirándola con amable ironía.

—Desde luego, su aspecto ha desmejorado bastante. Tiene algunos arañazos, un pie vendado, está un poco demudada… Imagino que no es divertido saltar de un auto a treinta o cuarenta millas por hora… ¿Qué pasó exactamente?

Se sentó ante la espía, que tras una mirada al pequeño apartamento bebió otro sorbito de *whisky*, y se dedicó a relatar rápidamente lo ocurrido. Cuando terminó, Simón tenía el ceño fruncido, muy irritado, al parecer.

—Lamentable la muerte de Frost… Pero todo está muy sucio en este asunto. Le aseguro que el hombre que usted me hizo tirar por el barranco no era Ernest Raysdale. Respecto, a esa arma extraña…

—Parece que solamente es eficaz contra… carne humana.

—Un arma estúpida, ¿no?

—No demasiado, Simón. En mi opinión, es un arma… perfecta. Tenga en cuenta que si bien con esa arma se puede matar a un ejército de hombres, el material que estos estén utilizando quedaría intacto: fusiles, ametralladoras, cañones, carros de combate, aviones… Eso significa, ni más ni menos, que el poseedor de esa

arma no solo aniquila a sus enemigos, sino que puede apoderarse de su material en perfectas condiciones.

—Tiene razón… Es lástima que no pudiese recoger esa arma de dentro del coche, antes de saltar.

—Cometí la tontería de dejarla en el asiento de atrás. Y con el coche lanzado a aquella marcha, dejar el volante sin saltar en el acto significaba estrellarme de verdad.

—Pero su maletín no lo abandonó.

—Mi maletín siempre va conmigo. ¿Dijo que tiene la fotografía y las huellas de Ernest Raysdale?

—Sí.

—Veámoslas. Quiero compararlas con las que usted ha obtenido de aquel cadáver.

—Es perder el tiempo. Aquel hombre no era el comandante Raysdale.

—Comprobemos las huellas. Una fotografía no significa gran cosa en nuestra profesión, Simón.

Este encogió los hombros, y se dedicó a prepararlo todo para examinar las huellas que había recibido por telefoto, y compararlas con las que él había obtenido del cadáver. Una tras otra, clasificando los diez dedos del comandante Raysdale, las huellas fueron pasando por el visor de ampliación: pulgar derecho comparado con pulgar derecho; índice derecho comparado con índice derecho; corazón derecho, con corazón derecho…

A la primera comparación, Simón quedó estupefacto, y dedicó más tiempo del normal. La segunda comprobación lo pilló más preparado, y ya ni siquiera lanzó aquella contenida exclamación… Cuando las diez huellas hubieron sido comprobadas, el agente de la CIA alzó lentamente la cabeza.

—No lo comprendo… Las diez huellas son idénticas, corresponden a la misma persona… Pero ¡usted sabe muy bien que el rostro de aquel hombre no era el de Ernest Raysdale!

—Un rostro no es gran cosa, Simón. ¿Quiere ver mis piernas?

—¿Sus…? Mire, Baby, sé que sus piernas han de ser fenomenales, pero en estos momentos…

—Véalas. Fíjese bien, Simón. Especialmente aquí, en los muslos… Fíjese con toda atención… ¿Ve algo?

—No… Bueno, quiero decir que no veo nada… especial. ¿Qué

está tratando de decirme?

—¿Oyó hablar del asunto que nosotros llamamos «Objeto Setecientos Setenta y Siete»?

—Sí… Sucedió en Hong Kong, hace algo más de un año, creo… Fue un asunto difícil.

—Yo lo resolví[2]. Y pasé malos ratos, se lo aseguro. Pero, a pesar de que en mis muslos recibí las quemaduras de un hierro al rojo, hoy día no queda la menor señal. ¿Lo comprende?

Simón se dejó caer en el sofá, junto a la espía, pasándose una mano por la frente.

—Empiezo a comprender… ¿Cirugía estética?

—Exacto.

—Bien… ¿Está sugiriendo que el rostro de Ernest Raysdale sufrió una intervención plástica?

—Sí. Eso afirmo.

—Pero… ¿para qué? ¿Por qué?

—No podría asegurarlo, de momento. Pero es evidente que así sucedió. Las huellas son las mismas. Y los dos sabemos que eso jamás puede fallar. El hombre que esta noche me ha citado, el hombre que usted ha tirado al barranco, era Ernest Raysdale. Todo lo confirma…

Si no lo dejé abandonado era precisamente porque quería efectuar esta comprobación.

—Ya comprendo… ¿Quiere que le diga una cosa, Baby? Jamás he tenido entre manos un caso semejante, tan complicado, tan extraño… No sé qué pensar. Ya son demasiadas las preguntas que tenemos sin contestar. ¿Cuál será la próxima?

—¿Le parece un caso embrollado, Simón?

—Bueno… Digamos que no es corriente, ni siquiera dentro de nuestras actividades profesionales. ¿No está de acuerdo?

—En la mayor parte. ¿Qué hora es?

—Las… diez menos veinte.

—Demasiado tarde para estar en Kenai a las diez.

—Desde luego. Hay unas cincuenta millas… Imposible.

—La cita era a las diez, si no recuerdo mal…

—¿Qué cita?

—La de los dos africanos con Martin Blayston, en el Bering Hotel, en Kenai.

—¿Piensa ir allá?

—No hay tiempo… Pero quizá tengamos tiempo de… rastrear algo de lo que ocurra en nuestra ausencia. Creo que usted dijo que tenía una factoría en el mismo mar… A Martin Blayston me refiero, claro… ¿Cómo entiendo eso?

—En Kenai hay algunas factorías, de escasa importancia, organizadas sobre construcciones sostenidas en el puerto libre por pilares de troncos, y algunos de cemento… Una de esas factorías, pertenece a Martin Blayston.

—¿Sabe usted su dirección exacta? ¿Sabría encontrarla apenas llegar a Kenai?

—Desde luego.

—Entonces, nos vamos. Vaya a por…

—Pero su pie…

—Mi pie aguantará todo lo que tenga que aguantar. Vaya a por el helicóptero al aeropuerto, y luego tome la carretera de Kenai. Yo iré en el Land Rover hasta que usted me dé alcance. Entonces, dejaremos el Land Rover y seguiremos en el helicóptero.

—A eso le llamo yo ganar tiempo… ¿Y su amigo, el hombre que se está haciendo pasar por Ronald Cursam?

—Bueno… —sonrió Brigitte—. Me parece que Frankie es excesivamente ardiente. Unas cuantas horas al fresco le sentarán bien. Y hasta es posible que consiga enterarse de algo por medio del receptor y el micrófono que yo dejé en la casa de Edgar Janot…, o como se llame. Mientras él refresca un poco sus ideas y su cuerpo, veamos si nosotros conseguimos algo mejor. Por ejemplo, saber qué es eso de los comandantes que esos africanos han venido a alquilar a Alaska.

—Usted es fabulosa, Baby.

—Rumbo a Kenai —sonrió la espía—. ¿Fabulosa? No exagere, Simón. Soy solamente una gatita con siete vidas… o muchas más. Creo que muchas más. ¿En marcha?

Capítulo IX

—Ya son las diez —dijo Ngumo Ondo.

—Entonces, Blayston no tardará en llegar —aseguró Keio Bidingo—. Tranquilízate. Las cosas no van a solucionarse en un día, y menos en unas horas. Él vendrá.

—No me gusta estar aquí. No me gusta el clima.

—A mí tampoco. Pero estaremos poco tiempo ya.

Eran dos negros hercúleos, de cuerpo perfecto, hombros anchos y redondos, fortísimos. Cabellos cortos y muy rizados, ojos ligeramente saltones, boca gruesa… Llevaban ya dos días esperando en el Bering Hotel, y, al parecer, Ngumo Ondo empezaba a impacientarse.

—Su representante debió advertirles nuestra llegada, de modo que lo tuviesen todo preparado.

—Las cosas no son tan fáciles, Ngumo. Piensa en lo que significa esto para nosotros; piénsalo detenidamente, y verás como encuentras más paciencia para gastar.

—¿Cómo crees que será esa nueva arma tan… extraordinaria?

—No sé… Es difícil imaginarla.

—A mí me parece que es… una mentira.

—¿Una mentira?

—No puede existir un arma de esa clase. Keio Bidingo alzó las cejas, sorprendido.

—¿Por qué no? Hay armas todavía más sorprendentes.

—Dime una.

—Los cohetes anti-cohetes, por ejemplo.

Ahora fue Ngumo Ondo quien alzó las cejas.

—¿Qué les ves de extraordinario a los cohetes anti-cohetes?

—¿Te das cuenta? —rio Bidingo—. Todo es cuestión de acostumbrarse, Ngumo. Ahora, nosotros consideramos que unos cohetes capaces por sí mismos de localizar en pleno vuelo a otros

cohetes que han partido de cinco mil millas más lejos, es algo… normal. Pero si lo piensas detenidamente, resulta extraordinario.

—Bien… Quizá tengas razón.

—La tengo. Dentro de un tiempo, esa arma estará considerada como corriente. Por lo menos, nadie se asombrará cuando se le explique cuáles son sus propiedades. Cuando a nosotros…

Se oyó la llamada a la puerta. Los dos negros se miraron, y Keio Bidingo se tocó el pecho con un pulgar y fue hacia allí. Abrió sin ninguna preocupación, tras una mirada a su reloj. Las diez habían llegado, y, por tanto, tenía que ser Martin Blayston quien estuviese al otro lado de la puerta.

Así era.

Blayston entró en la *suite*, encogiendo los hombros en un gesto de disculpa.

—Lamento el retraso —dijo—. Pero tuve que disponer algunas cosas en Anchorage.

—Solo son unos minutos —le quitó importancia Bidingo—. ¿Podemos ya terminar el asunto, Blayston?

—Sí… Sí, por supuesto. Y… convendría que hablásemos ahora de algunas cifras, si les parece bien.

—Su representante ya nos explicó muy bien los precios, y estuvimos de acuerdo con ellos. Quinientos mil dólares es mucho dinero y es poco dinero. Depende del… beneficio que nos proporcione ese gasto… Usted ya sabe que nosotros no somos millonarios.

—Lo sé. Sin embargo, han organizado una revolución, por su cuenta, en su país. Para eso hace falta dinero.

—Es un país pequeño y pobre. Nosotros consideramos que no está bien… gobernado, y hemos decidido explotarlo mejor.

—En su propio beneficio —sonrió Blayston.

Los dos negros se quedaron mirando a Martin Blayston con el ceño fruncido.

—Esto no es cuenta suya —masculló Ngumo Ondo.

—Ciertamente que no. A fin de cuentas, mi negocio lo realizo con personas como ustedes. Si no hubiera revolucionarios, ni nuestros comandantes expertos ni nuestra arma servirían para nada. Respecto a las armas, tendrán diez a su disposición: una por comandante alquilado. El precio de cada arma, alquilada por el

mismo tiempo que su respectivo comandante, tendrá el mismo precio que este.

—Eso significa que nos va a costar un millón de dólares.

—Redondo y exacto —sonrió Blayston—. Y no han de preocuparse por más gastos.

Ondo y Bidingo cambiaron una mirada. El último movió afirmativamente la cabeza.

—Está bien.

—¿Tienen aquí el dinero?

—Así se convino, Blayston. Nosotros queremos que todo se haga bien y deprisa.

—¿Puedo verlo?

Bidingo hizo un gesto con la cabeza a Ondo, y este se dirigió al dormitorio. Desde allí mismo, Martin Blayston le vio sacar una vieja maleta, quitar algunas cosas, y luego abrir un doble fondo, del cual fue sacando fajos de billetes de mil dólares. Un cargamento sorprendente en dos negros cuyo aspecto, equipaje y otros detalles, eran en verdad modestos, casi pobres. Su modestia quedaba ratificada por el hecho de estar alojados en el Bering Hotel, el más barato de Kenai.

Ngumo Ondo regresó con los fajos de billetes, y los dejó sobre la mesita, al alcance de las manos de Blayston. Había diez fajos, cada uno de los cuales, matemáticamente, debía contener cien billetes de mil dólares. Justo y cabal: un millón de dólares. Blayston echó un vistazo general a los billetes, deteniéndose de modo especial en algunos de ellos, mirándolos a contraluz…

—¿Cree que son falsos? —Gruñó Ondo.

—No creo nada, señor Ondo. Pero si ustedes tienen derecho a diez comandantes bien entrenados, con sus respectivas armas, yo tengo derecho a cobrar.

—Por adelantado.

—Esta misma noche, ustedes mismos podrán elegir los comandantes. A partir de ese momento y hasta dentro de diez días, ellos les obedecerán únicamente a ustedes… ¿No se lo explicó así nuestro representante en África?

—Creo que estamos un poco tensos —sonrió Bidingo—. No hay por qué hablar tanto, Blayston. Ya tiene su dinero, ¿no es así? Pues vamos ahora a por los comandantes, y asunto concluido.

—De acuerdo. Tengo el coche abajo. ¿Vamos?

Los tres hombres salieron de la *suite* doble alquilada en el modestísimo Bering Hotel. En la esquina de la manzana estaba el coche de Blayston, quien abrió la portezuela de atrás. Los dos negros entraron en aquel asiento, y él lo hizo delante, tomando el volante. Enseguida, el coche se puso en marcha.

No tuvo que rodar mucho, dada la pequeñez de Kenai. Cuando se detuvo, los dos negros miraron por la misma ventanilla. Estaban en el puerto de pescadores. Se veían casas de madera, con tejado en V invertida, muy pronunciadas las pendientes. Parecían viviendas lacustres, todas ellas suspendidas sobre el agua por medio de gruesos pilares; entre el piso de las casas y el agua había poco más de tres pies.

—Hemos llegado —dijo Blayston.

Se apearon los tres. La oscuridad apenas estaba disipada por una iluminación en verdad pobre, proporcionada por bombillas con pantalla que brillaban mortecinamente en lo alto de algunos postes. El agua se veía negra, tenebrosa…

Blayston señaló una de las construcciones, y echaron a andar hacia allí. Cruzaron la pasarela de madera, y el americano abrió la puerta, cediendo el paso a sus visitantes. Entró tras ellos, cerró la, puerta y dio la luz. Una luz que consistía únicamente en una bombilla colgando del techo por un sucio cordón…

Ngumo Ondo y Keio Bidingo miraron expectantes a su alrededor. Cestas grandes con olor a pescado, redes, remos, un gran motor oxidado, barriles, cajones, cajas planas rectangulares. Al fondo, se veía un altillo, y parecía adivinarse la forma de una mesa, detrás de la cual se veía la incierta claridad del exterior, por una ventana estrecha.

—Es mi oficina —sonrió Blayston—. Con vistas al mar. No es un lugar muy elegante, pero sirve para mis necesidades… oficiales. Soy uno de los pequeños… mmm… industriales de la pesca en Kenai. Respecto a esto, está claro, señores, que una vez que abandonen ustedes este lugar, lo olvidarán. Del mismo modo me olvidarán a mí.

—Desde luego. Lo entendemos, Blayston.

—Muy bien.

—¿Tiene aquí las armas?

—No, no… ¡Claro que no! Este no es lugar propio para eso. Las armas y los comandantes merecen… un trato mucho mejor. Iremos ahora mismo allá, con una lancha.

—¿Están en un pesquero?

—Pues… tampoco —rio Blayston—. No se impacienten. Iré a ver si todo está en orden en la lancha.

Apartó unas cajas y trozos de saco impregnados de olor a pescado y escamas secas, y dejó al descubierto una anilla de hierro. Tiró de ella, y un rectángulo del suelo se alzó. Dejó apoyada la trampilla en las cajas y desapareció por el hueco, hacia la oscuridad. Los dos negros se acercaron y niraron hacia abajo. Justo bajo ellos vieron la forma de una lancha, en la cual Martin Blayston estaba efectuando un repaso visual.

Dedicó a ello apenas un minuto, antes de decir:

—Pueden bajar. Nos iremos ahora mismo, para…

Los tres oyeron el motor de un coche, deteniéndose muy cerca de la construcción. Martin Blayston se apresuró a subir de nuevo, cerró la trampilla y fue a una de las sucias ventanas. Cuando se volvió, tenía fruncido el ceño.

—¿Ocurre algo? —musitó Bidingo.

—No lo sé… Algo, sí, desde luego. Pero me pregunto…

No acabó la frase. Abrió la puerta cuando en la pasarela de madera se oían pisadas de varios hombres. Eran tres. A dos de ellos los había reconocido inmediatamente mirando por la ventana. Al tercero lo reconoció cuando estaba empezando a hablar.

—Esta no es vuestra zona para… Vaya… No sé si creerlo… ¿No es este caballero el apuesto capitán Cursam?

Frank Minello, con las manos atadas a la espalda, se limitó a mirar fijamente a Blayston, que, pese a la aparente ironía de sus palabras, no pudo evitar el tono de alarma en su voz.

—¿No quiere contestar? —Blayston miró a los otros—. ¿Podéis explicarme esto?

—Llegó hasta la caverna.

Ahora sí se vio clarísima la alarma, el sobresalto, en los ojos de Martin Blayston.

—¿Hasta la caverna? —musitó.

—Sí… El señor Janot le ordenó a Grom que fuese a la caverna a ver si alguno de los esquimales era digno de verse en la… pelea, y,

según parece, este hombre siguió a Grom. Entró en la caverna tras él…, pero no tuvo suerte luego. Dos de los vigilantes lo vieron, se escondieron, y cuando pasó le zumbaron en la cabeza.

—Vaya… No sé qué pensar realmente… ¿Usted me lo explicará todo, capitán Cursam?

—Je, je, je —dijo Minello.

—Oh… Tiene muy buen humor, según parece. Bien… Todo esto da mucho que pensar… ¿Habéis traído algún «Silencioso»?

Uno de los vigilantes de Minello abrió su chaquetón, y sacó el corto fusil de tubo de aluminio, con mira telescópica. Blayston lo tomó, y se volvió hacia Bidingo y Ondo.

—Vean… Esta es el arma de que hemos hablado. Es muy especial, ciertamente. Inofensiva contra objetos inanimados. Pero, utilizada contra seres vivientes, los mata al instante. Los proyectiles se guardan en un estuche especial montado en la culata. Vean —abrió la culata, mostrando un enrejado donde se veían ampollas esféricas—. Es un sistema cómodo y seguro de llevar la munición. Una munición ciertamente peligrosa, inventada por el señor Janot. En realidad, digamos que… robó la fórmula a cierto científico soviético al cual tuvo que matar, y por eso… Oh, pero no voy a contarles ahora la historia del señor Janot, por supuesto. Estábamos hablando del arma. De las ampollas, en realidad, ya que el arma, en sí, no tiene mucho de interesante. Las ampollas, sí. Contienen un líquido, mezclado con cierto gas, que, al juntarse ambas cosas en el aire, provocan un fogonazo rosado, en diferentes tonos… En realidad, crean una intensísima y brevísima corriente eléctrica capaz de provocar un colapso instantáneo a una ballena. Al reventar la ampolla en el cuerpo de un ser viviente, el gas y el líquido se mezclan con el aire, se produce la descarga, y la víctima cae fulminada. ¿No es curioso?

—¿Podemos ver esa ampolla…?

—Luego, Bidingo, luego. Primero tenemos que convencer al señor capitán para que nos diga algo respecto a él. Oh, y, por supuesto, respecto a la señora, Raysdale, sobre la cual empiezo a entrar en sospechas. ¿Usted qué dice, capitán Cursam?

Minello encogió los hombros, con absoluta indiferencia. Aparente, al menos. Blayston sonrió torcidamente.

—¿Por qué lo habéis traído a Kenai? —preguntó a los otros.

—El señor Janot lo ordenó. Dijo que no quería la menor actividad cerca de Foxhole Blue, y que sería mejor traerlo al submarino para interrogarlo. De lo que diga este hombre, depende que Foxhole Blue Cavern sea hundida, y todo desaparezca por algún tiempo.

—Entiendo… Bien, capitán Cursam, ya lo ha oído. Esperamos una explicación de su parte… ¿Qué es eso?

—El señor Janot dice que tienes que oírlo. Después de oír lo que hay aquí grabado, pregunta a este hombre. La cosa está tan clara que, a menos que el capitán Cursam dé una explicación… tranquilizadora, al amanecer será eliminada la base de Foxhole Blue Cavern.

Martin Blayston se pasó la lengua por los labios, lentamente, fija la mirada en aquel aparato que le tendía el otro. Parecía un transistor, pero, desde luego, no lo era. Lo cogió, le dio un par de vueltas, y, por fin, lo abrió. Se quedó mirando unos segundos las reveladoras piezas, miró a Minello, de nuevo las piezas… La cinta estaba recogida, de modo que solo tuvo que encontrar el botoncito de puesta en marcha, y…

«—Es una viuda interesante, ¿no es cierto? —Oyó su propia voz.

»—Creo que ella vio tu gorra —la voz de Janot.

»—¿Y qué?

»—También vio tu helicóptero… No me gusta esa mujer.

»—A mí, sí. Es sensacional, fascinante; espléndida… ¿Crees que ha dicho la verdad?

»—¿Respecto a qué?

»—A lo de la tarjeta postal.

»—Naturalmente. Estoy rodeado de ineptos, Martin. Y no me gustaría tener que decir que tú eres el primero.

…

…

…

…

…

…

»—… ¿Cuándo tienes que ver a los dos clientes?

»—Esta noche, a las diez.

»—Tienes tiempo más que sobrado. Pasa por Anchorage y avisa que vigilen a la viuda y a Cursam. No sería extraño que Raysdale iniciase un acercamiento. Atentos.

»—Bien. Hasta la vista, Edgar.

»—Adiós».

Después de toda la conversación que ambos hombres habían sostenido en la casa de Edgar Janot, había unos segundos de silencio. Muy tenso, porque, como en esta conversación se decidía claramente la muerte de los dos africanos, ordenada por Janot, Bidingo y Onda habían iniciado un movimiento inquieto, como de huida… Solo que entonces, el mortífero fusil de tubo de aluminio había quedado apuntándolos, firmemente asido por Blayston, que sonreía cínicamente.

—Parece que la señora Raysdale y el capitán Cursam son… personas sorprendentes, con buenos recursos. ¿No creen?

—Escuche, Blayston, hemos oído lo suficiente para comprender que quieren eliminarnos porque las cosas no les van bien…

—Sí… Hace unos minutos pensaba llevarlos con la lancha, matarlos de un par de balazos, lastrarlos y tirarlos al mar. Pero la llegada de mis amigos y del capitán Cursam cambia notablemente las cosas… Creo que voy a demostrarles cómo funciona esta arma.

Brotó el primer fogonazo, de pronto, y otro fogonazo, idéntico, apareció en el pecho de Nguma Ondo, que cayó fulminado al suelo, bruscamente, sin un grito siquiera.

Keio Bidingo pareció paralizado de espanto un instante. Pero enseguida saltó hacia Blayston, con las manos por delante, crispadas en una feroz presa… que no llegó a conseguir, porque los dos hombres que habían llegado con Minello se interpusieron en su camino, intentando detenerlo.

Bidingo se quitó de delante al primero de un simple zarpazo que lo tiró volando, con la nariz rota, contra una pared, en la cual rebotó para caer de espaldas, no poco dolorosamente, sobre los bordes de un montón de cajas.

El otro consiguió golpear a Bidingo, pero, al mismo tiempo, un

pie de Minello se clavaba en su estómago con fuerza tan terrorífica que lo dobló como si fuese una astilla, casi crujiendo. Y como Bidingo no se había alterado lo más mínimo al recibir el puñetazo, lo apartó también de delante de una bofetada que hizo chascar la cara del hombre como una fruta reventada por una altísima caída…

Y en aquel momento, Blayston, que al mostrar las cápsulas mortíferas se había quedado una en la mano, disparaba por segunda vez. Keio Bidingo recibió el impacto de la ampolla en pleno pecho, y pareció empujado por un ciclón, cayendo de espaldas como fulminado, igual que Ngumo Ondo.

Y Frank Minello, que había aprovechado la coyuntura para correr hacia la puerta, tuvo que detenerse a un par de pasos de esta al oír la voz de Blayston:

—¡Quieto, Cursam! ¡Para usted tengo una pistola!

Minello se volvió, furioso. Pero era verdad. Blayston tenía una pistola en la mano derecha. Y los dos tipos que lo habían llevado allí en coche desde Foxhole Blue Cavern estaban de nuevo en pie, apuntándole también, aunque uno de ellos casi prestaba más atención a limpiarse la sangre de la nariz, reventada por el primer zarpazo de Bidingo.

—Olvide esa posibilidad, capitán —sonrió de nuevo Blayston—. Y oigamos lo que sigue. Creo que hay grabado algo más, pero no hemos podido prestarle atención. Vosotros, bajad a los negros a la lancha. Con dejarlos caer, será suficiente.

Mientras los dos hombres se dedicaban a alzar la trampilla y arrastrar los negros hasta allí, Martin Blayston recogió un trozo de cinta y puso de nuevo en marcha la grabación:

«—… Raysdale iniciase un acercamiento. Atentos.

»—Bien. Hasta la vista, Edgar.

»—Adiós».

—Parece que acerté el punto, ¿verdad? Veamos qué más tenemos grabado aquí…

«—¡Grom! —Se oyó el fuerte grito de Janot, a los pocos segundos. Un instante de espera, y luego la voz de Grom:

»—Diga, señor Janot.

»—Vas a ir a la caverna… ¿Qué estabas haciendo?

»—Los perros habían encontrado un pequeño desperfecto en la alambrada. Estaba reparándola, señor Janot.

»—Bien. Acaba eso, y luego vas a la caverna. A pie, como siempre, y por el camino rocoso, ya sabes.

»—Sí, señor Janot. ¿Qué tengo que hacer allí?

»—Échales un vistazo a los esquimales que han llegado hoy. No tengo ganas de ir yo hasta allá. A ver si hay alguno que sea lo bastante fuerte para el entrenamiento de los comandantes. Estoy harto de ver a esos pequeños hombrecillos incapaces de resistir lo más mínimo… Si hay alguno que valga la pena, que se lo aparten para el ruso. Es el más fuerte.

»—Muy bien, señor Janot. ¿Algo más?

»—Nada más. Ven luego a decirme qué te han parecido. Y ten cuidado. No estoy tranquilo… Ese maldito Raysdale… Vete ya».

No se oía nada más. Martin Blayston detuvo la marcha del receptor-grabador, y se quedó mirando a Minello.

—Parece que la cosa está clara, capitán Cursam. Usted no estaba muy lejos de la casa, y se acercó aprovechando que Grom aún tenía que acabar de reparar la alambrada. Luego, cuando él fue a la caverna, usted le siguió. ¿Sí?

—*Okay*.

—Muy bien. Oh, caramba, la señora Raysdale es en realidad muy astuta, ¿no es cierto? Cuando llegué y no vi su helicóptero, me sentí intrigado, y la esperé. La vi llegar a pie al hangar, hablar de una avería… Es muy astuta, sí… Y muy eficaz —señaló el aparato—. ¿Esto fue idea de usted o de ella, Cursam?

Las dos hombres habían tirado ya por el hueco a Ondo y Bidingo, habían cerrado la trampilla, y estaban a ambos lados de Minello, mirándolo torvamente; en especial el que había recibido el puntapié en el estómago, del cual no parecía completamente repuesto. Estaba todavía pálido, tenía el rostro desencajado…

—¿No quiere contestar, Cursam? —musitó Blayston.

—No.

—Vaya… Estoy pensando que Edgar tenía razón: la señora Raysdale es muy inteligente. A mí solo me pareció fascinante y

hermosa, en efecto, mientras los veía a ustedes por cierto agujero… Pero es inteligente, sí. ¿Va a resultar que ni siquiera es la señora Raysdale? ¿Va a resultar que usted no es el capitán Cursam?

Un brevísimo destello pasó por los ojos de Frank Minello. Brevísimo, pero fue captado por el muy atento Martin Blayston, que volvió a sonreír, de modo nada tranquilizador.

—Sería mejor que contestase, capitán —aconsejó.

El hombre que había recibido el puntapié de Minello pareció irritarse por el silencio de este, y le lanzó un tremendo patadón que, en exacta venganza, alcanzó al periodista en el estómago, derribándolo, dejándolo tan pálido y desencajado como poco antes estuvo el otro.

—Déjalo, Hoper… Tú también, Tolman. No hay que matarlo, de momento. Nos ha costado dos años organizar nuestro negocio, y no vamos a precipitarnos ahora, a echarlo todo a perder por un tipo cualquiera… Si estamos en peligro, él nos lo dirá, y entonces habrá que desaparecer.

—No hablará si no le rompemos la cabeza —aseguró Hoper.

—Si le rompemos la cabeza es cuando no hablará. Tengo una idea mucho mejor. Vamos a llevarlo al submarino, y verás cómo los doctores le convencen para que hable. Tiradlo a la lancha.

Tolman y Hoper asieron a Minello por los brazos, y lo pusieron en pie, rudamente. Tiraron de él hacia la trampilla, que Blayston estaba alzando una vez más.

Pero, como muy bien sabía Brigitte, Frank Minello era un cabezota. No demasiado listo, quizá, pero un cabezota en cuestión de salirse con la suya. Y como se había propuesto escapar, se giró hacia Tolman, hundiéndole la rodilla en el vientre. Tolman lanzó un gemido y se encogió, tambaleándose. Pero, según parecía, Hoper conocía muy bien la clase de tipo que era aquel capitán de la Marina, de modo que no le dio tiempo a más, aplicándole un feroz culatazo detrás de una oreja. Minello cayó de rodillas, casi completamente aturdido, pero, aun así, se lanzó de cabeza contra el vientre de Hoper… Con mala fortuna y pocas facultades físicas en aquel momento. Hoper solo tuvo que alzar una rodilla, y el periodista se estrelló de boca contra ella. Rebotó, rodó por el suelo, sangrando por los partidos labios, y Tolman, parcialmente recuperado, le aplicó un patadón que abrió espantosamente una

ceja de Frank Minello… El periodista todavía se agitó, tendido de bruces en el suelo, las manos atadas a la espalda… Un par de puntapiés lo dejaron definitivamente inmóvil. Luego, fue tirado como un fardo al interior de la lancha, dándose un golpe en la frente que abrió otra brecha más en su rostro. Quedó inmóvil, sangrando…

—Vaya un tipo —sonrió Blayston—. En cuanto a la señora Raysdale… Bueno, vamos primero al submarino. Luego ya nos enteraremos de lo que han hecho nuestros compañeros en Anchorage, y veremos qué conviene hacer. Pero tengo el presentimiento de que la señora Raysdale vivirá poco tiempo.

—¿Quién crees que pueda ser?

—No sé… Una agente del G-2, posiblemente. Igual que el capitán Cursam, si es que se llama así.

—Quizás ella sí sea la verdadera señora Raysdale.

—Lo dudo. Ya sería muy casual que Ernest Raysdale hubiera tenido una esposa tan… competente. Sabe manejar un helicóptero, coloca micrófonos, es astuta… No, no, Tolman, no… Ella tiene que ser una agente secreto.

—Peor para ella.

—No sé… Desde luego, podremos matarla, pero no se trata de eso, sino de saber si tenemos que cerrar temporalmente el negocio y huir. Sí, es mejor que vayamos al submarino, y allá convenceremos al capitán Cursam para que nos ayude a decidir esto. Según lo que sepan él y la señora Raysdale, eso haremos. Es lo que está esperando Edgar, ¿no es así?

—Sí, claro…

—Pues vamos al submarino. Trae los trajes, Hoper. Y será mejor que tú te quedes aquí. Con esa nariz convertida en un tomate no podrías ponerte los lentes. Sí… Quédate aquí y vigila. Espero no tardar demasiado.

Hoper sacó dos trajes de goma del interior de un barril que parecía abandonado, sucio. De otro, también casi podrido, sacó un par de tubos.

—Queda uno para ti, por si ocurre algo y tienes que venir al submarino. Ya conoces la señal. Vamos, Tolman. Convenceremos al capitán Cursam, de que está en un grave apuro.

—¿Y los trajes…?

—Nos lo pondremos en la lancha.

—Bien.

Desaparecieron por la trampilla. Hoper la cerró, y estuvo escuchando. No oyó el motor, y ya muy apagado, hasta cinco minutos más tarde, alejándose. Como siempre, la lancha había sido desplazada a remo hasta llegar a buena distancia de la factoría pesquera.

Encendió un cigarrillo y se sentó, sonriendo sañudamente. En efecto, el capitán Cursam estaba en un grave apuro. Lástima que él no pudiera ver su gesto de terror…

Capítulo X

Estaba fumando el tercer cigarrillo cuando parpadeó, incrédulo.

O estaba soñando, o había visto la sombra de un hombre por una de las ventanas, deslizándose hacia la parte de la casa orientada al mar, hacia el embarcadero de tablas.

Y casi enseguida oyó el crujido de uno de los tablones. Se puso en pie de un salto, tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el pie. Por un momento, estuvo tentado de encender la luz, pero comprendió que eso sería delatarse.

Quienquiera que fuese, al ver encenderse la luz en el interior comprendería que no estaba solo…

Se deslizó silenciosamente hacia la gran puerta de entrada del pescado, que daba directamente al embarcadero; era de doble hoja, hinchada por la humedad. Abrió apenas dos pulgadas una de las hojas, y el asombro primero y la cautela después lo dejaron inmovilizado unos segundos.

No estaba soñando.

Un hombre estaba inclinado sobre el embarcadero, como si buscase algo bajo las tablas. Tenía medio cuerpo hacia el agua, y estaba por completo de espaldas a Hoper, que sonrió siniestramente y sacó la pistola. Para él, súbitamente, todo estuvo claro: era cierto que habían sido descubiertos. Los irían cercando cada vez más, hasta acabar con ellos si antes no se disolvía la organización… Pero quienquiera que fuese a conseguir aquello, lo pagaría caro en vidas.

Salió sigilosamente al embarcadero. El hombre continuaba en la misma postura, investigando por debajo de la casa, sujetándose precariamente a uno de los pilones.

Hoper le apuntó, y masculló:

—Amigo, esta es su sentencia de…

¡Clock!

El golpetazo resonó en su cabeza como el estallido de una

potentísima bomba. Todavía pudo ver, como en una imagen cinematográfica, la desaparición brusca del hombre hacia el agua.

¡Clock!

Ya no vio nada más. Cayó de rodillas, soltando la pistola. Luego, como si lo decidiera de pronto, de bruces, quedando inmóvil.

Entonces, el hombre que parecía haber caído al agua, apareció en el embarcadero, con una simple flexión agilísima. Subió a las tablas sin haberse mojado ni un pelo, y se acercó al desvanecido Hoper. Recogió la pistola y miró a la mujer, que todavía tenía la pistolita en la mano.

—Buen golpe, Baby.

* * *

El inesperado remojón de agua despejó desagradablemente a Hoper. Se incorporó, quedando sentado, con la boca llena de sabor a sal…

—Los baños de mar sientan bien a cualquiera. ¿No se lo decía yo, Simón?

—Lo tendré en cuenta. ¿Lo seguimos bañando?

—No, no… Nuestro amigo estará bien muy pronto. ¿No es cierto, caballero?

Lo primero que Hoper consiguió ver con claridad fue el par de piernas femeninas más perfectas que recordaba en toda su vida, una sobre otra, balanceándose la de encima, mostradas ambas muy generosa mente. Luego, una delicada manita sosteniendo una diminuta pistola, descansando sobre la rodilla de la pierna de encima. Por fin, el rostro sonriente y dulcísimo de la mujer, adornada con los más hermosos ojos azules que pudieran haber en el mundo.

—Hola —se movió la manita con la pistola—. Soy la señora Raysdale. ¿Ha oído hablar de mí?

Hoper desvió la mirada hacia el hombre que presintió a su lado. Un tipo alto, de hombros anchos, mirada sardónica, boca de labios finos, plegados en una cruel mueca.

—Yo soy Simón, simplemente. ¿Y usted?

Hoper volvió a pasarse la lengua por los labios. Le dolía terriblemente la cabeza, y notaba en ella como un silbido extraño, chirriante…

—Parece que no quiere hablar —sonrió encantadoramente la hermosísima mujer—. Simón, por favor, convénzalo de que debe contestar a todas nuestras preguntas, una a una, sin vacilar y sin perder tiempo. Que se entere muy bien de que somos personas… exigentes.

—Enseguida.

En menos de diez segundos, Hoper pasó en verdad por circunstancias penosas: recibió un puntapié en el estómago, otro en plena boca, fue lanzado de bruces contra la pared, recibió un doble puñetazo en los riñones, y su cabeza fue sumergida durante casi otros diez segundos dentro de un barril con fuel. Fue sacado violentamente de allí, recibió un terrible bofetón que estuvo a punto de desencajarle una mandíbula, y finalmente se encontró tendido en el suelo, de bruces, casi sin respiración, su cara ardiendo, la cabeza a punto de estallar, y notando en los riñones una angustiosa opresión…

—Déjelo de momento, Simón. Baje de sus riñones… Le concederemos diez segundos para recuperarse un poco.

Hoper dejó de sentir la opresión en los riñones. Aspiró profundamente, cerró los ojos… Aquello estaba mejor…

—Han pasado los diez segundos. Siga con lo suyo, Simón. Esta vez, rómpale algún hueso. Mmm… Un brazo. Será mejor que las piernas las conserve bien, para que podamos llevárnoslo sin demasiadas molestias.

—Buena idea.

Aterrado, incapaz de hablar, Hoper se notó incorporado de un tirón, sujetos sus brazos por unas tenazas fortísimas, que parecían capaces de triturar los huesos…

—¡No! —pudo gritar de pronto—. ¡No más…! ¡Basta, basta…!

—No, no, Simón… Quizá nuestro amigo esté diciendo la verdad, y va a contestar a nuestras preguntas… ¿Qué dice usted, señor?

—Sí… ¡Sí!

—Magnífico. Dele un cigarrillo, Simón. Se lo ha ganado, por buena voluntad en la colaboración con nosotros.

—Yo no se lo daría, pero en fin…

Cada vez con más claridad, Hoper vio a Simón, encendiendo un cigarrillo. Se lo tendió, y él alargó la mano, para tomarlo. Pero el cigarrillo pasó por encima de su mano, y la brasa fue a

chisporrotear sobre la barbilla de Hoper, que lanzó un chillido, saltó hacia atrás y cayó de espaldas, protegiéndose el rostro con los brazos.

—Oh, vamos, Simón, no sea bárbaro. Ayúdele.

—Pero si ha sido una broma. Este es mi modo de ser amable, señora Raysdale.

—Es verdad —suspiró la mujer—. La verdad es que me estremezco cuando recuerdo lo que le hizo a aquel mejicano, en Nogales… ¡Brrr! Menos mal que luego le cortó el cuello… No es agradable andar por el mundo con los ojos pinchados a navajazos… Oh, pero ayude a nuestro amigo, Simón, no sea descortés…

Simón se inclinó sobre Hoper, pero este lanzó un chillido de rata y se arrastró, alejándose, acercándose a Brigitte, como buscando protección en ella.

—Es un desagradecido —comentó Simón, disgustado.

—Quizá no entienda de bromas… ¿Cuál es su nombre, amigo?

—Ira Hoper…

—Muy bien, amigo Hoper. ¿Trabaja usted para Edgar Janot?

—Sí.

—Entonces, sin duda, sabrá dónde están los dos negros africanos que son sus clientes, así como el señor Martin Blayston… ¿Lo sabe?

—Los negros han… muerto. Blayston está en el… en el submarino.

—¡En el submarino! ¿Dispone la organización de Janot de un submarino, amigo Hoper?

—Sí.

—¿Y dónde está ahora?

—En la bahía, a… a un par de millas de aquí, o menos… Está con los pesqueros.

—Emmm… ¿No estaban los pesqueros cerca de las islas del Gobernador?

—De eso hace días… Ya vuelven.

—¿Y el submarino va con ellos? ¿Por qué?

—Va siempre… Debajo y entre los dos pesqueros. Así, su señal no es captada por los radares de los barcos militares, porque se confunde con la de los pesqueros…

—Ingenioso en verdad. ¿El señor Blayston mató a los dos africanos?

—Sí… Con el «Silencioso».

—Ah… Supongo que se refiere a esa desconcertante arma… ¿No tiene usted ningún «Silencioso» aquí, Hoper?

—No…

—¿Cuándo va a volver Blayston?

—Cuando… cuando haya hecho hablar al capitán Cursam.

—¿Cómo dice? —se entornaron los ojos de la espía Baby.

—En… en Foxhole Blue Cavern capturamos al capitán Cursam. La descubrió, pero lo capturamos. Ahora está en el submarino, porque allí disponen de medios para hacerle hablar… y porque Janot no quiere ninguna actividad cerca de la zorrera.

—Entiendo. ¿Dónde está Foxhole Blue Cavern, querido Hoper?

—En las montañas, unas dos millas al norte de la zorrera, directamente hacia el norte…

—Muy bien. Se está portando exquisitamente, de veras… ¿Hay algún medio especial para llegar al submarino? Me refiero a algún sistema por contraseña, y cosas así. Está sumergido, claro.

—Sí… Siempre entre los dos pesqueros. Hay que colocarse entre estos con la lancha, y entonces saltar al agua, con equipo de hombrerana… El submarino tiene una salida para buzos, una pequeña cabina…

—Sé cómo funciona eso: hay una entrada tubular, y luego un compartimento, que se cierra cuando el hombre-rana está dentro. Si el buceador ha, de entrar en el submarino, el agua es expulsada, se abre la compuerta interior, y ya está. Si el buceador tiene que salir, se coloca en la cabina, sin agua, y esta va entrando poco a poco; cuando está llena, se abre la compuerta exterior, y el hombre-rana sale tranquilamente. ¿Es este el sistema?

—Sí.

—Pero habrá algún modo de avisar a los ocupantes del submarino de que un hombre-rana quiere entrar, ¿no?

—Sí. Hay que…

—Baby, no sea loca —exclamó Simón, sobresaltado—. ¿Qué está pensando hacer ahora?

—Lo de siempre, Simón. Jamás dejo a un compañero mío en la estacada. A menos que mi riesgo personal implique desventaja para la CIA. En este caso, si yo no vuelvo, usted está al corriente de todo.

—La entiendo, la entiendo… Pero habrá otro medio de…

—Lo dudo. Ese submarino jamás tocará esta costa. Y si se va, jamás volveré a ver a Frankie. Solución que no me agrada, Simón.

—Bien… Déjeme ir a mí. Puedo conseguir un traje de goma y un tubo o dos de aire en menos de una hora. Iré a por eso, y…

—No creo que sea necesario. El amigo Hoper debe de tener alguno por aquí… ¿Correcto, amigo Hoper?

—Queda una… en ese tonel viejo…

—Estupendo. ¿Cuál es la consigna para entrar en el submarino? ¿Qué debo hacer para que me abran las compuertas?

—Debe golpear con algo metálico en el casco, a la derecha del tubo de entrada, señalando en morse la palabra «Siberia».

—Está mintiendo —susurró fríamente Simón—. Va a caer usted en una trampa, Baby.

—No lo creo. Parece que el amigo Hoper ha comprendido muy bien lo que le conviene, o sea, estar a bien con la CIA ¿No es así, Hoper?

—Sí… Sí, desde luego…

—Mi compañero se quedará con usted —dijo Brigitte—. Espero volver muy pronto, si mi plan da resultado. Si no vuelvo, Simón se molestará bastante, pero al final comprenderá que debe llevarle vivo adónde obtengan fruto de un interrogatorio más completo. De modo que, amigo Hoper, tenga la seguridad de que, al menos, conservará la vida.

Hoper volvió a pasarse la lengua por los labios, dirigiendo una breve mirada aterrada hacia Simón, que estaba examinando el equipo de buceador.

—Le vendrá grande —advirtió.

—No importa. Lo que necesito es una lancha, Simón.

—Bien. Robaré la primera que vea. Ya vuelvo.

Salió de la factoría.

Hoper miró a Brigitte, pero la fría sonrisa de esta le hizo comprender la verdad: no tenía que fiarse del dulce aspecto de aquella muñequita. La súbita certidumbre de que, si se lo proponía, aquella preciosa damita podía resultar mucho peor que el atlético Simón, dejó a Hoper completamente resignado a su suerte. Valía más no complicar las cosas…

—Sensata decisión, Hoper.

—¿Qué…? —Respingó.

—La de estarse quietecito y no complicarse más la vida.

Ira Hoper se mordió los labios, casi asustado. Los azules ojos permanecían fijos en él, mostrando aquella sonrisita, pero, en el fondo, parecía haber como un puntito congelado al máximo, duro como diamante.

Simón apareció diez minutos más tarde, tranquilamente.

—Abajo está la lancha —dijo—. No es muy buena, pero servirá para recorrer un par de millas. ¿Sabe ya la situación exacta de los dos pesqueros?

—Pues no. Amigo Hoper…

—Ya le he dicho que un par de millas mar adentro… Los nombres de los pesqueros son *Alaska Sky* y *Fisher*.

—Perfecto. Ayúdeme a ponerme el equipo, Simón.

Se desnudó sin darle la menor importancia, y, ayudada por Simón, que tampoco parecía muy alterado, se puso el traje de goma. Luego, antes de cerrarlo sobre el pecho, se colocó entre los senos la pistolita de cachas de madreperla. Cerró el traje, se colocó el capuchón de goma, los tubos…

Colgando el cuchillo en el cinturón de plomos, Brigitte se plantó delante de Hoper.

—Piénselo bien, Hoper. Si me ha engañado y yo puedo volver… lo cual es costumbre en mí, lo lamentará muy profundamente.

—Le he dicho la verdad… ¡Se lo juro!

—Mejor para todos. Hasta luego, Simón.

—No volverá —dijo sombríamente el espía.

—Volveré. Yo siempre vuelvo. Pero —sonrió dulcemente—, por si acaso, no me espere más allá del amanecer. Eso, suponiendo que todo siga en calma por aquí. Si algo ocurriese, márchese. Y acabe con Edgar Janot.

Simón encogió los hombros, y Brigitte se quedó mirándolo amablemente.

—No ponga esa cara, hombre… En realidad, no voy a pelear, sino a hacer un negocio.

—¿Un… negocio? ¿Con quién?

—Un trato. Si sale mal, pues… Oh, pero estoy segura de que saldrá bien. Conozco a las personas.

—¿Con quién piensa hacer ese trato, y qué clase de trato…?

—Se lo contaré cuando vuelva. *Ciao*.

La espía internacional desapareció. Los dos hombres quedaron solos, silenciosos. Simón se acercó a una ventana, mirando hacia el mar. Vio la lancha que había robado, alejándose mar adentro, movida en silencio, a remo, por su compañera en la CIA.

Poco después, dejaba de mirar por la ventana.

Encontró unas cuerdas, y ató sólidamente a Ira Hoper, dejándolo convertido en un fardo. Luego apagó la luz, fue bajo una ventana, y se sentó allí. Hoper estaba de lleno en la lívida claridad que entraba por aquella ventana, pero, por su parte, no podía ver a Simón.

Sí vio, pronto, la llama de un encendedor. Luego, la brasa de un cigarrillo. Y de pronto llegó hasta él, como un viento helado, mortal, la voz del llamado Simón:

—Será mejor que ella vuelva, Hoper… Será mejor…

Capítulo XI

No tuvo dificultad alguna en localizar los dos pesqueros. Debía de tener cada uno alrededor de unos cien pies de eslora. No era demasiado, pero, al parecer, sí era suficiente para que sus representaciones en las circulares pantallas de radar tapasen, o al menos confundiesen, la representación del submarino que siempre iba bajo ellos. Un truco que podía fallar en cualquier momento, pero que, hasta la fecha, había estado dando buenos resultados.

Sin la menor vacilación, Brigitte metió la lancha entre los dos pesqueros. Y apenas había parado el motor cuando de las bordas de ambos brotaron unos delgados haces de luz, directos hacia ella. Estaba la otra lancha allí, flotando en suaves bandazos. La espía vio la cuerda que la unía a uno de los pesqueros, evitando que la marea se la llevase lejos. Un breve vistazo a la cuerda de amarre de su lancha, robada por Simón, la convenció de que el cabo no llegaría hasta la borda da los pesqueros. De modo que, simplemente, anudó un extremo a la misma cuerda que mantenía fija la otra lancha al pesquero.

Luego, y antes de que pudiesen pedirle alguna explicación, se deslizó al agua, preparada la pequeña linterna de profundidad que colgaba del traje de goma.

No había mucho fondo allí. Y el submarino resultó aún más fácil de localizar que los pesqueros. Al fin y al cabo, su situación estaba muy bien definida: bajo los pesqueros y entre estos.

El tubo de salida para buzos estaba en la proa. Había dos, que, lógicamente, estaban destinados a la salida de torpedos. Pero esa arma parecía haber caído en desuso para los tripulantes del *Siberia*. Tal era el nombre del submarino.

Se detuvo junto al tubo de estribor, y allá, con la hoja del grueso cuchillo, deletreó en morse la palabra «Siberia». Luego, dirigió la luz de la linterna hacia el interior del tubo. Atravesó este, nadando

lentamente, hasta llegar a un ensanchamiento que parecía formar una bolsa. Dirigió la luz hacia donde supuso que estaba la compuerta interior, y vio los fuertes remaches. Allí, volvió a golpear, en morse, repitiendo las letras de la palabra «Siberia».

Hubo un leve rumor tras ella, y se volvió a tiempo de ver la compuerta que cerraba el tubo, alzándose. Tan solo en tres o cuatro segundos, quedó encerrada en una cabina metálica, completamente rodeada de agua… y con un tubo a la espalda provisto de aire para una hora escasa. La idea de que alguien le gastase una «broma» la escalofrió. Si no se abría la compuerta del interior, una hora más tarde ella moriría allí, ahogada, reventados sus pulmones, inútil ya el tubo de aire, gastado este…

Pero no sucedió esto. Hubo una agitación de las aguas, y estas fueron expulsadas hacia el mar abierto. Muy rápidamente, la cabina fue vaciándose, hasta que el agua ocupó apenas un pie de altura, o sea, por debajo del borde de la compuerta metálica.

Entonces, esta se abrió, hacia dentro del submarino. Brigitte se había quitado ya de la boca el tubo de aire y las aletas de goma de los pies. Apenas tuvo paso, se apresuró a abandonar la cabina, penetrando en el submarino.

Había tres hombres ante ella. Tres hombres altos, rubios, de mirada clara, observándola con incontenible curiosidad. Lo malo era que subrayaban aquella curiosidad con sendas pistolas, empuñadas firmemente. Todos llevaban pantalones negros, ajustados, y jersey amarillo.

—¿Quién es usted?

—Tengo que ver a Martin —dijo firmemente la espía.

Hizo ademán de quitarse el tubo de la espalda, y uno de aquellos hombres la ayudó. Los otros dos continuaban mirándola fijamente, sin dejar de apuntarla con sus pistolas.

—Usted no pertenece a la organización —dijo uno—. Díganos cómo ha podido llegar hasta aquí.

—Con una lancha, un traje de goma, y conociendo la señal para ser recibida a bordo —sonrio Brigitte, alzándose los lentes marinos —. Y si tienen tiempo para escucharme, les contaré mi vida. ¿Dónde está Martin?

—Ocupado.

—No tiene tiempo para estar ocupado. Llévenme con él. Ahora.

Los tres hombres se miraron, indecisos. Brigitte frunció el ceño, y dio muestras de clara impaciencia.

—¿Deberé llamar a Ermak por la radio?

—¿Ermak?

—He querido decir Edgar Janot —volvió a sonreír—. Solo que a veces me olvido del nuevo nombre. Bien: ¿qué deciden?

Un nuevo cambio de miradas. Por fin, uno de los apuestos hombres rubios encogió los hombros.

—Camine —señaló un pasillo—. Verdaderamente, no veo por qué hemos de perder tanto tiempo. Si usted no es persona grata aquí, lo sabremos pronto. Y entonces…

Brigitte se dirigió hacia el pasillo metálico señalado. El que había tomado la decisión fue tras ella, acompañado por otro. El tercero quedó en la sala de entrada acuática al submarino.

El interior de este estaba formidablemente pintado dé amarillo y negro. No había otros colores allí. Solo amarillo y negro. Un amarillo brillante, un negro intenso. Parecía un submarino viejo, pero bien remozado, muy cuidado, en perfectas condiciones. A través de los diversos pasillos que recorrieron, fueron viendo algunos hombres, todos ellos con pantalones negros y jerséis amarillos. Ni uno solo dejó de mirarla con curiosidad, pero nadie hizo el menor comentario. Descalza, solo con un traje de goma negro y una diminuta pistola bajo el traje de goma, la espía internacional supo muy pronto que se había metido de lleno en la boca del lobo. Si querían impedírselo formalmente, ella jamás podría salir de allí. La suerte estaba echada.

Por fin, se detuvieron en una recámara que parecía un antedespacho. Había una puerta al fondo, en la cual se veía un cartelito que aclaraba: «Terminantemente prohibida la entrada. Quirófano». Y encima de la puerta, una lucecita roja.

—Tendremos que esperar —dijo el hombre.

—¿Por la luz roja?

—Desde luego.

—No puedo perder ni un segundo. Quiero que avisen inmediatamente a Martin, sea como sea. No me importan ni el letrero ni la luz roja. Quiero verlo. Y ahora.

—Pues tendrá que esperar. Si usted no quiere respetar las normas del *Siberia*, nosotros sí. Puede sentarse, si quiere.

Baby asintió con la cabeza. Se sentó en un sillón negro, y se quedó mirando fijamente la puerta. Tenía una idea no poco exacta de lo que estaba ocurriendo allí dentro. Quirófano. En un quirófano se puede salvar una vida…, pero también se puede matar, incluso hacer cosas peores. No hay armas más afiladas que los instrumentos de un cirujano. Así ha de ser. Han de cortar, como suele decirse, un cabello en el aire. Solo que estaba segura de que allí dentro no estaban jugando de modo tan inocente.

—Hace calor aquí —dijo.

Los dos hombres la miraron, pero no dijeron nada. Brigitte se dedicó durante un par de minutos a examinar detenidamente aquella especie de sala de espera, de antedespacho. Todo metálico, todo pintado de negro y amarillo… Menos la luz roja.

A un lado de la puerta se veía un tablero de botones negros. En el tablero, solamente la palabra «Emergencia». Encima de la puerta, justo en el centro, se veía la letra Z. Y uno de los botones, si su vista no fallaba a aquella distancia, tenía también la letra Z.

Se bajó la cremallera hermética del traje de goma. Hubo un leve siseo, los dos hombres la miraron, y, tras comprender que, en efecto, ella tenía calor, volvieron a su indiferencia. Uno estaba junto a la puerta de entrada al antedespacho; el otro, ante la puerta del quirófano.

La espía introdujo una mano por la abertura del traje de goma, entre los senos. Tocó la pistola, respiró profundamente, como quien se siente más fresca, y luego, de pronto, pareció recordar que llevaba puesta todavía la capucha de goma. Se la bajó hacia la espalda, y sonrió a uno de los hombres, que la miraba atento, expectante.

—¿Tienen un cigarrillo? —pidió.

El hombre que la había mirado tan atentamente se acercó, con la mano izquierda en el bolsillo del pantalón. Sacó una pitillera de color amarillo, la abrió ante Brigitte, y cuando esta hubo sacado un cigarrillo, la cerró, rascó con el pulgar en un lado, y por un ángulo de la pitillera brotó una llamita.

—Gracias… ¡Ufff, qué calor…!

Volvió a meter la mano entre los senos. El que la había invitado a fumar no se movió, mirando fijamente allí. La goma se separaba muy prometedoramente, de modo que no era cuestión de

perdérselo.

Brigitte sacó la mano, y cuando el hombre vio la pistola abrió mucho los ojos, quiso mover su mano derecha armada, quiso…

Plop.

La diminuta bala fue directa a su corazón, y el hombre cayó hacia delante, ya muerto, con una pequeñísima mancha roja sobre su jersey amarillo… El otro se volvió velozmente, vio aquella parte de la escena, alzó la mano y disparó…

Ploppp…

El que estaba cayendo se estremeció al recibir el balazo en la espalda, salvando así la vida de Brigitte, lo cual, ciertamente, había sido calculado por la espía. Y mientras el muerto recibía un segundo balazo, su mano armada apareció por un lado, apuntando hacia el otro…

Plop.

Y así, en silencio, sin escándalos, muy discretamente, dos hombres pasaron a peor vida. El primero, caído sobre Brigitte, fue apartado elegantemente, rodando por el suelo. El otro, ante la puerta del quirófano, había caído de rodillas, con aquella manchita roja sobre su jersey amarillo, justo en el centro del pecho. Parecía resistirse a morir, de modo que Baby apretó otra vez el gatillo de su pistolita. Un nuevo «plop», y la manchita roja, casi negra, quizá violácea, apareció en la frente del hombre, que cayó de bruces tras un grotesco balanceo hacia atrás.

Todo muy discreto, muy silencioso, muy correcto. No había que escandalizar por el simple hecho de morir.

Brigitte se dirigió hacia la puerta, apretó el botón marcado con la letra Z, y alzó la pistolita con la mano derecha, mientras con la izquierda sostenía la de uno de aquellos hombres, más grande, más potente…

Hubo un ligero chasquido, y la puerta se corrió hacia la derecha, desapareciendo.

Allí dentro, efectivamente, había instalado un quirófano. Tres hombres estaban inclinados sobre la mesa de operaciones, y otros dos, un poco apartados, un poco pálidos, asistían a la intervención quirúrgica. Fueron estos quienes miraron hacia la puerta. Quedaron petrificados de asombro, inmóviles. Eso, por un instante. Inmediatamente, Tolman, todavía con el traje de goma de buceador,

bajó la mano hacia el cuchillo inevitable que colgaba del cinturón de plomos.

Plop.

Tolman fue un poco más escandaloso. Lanzó un gritito, dio un par de pasos hacia atrás, giró y cayó de bruces en una camilla auxiliar, que se desplozó sobre sus ruedas, como esquivando el contacto con el cadáver, que acabó cayendo al suelo.

Entonces sí se volvieron los tres hombres provistos de batas blancas, pero sin la mascarilla clásica de los cirujanos. Igual que Martin Blayston, se quedaron mirando incrédulamente a aquella mujer cuyo traje de goma estaba muy abierto por el pecho…

—Señores: unos cuantos pasos atrás… Por favor, claro. Retrocedieron todos.

El más asombrado era, sin lugar a dudas, Martin Blayston, que consiguió murmurar:

—Señora Raysdale… ¿Cómo ha conseguido… llegar hasta aquí?

—Luego hablaré con usted, señor Blayston. Ahora, colóquese en el rincón, con los «doctores». Por favor…, o le meteré una bala en un ojo.

—Brigitte —brotó una débil voz de la mesa de operaciones—. Brigitte, ¿eres… eres tú…?

—Soy yo, Frankie.

—Ven… Ven y… y mátame… Te lo suplico… Te lo suplico…

Los azules ojos de Baby Montfort parecieron agitarse, como si dentro de ellos hubiese un transparente lago súbitamente enturbiado. Sin perder de vista a los cuatro hombres, se acercó a la mesa de operaciones, y bajó la mirada un instante. Palideció tan intensamente, notó un zumbido tal, unas náuseas tan violentas, que temió desmayarse.

—Brigitte… Brigitte…

—Frankie —gimió la espía—. Frankie, querido… ¿qué te han hecho…?

—No lo sé… No lo sé, Brigitte… Querían… querían que les dijera lo que…

—No hables. Olvídalo todo, Frankie. Todo está bien. Nada malo ha pasado.

—Me… me pusieron un espejo delante de los ojos no hace… no hace mucho… Quiero que me mates… Perdóname, he sido… he

sido un tonto, como siempre… Pero no te he traicionado, no te… he… traicionado…

Baby volvió a mirar aquel rostro ensangrentado, pero ahora se dominó mejor, tuvo más control sobre sí misma. Era una pura mancha de sangre. Simplemente eso.

—La caverna… está… a dos millas al… al norte de…

—Calla, Frankie. Ya sé todo eso. Ahora, cállate.

—¿Vas a matarme…? ¿Me matarás, Brigitte…?

—No. Descansa. Por Dios te lo pido, Frankie, cierra los ojos. No puedo soportarlo… ¡No puedo! ¡Ciérralos!

—Quiera morir… Quiero morir pronto…

Brigitte se pasó la lengua por los labios.

Su mirada estaba ahora fija alternativamente en los tres hombres vestidos con bata blanca.

—Voy a decirles algo… —susurró—. Algo que les conviene escuchar bien… ¿Son cirujanos plásticos?

Uno de ellos movió afirmativamente la cabeza, y la espía hizo lo mismo, continuando:

—Está bien. Parece que saben manejar sus instrumentos. Ahora, van a dedicarse a lo completamente opuesto. Tienen una hora. Una sola hora para… recomponer el rostro de este hombre. Una hora nada más. Y les advierto que no es la primera vez que asisto a una sesión de cirugía plástica. No podrán engañarme. Tomen sus utensilios y empiecen. Si el resultado no me gusta cuando esa hora finalice, les haré una demostración de la más bochornosa, humillante y estremecedora amputación que puede sufrir un hombre. Y la haré en ustedes mismos. ¿Lo han entendido? ¿Comprenden bien lo que estoy explicando? Eso, aparte de que mi sistema para cortar orejas, manos, pies y sacar ojos con un bisturí no es, precisamente, muy… reglamentario. ¿Está claro, señores cirujanos?

Los tres movieron afirmativamente la cabeza.

—Pues empiecen. Sesenta minutos.

—No… No es posible en tan poco tiempo conseguir que…

—Noventa minutos. ¿Suficiente?

—Podemos… intentarlo.

—Será mejor que lo consigan. Manos a la obra YA. Usted, Blayston, vuélvase de espaldas a mí.

—Señora Raysdale, creo que podríamos…

—¿Llegar a un acuerdo? Lo he pensado también. Pero eso será más adelante. Vuélvase.

—Si me mata ahora no saldrá viva de aquí, señora Raysdale.

—Nunca me ha impresionado matar de frente, Blayston. ¿Por qué pedirle que se vuelva, entonces? Emmm… Por otra parte, por si le sirve de algo, le diré que no soy Nora Raysdale.

—¿Quién… quién es, entonces…?

—Llámeme Baby. Será atendido.

—¡No!

—No… ¿qué?

—Usted… usted no es… Baby…

—Parece que oyó mi nombre antes, Blayston. Pues lo soy: Baby, de la CIA. Si está bien informado sobre mí, sabrá que soy capaz de cualquier cosa: desde la más noble actitud, al más abyecto asesinato… Solo depende de los demás. Vuélvase. Por favor.

Martin Blayston se volvió, y Brigitte se acercó a él, cautamente. De pronto, le golpeó en la nuca con la pistola, y cuando todavía Blayston estaba cayendo, volvió a hacerlo, en el mismo sitio. Todo ello, tan velozmente, que los cirujanos apenas tuvieron tiempo de pensar en alguna oportunidad para ellos.

—Olvídense de mí, caballeros. Tienen mucho trabajo por delante.

Los tres cirujanos se dedicaron rápidamente a «recomponer» el rostro de Frank Minello, mientras Brigitte, sin perderlos de vista ni un segundo tan solo, entraba en el quirófano los cadáveres de los dos hombres que habían ido con ella hasta allí. Cerró la puerta del quirófano, tras asegurarse que la luz roja continuaba encendida encima de la puerta, y se sentó en un taburete metálico. Estuvo inmóvil durante quince minutos.

Transcurridos estos, le quitó el tabaco al que la había invitado, y encendió un cigarrillo. Estaba terminándolo cuando Martin Blayston empezó a moverse.

Muy despacio, Brigitte llegó hasta, él y volvió a golpearle, con una fría indiferencia que escalofrió al cirujano que desvió un instante la mirada.

—Veintidós minutos —cantó la espía el tiempo—. Sigan con su trabajo.

Volvió a sentarse y encendió otro cigarrillo, mirando el reloj que se veía en una de las paredes.

* * *

Martin Blayston volvió a abrir los ojos y empezó a recuperarse. Estaba mirando turbiamente a su alrededor cuando vio a Brigitte, sentada, inmóvil, con un cigarrillo en la mano izquierda, su pistolita en la derecha, fijos los ojos en él.

—Permanezca donde está, Blayston. Tendido en el suelo. Señores, han transcurrido cuarenta y tres minutos. Les quedan solamente cuarenta y siete.

Blayston miró a los cirujanos. Todos ellos tenían la frente llena de sudor, y se la enjugaban el uno al otro…

—Señora… Baby, si me…

—Cállese.

* * *

—Ochenta y cinco minutos.

—Ya… ya estamos terminando…

—Magnífico.

Se puso en pie, fue a la mesa de operaciones miró el rostro de Frank Minello.

—Parece que lo han hecho bien. ¿Cuánto les falta?

—Unos… unos diez minutos… Hay que vendarlo ahora…

—Acaben. No menos de cinco minutos, desde luego. Pero tranquilos.

* * *

—Ya… ya está… Hemos terminado.

—Vayan hacia aquel rincón. ¿Qué peligro tiene el paciente?

—Ninguno, ninguno… Todo ha ido bien… Ha sido una… intervención apresurada, pero… todo… todo ha ido muy bien. Éramos tres trabajando, y así…

—Al rincón. De rodillas y de cara a mí. Las manos en la nuca, la

cabeza baja, fija la vista en el suelo. No me miren a mí, ni a nadie. Miren al suelo. Como los cerdos, claro.

Los tres cirujanos obedecieron mansamente. Parecía que no eran hombres de pelea.

—Primero, el de la derecha. Nombre.

—Uriah Fatterman.

—El siguiente.

—Benvenuto Spicolini.

—El último.

—Ivan Zenikov.

—Un americano, un italiano, un ruso… Buen conjunto. ¿Cuál es su trabajo en este submarino? Hable usted, Zenikov. Pocas palabras y del todo aclaratorias. No me obligue a ir haciendo pregunta tras pregunta.

—Estamos… encargados de cambiar los rostros de los comandantes que aceptan trabajar para «Siberia». Bien entendido, hay que diferenciar a la nave llamada *Siberia* de la organización llamada «Siberia»; obviamente, se juega con el nombre, aplicándolo al submarino, pero este es solamente una pieza o recurso de aquella… Bien, como sea, sepa que en cualquier lugar del mundo, un comandante acepta trabajar para la organización «Siberia». Entonces, se prepara su… su muerte. Se busca a un hombre de parecidas características físicas… Un hombre cualquiera. Si el comandante que acepta el empleo tiene prótesis dentales, o señales quirúrgicas, o huesos soldados, se le pone… en condiciones. Esto es: se le rompe un brazo y se le enyesa luego, o se le quitan muelas o dientes y se le ponen las prótesis idénticas a las del comandante en cuestión, o se le hace una cicatriz indicadora de apendicetomía, por ejemplo… Cuando ese hombre está preparado, se coloca en el lugar del accidente, en el puesto del comandante que interesa a «Siberia». Entonces, ese hombre es el que realmente muere en el accidente, con todos los documentos u objetos personales que, junto con las prótesis o intervenciones médicas, ayuden a identificarlo. Oficialmente, el comandante muere. Y entonces viene al *Siberia*. Aquí, es sometido a una operación facial que transforma su rostro, de modo que puede aparecer libremente ante cualquier persona que lo haya conocido antes.

—Entiendo que matan a un inocente y transforman el rostro del

comandante que acepte el empleo en «Siberia».

—Sí… Así es.

—¿Qué más? Usted, Fatterman.

—Le… le proporcionan documentación falsa, y puede… circular libremente por todo el mundo. Una vez conseguido el nuevo rostro, ya en perfectas condiciones físicas, pasan a la escuela de comandantes. Algunos de ellos tienen… tenían antes una graduación mayor. Hay generales, coroneles… Pero cuando han pasado por el quirófano, todos salen con el grado de comandante. Entonces, pasan a la escuela de a bordo. Allí, repasan sus conocimientos militares, los ponen al día. Algunos, por su edad y experiencia, pasan a convertirse en profesores. Esos, se dedican a enseñar a muchachos jóvenes, inéditos en la carrera militar, que son… reclutados en diversas partes del mundo. Los que antes de ser sometidos a la operación facial ya eran militares, son denominados como «veteranos»; los otros, como «novatos». Entre… entre unos y otros, cada mes, desde hace cinco, conseguimos poner en circulación unos veinte comandantes de alquiler. Los «veteranos» cuestan diez mil dólares diarios; los «novatos», cinco mil.

—Entiendo… Comandantes de alquiler… ¿A quién los alquilan?

—A quien pague las tarifas. Tenemos varios representantes de «Siberia», que van por todo el mundo, ofreciendo los servicios de los comandantes de alquiler. Buscan, claro está, países… propicios para las revoluciones. En la mayoría de estos, los revolucionarios suelen carecer de armas y de jefes que conozcan las tácticas militares. Nosotros alquilamos los comandantes a los revolucionarios.

—¿Sin importarles si tienen razón o no?

—Eso no es… cuenta nuestra.

Brigitte miró a Martin Blayston.

—Hablemos de los africanos. ¿Dónde están?

—Muertos y en el fondo del mar.

—¿Tenían razón moral para organizar esa revolución?

—Ninguna. Ellos solamente querían utilizar nuestros comandantes y nuestras armas para usurpar el poder y aprovecharlo en beneficio propio.

—Bien muertos están, en tal caso. Hablemos ahora de los comandantes que son… operados. ¿Saben ellos real y exactamente lo que están haciendo?

—Desde luego. Se les ofrece un sueldo mensual que oscila entre cinco y diez mil dólares. Se les explica todo, y generalmente aceptan. Ya han sido previamente seleccionados.

—¿Y los que no aceptan?

—Bueno, esos… mueren de verdad en un accidente.

Brigitte endureció aún más su expresión.

—¿Y los que aceptan?

—Son operados, asisten a la escuela militar de a bordo, dirigida por un veterano general ruso, luego pasan a la escuela práctica de Foxhole Blue Cavern, y ya están en condiciones de trabajar. Durante cinco años, saben que han de trabajar para «Siberia». Cumplidos esos cinco años pueden retirarse, si así lo desean, con su nueva personalidad y nunca con menos de trescientos mil dólares limpios. Casi siempre rebasan los quinientos mil dólares. Limpios, entiéndalo bien. Jamás conseguirían esa cantidad permaneciendo en sus respectivos ejércitos.

—Desde luego que no… Lo dejan todo, permiten que otros hombres mueran en su lugar, se cambian el rostro, la nacionalidad, toda su documentación… Yo diría que no son personas honorables, Blayston.

—No lo son.

—Entonces… sería una buena idea eliminarlos a todos, ¿no? ¿Hay muchos actualmente en el submarino?

—Entre profesores y operados que asisten a clases hasta que sus rostros estén visibles, unos… veinticinco, actualmente. Los demás están en Foxhole Blue Cavern.

—Bien… Tenemos que en este submarino hay quirófano, sala de convalecencia, escuela militar de readaptación a nuevos mandos y órdenes… ¿Qué hay en Foxhole Blue Cavern?

—Ya se lo he dicho: la escuela práctica.

—¿En qué consiste?

—Los comandantes que ya han sido dados de alta en el *Siberia* van allá a hacer prácticas… personales. Sostienen peleas mortales con esquimales que son traídos del norte, de Groenlandia, de los límites canadienses…

—Temo que no entiendo bien esto, Blayston.

—Aprenden a matar. Los esquimales son puestos ante ellos, desarmados, y los comandantes tienen que matarlos lo más

rápidamente posible, siempre calculando la posible reacción de los enemigos… O sea, de los esquimales. Pero, primordialmente, aprenden sobre la verdadera práctica los puntos más vulnerables, mortales, del ser humano. Cuando son alquilados tienen que estar bien capacitados para todo.

—¿Y para matar bien… se entrenan… con esquimales? ¿Los matan de verdad, solo para… aprender a matar?

—Así es.

—Esto es… lo más repugnante que… que he oído jamás… ¿De quién fue la idea?

—De Edgar Janot. Él es el jefe absoluto, el que lo ha montado todo. La historia empezó cuando mató a un científico soviético para robarle la fórmula de las cápsulas del «Silencioso». Un gas, mezclado con un líquido, todo dentro de una ampolla. Cuando revienta esa ampolla, el contenido se pone en contacto con el aire, y produce una descarga eléctrica mortal. Sin embargo, a los objetos sin vida no los afecta en lo más mínimo.

—Ya sé.

—¿Lo sabe?

—Me han disparado esta misma noche con un «Silencioso». Pero, ahora que recuerdo, Blayston, usted no está al corriente de la… mala suerte que tuvieron los hombres encargados de vigilarme a mí y a Ernest Raysdale cuando este se pusiese en contacto conmigo.

—Estando usted viva, casi se puede adivinar el resto. No hace falta que me lo cuente.

—Fue… muy espectacular. ¿Por qué llamó usted Ermak a Edgar Janot?

Martin Blayston miró rápidamente a los tres cirujanos, y movió negativamente la cabeza.

—No se lo diré.

—¿No? Bueno… Quizá convendría una… entrevista a solas, Blayston. ¿Qué le parece la idea?

—Es buena.

—¿Cree que podríamos llegar a un acuerdo?

—Lo estoy deseando, de veras —arguyó Blayston.

—Lo haríamos desde una base que no discutiré, Blayston. —Señaló al anestesiado Frank Minello—. Él tiene que salir del

submarino. Y vivo, por supuesto.

—Puedo arreglar eso.

—Usted… me está dando muchas facilidades, ¿no le parece?

—Digamos que me he convencido de que es usted la agente Baby, de la CIA. Nuestros representantes en todo el mundo han oído hablar mucho de usted. En general, se la teme, pero se asegura al mismo tiempo que tiene a veces… extraños rasgos de humor. Ojalá sea esta una de esas veces.

—A usted le conviene.

—Sí… Es evidente que si usted está aquí es porque la CIA la respalda con toda su fuerza. Eso significa que nuestra organización está… acabada. Aunque usted muera, todo nuestro esfuerzo habrá sido en vano. Ni siquiera habremos durado seis meses desde que empezamos en serio a… «producir» comandantes de alquiler. Muy poco tiempo, pero la culpa es exclusivamente de Ernest Raysdale. Se horrorizó un poco cuando se le… entrenó a matar esquimales. No le gustó.

—Y por eso huyó. Eso quiere decir que, en el fondo, Ernest Raysdale aún tenía algo bueno. Pero ahora está muerto, y me parece que eso era lo menos que merecía. Dejemos eso y hablemos de mi amigo. ¿Cómo lo sacaremos de aquí?

—Aclaremos antes una cosa: ¿qué me ofrece a cambio?

—¿Es buen precio su vida, Blayston?

—Es bueno —admitió astutamente Martin Blayston—. Pero no suficiente. Todos los animales tienen vida. Y las plantas. Y, si me apura un poco, le diré que quizás hasta las piedras tengan su vida propia. Pero yo no soy un animal, ni una planta, ni una piedra…

—Entiendo. ¿Qué pide?

—Lo mismo que habría conseguido si la organización hubiera continuado en marcha: dos millones de dólares, libertad y una documentación flamante, nueva, legalizada en Estados Unidos.

—De acuerdo.

Martin Blayston frunció el ceño.

—Ha cedido usted muy rápidamente, Baby.

—No he cedido. He aceptado, eso es todo. La vida de mis amigos vale más que eso, Blayston. Bien entendido que en ese precio está incluida la entrega absoluta de su organización.

—Por supuesto. A mí solo me interesa mi vida. Y sé muy bien

que si usted no sale viva de este submarino, tampoco yo saldré.

—Eso es más cierto que la luz del sol, No lo olvide, Blayston. Si el trato se lleva a cabo, será porque yo estaré viva, para exigir a la CIA que cumpla mi palabra. Si yo no estoy viva, me temo que… no durará usted mucho, vaya adónde vaya. Debo decirle, además, que disponemos de poco tiempo. Si al amanecer yo no he regresado, este submarino y los dos pesqueros serán torpedeados. No es broma, Blayston.

—Pues manos a la obra. La sacaré de aquí a usted y a su amigo, entregaré en bandeja el submarino a quien usted quiera, y la llevaré a las montañas, a Foxhole Blue Cavern. ¿Suficiente?

—Suficiente. Y no vacile, Blayston: la agente Baby solo tiene una palabra. Palabra de reina.

—Lo sé. ¿Puedo moverme ya… con entera libertad?

—No. Hasta que mi amigo esté a salvo, no.

—Ocupémonos de ello, entonces: un pacto es un pacto.

Capítulo XII

Lo primero que hizo Martin Blayston fue esconder dentro de un armario metálico los cadáveres de los dos hombres que habían llevado hasta allí a Brigitte, y el de Tolman, junto al cual se veía el fusil llamado «Silencioso», despectivamente olvidado por Brigitte hasta aquel momento. O quizá demasiado preocupada por Minello para preocuparse de otras cosas.

Lo cogió entonces, mientras Martin Blayston escondía los cadáveres. Blayston se dio cuenta de la maniobra, pareció a punto de decir algo, pero acabó encogiéndose de hombros, como si volviera a decir que un pacto es un pacto.

Escondidos los cadáveres, ordenó a los sombríos cirujanos que se colocasen cerca de la mesa, como si estuvieran recogiendo el instrumental, ordenándoles que no se movieran de allí.

Luego, fue a un lado de la pared, abrió un rectángulo de esta, como de quince pulgadas de lado mayor y doce de menor, y quedó visible una pequeña pantalla de televisión, junto a la cual se veían diversos botones amarillos y unos cuantos micrófonos.

—Naturalmente —señaló la pantalla—, es circuito cerrado, para uso exclusivo del submarino. Tiene un alcance no inferior a media milla, durante el día. De noche, temo que será poco efectiva. Pero suficiente para que usted vea cómo su amigo queda a salvo en…

—No, no, no, Blayston… Nada de eso. Yo diré cómo ha de quedar a salvo mi amigo.

—¿Cómo?

—Será sacado del submarino con equipo de buzo. No de hombre rana, sino de buzo, para trabajos largos de inmersión, como son soldaduras, remaches… ¿Tienen ese traje de buzo?

—Sí… Desde luego.

—Ordene que lo traigan, que se lo pongan, y que mi amigo sea sacado al exterior con todo cuidado. Este trabajo lo harán dos de

sus hombres-rana, y, cuando estén en la superficie, los miraremos por esa pantalla… ¿Ha de emerger el submarino?

—Bueno… Por lo menos hasta que aparezca en la superficie la cámara acoplada al periscopio.

—Mejor. Así Frankie no tendrá que recorrer tanto trecho sumergido. Luego, será colocado cuidadosamente en una de las lanchas que hay arriba. Uno de los hombres-rana regresará, y el otro conducirá la lancha hasta su factoría. Cuando llegue allá, lanzará el aviso de que lo envía la señora Raysdale, y será detenido por un hombre. Entregará a mi amigo a ese hombre, y le dirá exactamente esto: «Todo va bien con doce rosas rojas. Dígame su nombre como contraseña para Baby». ¿Está bien claro, Blayston?

Este asintió con un esto, murmurando:

—Es… un poco laborioso, pero clarísimo. Cuida usted demasiado a sus amigos.

—O así, o no hay pacto.

—Lo haremos como usted dice. ¿Solo hay un amigo suyo esperando en mi factoría?

Brigitte sonrió irónicamente.

—Justo en ese punto, sí, solo uno.

—Entiendo. Veamos si la convence mi comportamiento, Baby.

Blayston empezó a dar órdenes por el micrófono. La primera de ellas fue la emersión del submarino hasta la altura del periscopio. Luego, impartió las demás, calmoso, con seguridad. Recibió la respuesta de que emergían, y muy poco después dos hombres se presentaban en el quirófano, llevando el traje de buzo. Siguiendo las indicaciones de Martin Blayston, sin extrañarse ni hacer comentario alguno, los dos hombres de jersey amarillo colocaron aquella pesada indumentaria a Frank Minello. Luego, lo llevaron entre los dos, y la puerta del quirófano se cerró a espaldas de ellos.

—Estoy pensando, Blayston… ¿Cómo trajeron a mi amigo al submarino? No tiene traje de goma, ni nada…

—Temo… que pasó un mal rato cuando lo bajamos entre Tolman y yo, sin equipo. Es fuerte, por suerte para él.

—¿Se da cuenta… de que pudieron… reventarlo brutalmente? Ahogarlo, al menos.

—Fue un riesgo que corrimos.

Era un pacto, y parecía que ambos tenían interés en cumplirlo.

Pero Brigitte miró tan duramente a Blayston que este, por paradoja, casi se echó a reír. El pacto estaba firmado, y lo demás, lo anterior, no tenía importancia. La vida de uno dependía de la del otro; a los dos les convenía, y eso era todo.

—No tardarán mucho en aparecer en la pantalla.

La encendió. Los dos hombres-rana, llevando al inanimado buzo, tardaron casi diez minutos en aparecer en la superficie negra del mar, entre los dos pesqueros.

—¿Lo ve bien, Baby?

—Muy bien.

Minello fue subido a una de las lanchas. Luego, uno de los «ranas» regresó al submarino, y el otro se alejó, tripulando la lancha, hasta perderse de vista.

—Bueno —suspiró Blayston—, ahora solo queda esperar. Apenas sonó la llamada en la puerta del quirófano, Martin Blayston la abrió, y se quedó mirando fijamente al hombre-rana que regresaba con la contraseña dada por el hombre que se había hecho cargo de Frank Minello en la factoría.

—Simón —dijo.

Blayston se volvió hacia Brigitte, que asintió con la cabeza. El hombre fue despedido, la puerta cerrada, y Blayston se encaró de nuevo a la espía.

—¿Algo más? —sonrió.

—Antes de salir de aquí, quiero conocer bien el submarino.

—Bueno… Es una pérdida de tiempo que…

—Quiero conocerlo. Luego, nos iremos los dos, Blayston.

—Como quiera —encogió él los hombros—. ¿Puedo ya hacerme cargo de mi pistola?

—Sí. ¿Sus ropas están en la lancha?

—Claro. Le enseñaré el submarino. Nadie se opondrá, sobre todo viendo que usted lleva un «Silencioso». Quien utiliza esas armas están dentro de la más absoluta confianza.

—Magnífico. ¿Y estos hombres?

—Pues hay que pensar algo sobre ellos, claro… Y creo que tengo la solución más indicada.

Plop… Plop… Plop…

Así. Con absoluta indiferencia. Blayston disparó tres veces, tan rápidamente que para intentar detenerlo Brigitte tendría que

haberlo matado a él. Como no lo hizo, las tres balas disparadas por Martin Blayston llegaron a sus objetivos respectivos. Esto es: las frentes de los tres cirujanos que hasta entonces se habían dedicado a la fabricación de rostros nuevos para los comandantes de alquiler…

Cayeron los tres en un trágico montón, como si hubieran sido empujados a la vez, golpeándose unos contra otros, girando… Uno de ellos dio de bruces contra la mesa de operaciones, tras el giro, y luego resbaló, reuniéndose con sus compañeros bajo la mesa metálica.

Blayston ladeó la mirada hacia Brigitte, malignamente, con una sonrisita en los labios.

—Tengo la impresión de que esto no le ha gustado, Baby.

—En absoluto. Han sido tres asesinatos innecesarios.

—Bueno… Mi seguridad es ante todo. No era prudente dejarlos encerrados aquí, estando vivos. En cambio, ahora sí podemos dejarlos encerrados. ¿Vamos?

Salieron del quirófano. Blayston dejó encendida la luz roja, cerró la puerta y chascó dos dedos.

—Nadie los molestará mientras esté encendida la luz roja —rio.

* * *

Estuvieron recorriendo el submarino, tranquilamente, durante casi una hora. Toda la tripulación llevaba pantalones negros y jerseys amarillos, y solamente los tres oficiales de a bordo una gorra, también amarilla y negra, cada una con la inscripción de su cargo.

El interior del *Siberia* era asombroso. Siempre todo en amarillo y negro, era poco menos que lujoso. Había salón de recreo, con televisión de canales públicos, radio, biblioteca, discoteca… Todo reducido a las posibles dimensiones del navío, desde luego, pero confortable, silencioso, agradable.

Amplia cocina, servicios, dormitorios, sala de baños turcos; radar, sonar, televisión propia; armero, cabina de tiro al blanco a corta distancia, rincón de test para dar trabajo a la mente, al ingenio, a la rapidez de improvisación y solución, y una clase o aula capaz para treinta alumnos sentados un tanto estrechos, pero no incómodos; en el pizarrín de la pared, unos gráficos que a Brigitte le

parecieron referentes a una táctica artillera en corta distancia, contando con la posición de elementos del propio bando detrás de los enemigos…

Pero lo más asombroso de todo eran los alumnos de «Siberia». Veinticinco en total, en aquellos momentos. Todos ellos con pantalón negro, jersey amarillo y, sobre el pectoral izquierdo, bordado en negro, la palabra «Comandante». Y, sin excepción, todos los rostros cubiertos por los vendajes que requería la operación de cirugía plástica a que habían sido sometidos. Pasaría no menos de una semana antes de que aquellos vendajes pudieran ser retirados. Y posiblemente otras dos antes de que fueran enviados a Foxhole Blue Cavern, a matar esquimales con tal de aprender el mejor sistema para eliminar rápidamente a un ser humano, y luego enseñarlos a los amos que los alquilasen.

Excepto unos pocos que permanecían en el dormitorio, sentados en sus literas, fumando y charlando, o leyendo, los demás estaban en la sala de recreo, conversando, jugando a las damas, ajedrez, póker…

¿Qué clase de hombres había bajo aquellos vendajes, bajo aquellos uniformes amarillos y negros? Brigitte notó el impacto frío de todas las miradas. Nadie hizo el menor comentario, nadie dijo nada. Ni siquiera los tres o cuatro hombres, todos ellos sobrepasados los cuarenta años, que llevaban el rostro descubierto, y en el jersey la aclaración de «Comandante Jefe». O sea, los instructores, los que habían demostrado más aptitud para la enseñanza que para el servicio activo. Solo uno de ellos, el de más edad, provisto de espesos bigotes grises, llevaba en el pecho simplemente las estrellas de general. Algunos, bastante jóvenes, tenían el rostro descubierto, al natural. Eran los que habían entrado directamente a servir a la organización. Si servían, serían denominados comandantes, alquilados como tales, tras un curso mucho más largo que el que debían seguir los demás. Si no servían, serían empleados en Foxhole Blue, o pasarían a los servicios auxiliares de Foxhole Blue Cavern. O, por último, serían eliminados.

Nadie dijo nada, nadie comentó nada, no les hicieron ninguna pregunta.

—¿Está satisfecha?

—Pero… ¿qué clase de hombres son estos, Blayston?

—Ambiciosos, disconformes, resentidos, postergados, oportunistas… En todos los ejércitos del mundo encontrará militares que reúnan esos requisitos. Solo hay que buscarlos.

—Ciñámonos concretamente a la personalidad de Ernest Raysdale. ¿Por qué un militar de carrera brillante la dejó, dejó a su esposa, lo dejó todo…, incluso su personalidad, para servir en «Siberia»?

—Era ambicioso y disconforme. Y demasiado inteligente para conformarse con el destino que veía venir: duros años de milicia para llegar a coronel, como máximo. Guerras, diferentes destinos, separaciones familiares… Parece que no estaba conforme. Se le ofrecieron creo que setenta y cinco mil dólares anuales, y luego, el retiro, tras cinco años de servicio. Aceptó.

—¿Y su esposa?

—Cuando se entra aquí, Baby, la familia ya no existe. Es más: casi siempre elegimos comandantes, coroneles o generales que no tengan familia alguna. Y, positivamente, no se admiten militares que tengan hijos. La esposa, en general, puede ser olvidada. Los hijos, por experiencia sabemos que son más difíciles de olvidar. Mujeres, hay muchas en todo el mundo. Hijos, no.

—Entiendo. Todos estos hombres… ¿saben exactamente lo que aceptan al… enrolarse en «Siberia»?

—Desde luego. Si lo que quiere saber es si tienen escrúpulos, o algo… parecido, pues no. Realmente, son carne de cañón. Todos inteligentes, audaces, con mucha tenacidad, insensibles… Solo de cuando en cuando sale uno como Raysdale, que se niega al entrenamiento final. Con él, han sido tres. Pero los otros dos… no se alejaron mucho de la caverna.

—Ya… Yo diría que en este submarino no hay… ni un solo hombre que valga nada.

—En el sentido que usted lo dice, desde luego. Ya le digo lo que son: resentidos, amorales, ambiciosos, postergados… No queda en ellos, sépalo bien, un solo sentimiento bueno. Han sido escogidos precisamente así. No queremos hombres de otra clase.

—Es natural. ¿Cuántos agentes de… «reclutamiento» tienen en todo el mundo?

—Unos veinte. Viajan, obtienen informes… Finalmente, consultan con Edgar Janot, ofreciendo la ficha del seleccionado. Si

Janot dice que sí, todo está en marcha.

—¿Y él? ¿Quién es Edgar Janot?

—Un hombre… astuto, con buen cerebro para organizar las cosas… Tiene un fichero completo de esos veinte agentes que viajan por el mundo en busca de comandantes. Tiene, por supuesto, las fichas de todos nosotros, las de todos los comandantes propuestos, tanto aceptados como rechazados, las de los que ya han salido del *Siberia* y de Foxhole Blue Cavern, las de los que están ahora aquí, en el submarino… Es un hombre metódico, arrollador como la lava de un volcán. Hace dos años que inició esto… Y desde cinco meses atrás, ya funciona.

—¿Dónde tiene ese… archivo?

—Ni yo mismo lo sé. Pero está en la casa, desde luego. Debajo de unas tablas, entre las tejas, enterrado… Solo hay que registrarlo todo bien, y será encontrado. Y más, si el registro lo efectúan agentes de la CIA.

—No le quepa duda de que lo haremos. Pero… Edgar Janot… ¿Quién es? ¿Qué es? ¿Qué fue? Su nombre verdadero es Ermak, ¿no es así?

—Ermak Kolitia. Un siberiano que servía en el Ejército ruso como sargento. ¿Se imagina?

—¡Un sargento ruso!

—Bueno… Digamos que Ermak Kolitia es uno de los que podríamos llamar resentidos o postergados. En cierta ocasión, se enteró de que un científico ruso estaba terminando un nuevo proyectil mortal…

—¿Las cápsulas del «Silencioso»?

—Exacto. Ermak Kolitia estuvo rondando al científico, esperando su oportunidad. Y la encontró. Pudo matar al científico, robarle la fórmula del contenido de la cápsula… Y desapareció. Durante tres años, la MVD lo estuvo buscando por todo el mundo, sin resultado. Mientras tanto, Ermak Kolitia se dedicaba a vivir, tras cortarse el cabello y haber alterado su rostro con algunas cicatrices…

—¡Pero no tiene ninguna!

—Los doctores del *Siberia* tuvieron su primer trabajo con el rostro de Ermak Kolitia. Ahora; su rostro no lo reconocería ni su propia madre.

—¿Y antes, mientras lo buscaba la MVD?

—Es muy listo. Mientras lo buscaban por todo el mundo, él supo esperar su momento, viviendo como un simple pastor en las llanuras altas de Mongolia. Hoy, en la organización, es el generalísimo de «Siberia»… Casi podría resultar divertido.

—Por lo menos, es interesante. Pero todo esto ha requerido mucho dinero… ¿De dónde lo ha sacado?

—Si se lo digo, no va a creerme.

—¿Por qué no?

—Pues… Durante una de sus escapadas a Alaska… ¿qué diría usted que encontró Ermak?

—No sé… ¿Oro?

—Platino. Durante seis meses, estuvo sacando platino, con sus propias manos, poco menos que puro. Luego, llegó el crudísimo invierno de hace tres años, y Ermak Kolitia abandonó la búsqueda hasta la temporada siguiente. Cuando volvió a la primavera siguiente, todo había quedado oculto baja un alud impresionante. Pero, como Ermak tenía ya suficiente platino para lo que quería emprender, se quedó tan tranquilo. Más adelante… Es decir: tenía pensado ir a intentar encontrar ese platino más adelante. Pero, mientras tanto, él ha conseguido ser «generalísimo».

—¿Está loco?

—Ni mucho menos. De sargento a general, de pobre soldado a generalísimo millonario, la diferencia es notable. Él jugó sus cartas, eso es todo.

—La MVD lo encontrará, tarde o temprano.

—Demasiado tarde, diría yo —sonrió Blayston—. Ya lo ha encontrado la CIA, ¿no es cierto?

—Es cierto —sonrió también Brigitte—. Usted parece conocerlo muy bien, Blayston.

—Fui su primer colaborador. Me buscó en Kenai, me habló de mis pesqueros… Cuando me di cuenta, era algo así como su socio, su brazo derecho. Y así están las cosas. Soy el segundo «generalísimo» de «Siberia», de toda la organización.

—¿Y realmente va a traicionarlos a todos?

—¿Está tratando de decirme algo especial? —Se amoscó Blayston.

—No… Supongo que, como siempre, cada uno lucha para sí

mismo.

—Esa es la cuestión. Y ahora, si le parece bien, podemos salir ya del *Siberia*. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Vamos a ponernos los tubos… Vaya hacia allí. La alcanzaré enseguida.

—¿Adónde va?

—Voy a llamar a Ermak, para decirle que todo está bien, que mañana iré a visitarlo y le explicaré cómo ha quedado todo solucionado. ¿La satisface eso?

—Si juega sucio, saldrá perdiendo, Blayston.

—Ya lo sé. Voy a jugar sucio…, pero con Ermak. De veras lo siento, pero yo soy antes que nadie. Empiece a ponerse el tubo y demás. No tardo ni cinco minutos.

Así fue. Brigitte ya estaba lista para salir a la cabina de expulsión, y Blayston se preparó rápidamente. Se quedó mirando el fusil «Silencioso» que la espía conservaba, y se lo quitó con una cortés sonrisa, astutamente, bajo la mirada de los tripulantes que les ayudarían a salir.

—Será mejor que deje esto aquí, señora Raysdale. Si se moja, no serviría de nada. Salgamos ya. Ha sido un placer mostrarle el submarino, ser su anfitrión en el *Siberia*.

Capítulo XIII

No hubo dificultad alguna durante la salida. Aparecieron los dos, entre los pesqueros, y Brigitte tomó la iniciativa, nadando hacia la lancha en la que ella había llegado tres horas antes. Por lo menos, el propietario la encontraría en el puerto, aunque fuese un lugar distinto al que tenía por costumbre.

—¿Nos cambiamos ahora…? —preguntó Blayston.

—No. Lo haremos en su factoría. Yo tengo allí mis ropas.

—Si alguien nos ve llegar…

—Nadie nos verá. Todavía faltan no menos de tres horas para que amanezca en estas latitudes. Yo llevaré la lancha. Ya la conozco.

—Como quiera.

Al principio habían brotado algunas luces de los pesqueros, pero se habían apagado pronto, posiblemente al ser reconocido Blayston. Dejaron allí la lancha de este, y Brigitte condujo la otra hacia el puerto de casas suspendidas sobre el agua. No tuvo la menor vacilación en cuanto a la dirección que debía seguir una vez en el pequeño puerto, a pesar de la similitud de la mayor parte de las factorías. La lancha se detuvo, por fin, junto al embarcadero.

Pero cuando Brigitte se disponía a amarrarla, Blayston le hizo señas negativas, empuñó de nuevo el remo, ya que la última parte del recorrido la habían efectuado por tan silencioso procedimiento, y empujó la lancha hasta debajo de la trampilla. Alzó el remo, empujó con fuerza, y notó la cesión del rectángulo de madera, que, de modo sorprendente, acabó de abrirse con toda facilidad, completamente.

Y una voz llegó desde arriba:

—Baby, ¿está usted bien? ¿Todo va bien?

—Todo bien, Simón. ¿Trajeron al capitán Cursam?

—Sí. Bueno, supongo que es él… Deme las manos.

Por el negro rectángulo aparecieron las grandes manos del espía, y Brigitte se aferró a ellas. Fue izada fácilmente, de un solo tirón al que ella colaboró con su agilidad.

El interior de la casa estaba a oscuras, pero se veía bien la silueta de Simón.

—¿Todo bien aquí, Simón?

—Sí. Todo muy bien. Muy bien.

—¿Y el amigo Hoper?

—Muy bien atado, esperando su triste destino.

—Veamos dónde ha dejado a Frankie… Encienda la luz, por favor.

—No me parece prudente…

—A estas horas, nadie se dará cuenta. Además, será solo por unos segundos. Quiero ver a Frankie.

—Está bien. ¿Qué ha pasado en el submarino?

—Luego se lo contaré.

Simón encendió la luz, justo en el momento en que Blayston conseguía rebasar la trampilla, sin ayuda.

Frank Minello estaba tendido sobre unos sacos con olor a pescado, sucios de arena y de escamas. Pero, ciertamente, no se podía habilitar allí nada mejor.

Brigitte le tomó el pulso, en la garganta. Por lo demás, Minello era, simplemente, un buzo, sin casco, completamente vendada la cabeza, como muerto… Pero no estaba muerto. Su pulso latía bien. Un tanto débilmente, pero en modo alguno lo bastante para alarmar a la espía.

—¿Está bien su amigo?

Alzó la cabeza y miró a Blayston, que se había colocado junto a ella. Simón permanecía apartado unos pasos, y no perdía de vista al lugarteniente de Ermak Kolitia, fija en él su clara mirada, implacable, casi con una expresión maligna.

—Está bien —asintió Brigitte—. Demasiado bien para los malos ratos que le han hecho pasar, Blayston. Está tan bien, que me pregunto si este hombre es realmente mi amigo.

—Puede quitarle los vendajes y comprobarlo —sonrió Blayston, como divertido.

—No será necesario tanto. Ayúdeme a sacarle una mano… Con mucho cuidado. Simón, consígame un trozo de cristal, ¿quiere?

Entre Brigitte y Blayston sacaron un brazo de Minello del equipo de buzo, de una sola pieza, guante impermeable incluido. Cuando vio los anchos hombros, la textura de la piel, el vello del tórax, Brigitte casi decidió no insistir, convencida. Conocía muy bien a su amigo Frankie. Habían nadado juntos muchas veces, habían tomado el sol… Aquel era su pecho, ancho, fuerte. Pero…

Simón había roto el cristal de una ventana, sujetándolo con un trozo de saco, de modo que apenas hubo ruido. Y como había comprendido ya lo que ella pensaba hacer, le entregó el trozo de cristal tras limpiarlo cuidadosamente.

Brigitte echó allí su aliento, y luego aplicó la yema del pulgar derecho de Minello en el cristal, marcando su huella dactilar con toda claridad. La examinó brevemente, y tiró el cristal a un lado.

—De acuerdo, Blayston.

Este la miraba sinceramente asombrado.

—Es usted una dama ingeniosa y astuta, Baby. De veras.

—Me lo han dicho muchas veces, pero gracias. ¿Tenernos amigos en Kenai, Simón?

—Por supuesto. Aunque solamente dos.

—Suficientes. Llámelos por la radio de bolsillo y…

Simón estaba moviendo negativamente la cabeza:

—Ya lo he hecho. Y no contestan. Lo siento, pero tendremos que arreglárnoslas solos.

—Precisamente cuando más colaboración necesitamos… No podremos ir muy de prisa con Frankie en este estado. ¿Tampoco disponemos de un helicóptero?

—Sí. Pero es muy pequeño. No soportaría el peso de los cinco.

—Podemos… dejarnos aquí a Hoper —sugirió Blayston.

—¿Dejarlo aquí?

—Bueno… Previo cierto requisito de… seguridad, se entiende, amigo Simón.

—No soy su amigo. ¿Está sugiriendo que matemos a Hoper?

—Pues… Es una idea como otra cualquiera, ¿no le parece? Lo importante es escapar de aquí cuanto, antes.

—¿Por qué tanta prisa? —se sorprendió Brigitte—. Somos nosotros, la CIA, y no usted, quien debemos tener prisa en llegar a Foxhole Blue Cavern. Sin embargo, puesto que usted tranquilizó a Ermak Kolitia, podemos movernos sin esa prisa que a veces lo

estropea todo.

—Era solo una idea —refunfuñó Blayston.

Tendido en el suelo, sólidamente atado, Hoper lo miraba con clara expresión de odio, todavía pálido por la impresión recibida al oír la «sugerencia» de Blayston para no cargar con tanto pesa el helicóptero.

—Pues no se acepta la idea. Yo misma mataría a Hoper si fuera necesario, pero, a mi manera, le estoy agradecida. Soy siempre muy imparcial en mis castigos y en mis premios, Blayston.

—Está bien, está bien… Sea como sea, marchémonos ya, si no tienen inconveniente.

Brigitte se quedó mirándolo fijamente. ¿Qué pasaba allí? Algo sucio, desde luego. Algo que no iba bien; de un modo u otro había una trampa tendida en alguna parte. ¿O eran imaginaciones suyas? Miró a Simón y le vio impávido, casi indiferente, sin apenas hacer el menor caso de Blayston, ahora. Era como si lo hubiese olvidado, a pesar de saber muy bien que Blayston estaba armado.

—Ningún inconveniente —susurró Brigitte—. Yo ayudaré a Hoper a salir de aquí, hacia su coche, Blayston. Usted y Simón llevarán a mi amigo, con cuidado, por favor.

—Sí. Ahora… Oh, debo recoger algo arriba, en el despacho… Señaló el altillo.

Brigitte miró hacia allí y frunció el ceño.

—¿Qué tiene que recoger?

—Algo… personal.

—Blayston, estoy notando algo… raro en el ambiente. Si usted no me dice lo que va a recoger, no subirá a ese lugar.

Martin Blayston compuso una mueca agria.

—De acuerdo. Tengo ahí arriba un millón de dólares, escondidos. Es el dinero que me dieron los dos africanos, por el pago adelantado del alquiler de diez comandantes y diez «Silenciosos». ¿Satisfecha?

—A medias. Suba con él, Simón.

—¿Para qué? —protestó el espía—. Es evidente que Blayston no está mintiendo, Baby. Que suba él solo a esa especie de jaula. Y dese prisa, Blayston.

—A toda máquina —sonrió este.

Se dirigió a la escalera de madera que ascendía hasta el altillo

donde estaba montado el despacho, mientras Brigitte, no poco sorprendida, estudiaba atentamente el rostro de Simón, que se limitó a sonreírle vagamente. Y sin saber por qué, Baby Montfort abrió un poco su traje de goma y tocó con dos deditos la culata de su pistola. Tenía la impresión de ir a necesitarla. Y de pronto lo comprendió: Simón estaba mintiendo. Pero… ¿en qué?

Arriba, Martin Blayston recogió de entre dos tablas de la pared el paquete que contenía el millón de dólares, en efecto. Pero, además, tras sacar este paquete del agujero, metió la mano más adentro, hasta alcanzar lo que buscaba. Cuando retiró la mano, había una granada en ella.

¿Con quién creían aquellos estúpidos de la CIA que estaban jugando? ¿Con un desdichado? Naturalmente, todo estaba perdido para la organización, y él lo sabía muy bien. Pero si mataba a aquella gente que había abajo, tendría el camino libre para escapar. Y nadie quedaría tras él para perseguirlo, ya que creerían que también habría muerto…

¿Pacto con la CIA? Posible, pero peligroso e incierto. En cambio, jugando a su manera, sabía que podía escapar con un millón de dólares, sin más complicaciones. Y así lo había planeado todo. Nadie quedaría tras él… Y los que quedasen, creerían que el personaje Martin Blayston había muerto, de modo que jamás sería buscado por nadie. Con estas perspectivas, y un millón de dólares en su poder, la vida podía resultar muy placentera.

Sonriendo siniestramente, dio un tirón suavísimo a la lengüeta que sobresalía de la parte superior de la granada.

Dio un par de pasos, la tiró por encima de la barandilla, y se lanzó a un rincón, encogiéndose cuanto pudo, protegiendo su cabeza con los brazos…

Abajo, se oyó claramente el sordo golpe de la granada contra las tablas del piso. Y eso fue todo.

Tras unos segundos de estupefacta inmovilidad, Blayston empezó a apartar los brazos de sobre su cabeza. Acabó por sentarse… y lanzó un respingo de espanto al ver al final de la escalera a Simón, con la mano izquierda alzada, sujetando algo muy pequeño entre dos dedos.

—Sabía que jugaría sucio, quienquiera que fuese. Y sin esto, Blayston, la granada no podía funcionar. ¿Nos vamos? Ah, yo me

haré cargo del millón de dólares que encontré antes. ¿Por favor?

Martin Blayston empezó a ponerse en pie… Y, de pronto, lanzó un grito de rabia, soltó el paquete con el dinero y llevó su mano a la pistola…

Plop.

Plop.

Recibió los dos balazos en pleno corazón. Cayó de nuevo sentado, y quedó apoyado en el rincón, abiertos los ojos, crispado el rostro con su última expresión de rabia, de furia… Simón se acercó, recogió el paquete con el dinero y volvió abajo, como si nada hubiera ocurrido. Se detuvo delante de Brigitte, sonriendo mordazmente.

—¿La ayudo a cambiarse, o piensa salir de aquí así?

—Me cambiaré —sonrió Brigitte.

—¿Le importa que mientras tanto llame a nuestros compañeros?

—En absoluto, Simón.

—Es usted una mujer de cuerpo entero —volvió a sonreír Simón, ahora alegremente—. Eso es… evidente.

Mientras Brigitte volvía a ponerse sus ropas, Simón sacó la radio de bolsillo y efectuó la llamada. Y solamente dijo:

—En marcha todo.

Todavía estaba Brigitte poniéndose sus ropas cuando aparecieron cuatro hombres, que tras mirarla y sonreír maliciosamente, se dedicaron a sacar a Minello y a Hoper de la casa sobre el mar. Simón se acercó a la espía, y le cerró la cremallera de la espalda, ultimando así el tocado femenino.

—Hay dos helicópteros esperando —explicó—. Dejaremos al capitán Cursam en Anchorage; y de allá será llevado a Nueva York, en vuelo directo y privado, donde lo recibirá su jefe de aquel sector, ese al que usted llama «tío Charlie», según se me comunicó para la clave de presentación. Hoper será llevado con él, y de allá supongo que inmediatamente a Washington, donde, a menos que colabore, pasará muy malos ratos. En cuanto a nosotros, seis en total, supongo que deberemos viajar en los dos helicópteros hacia Foxhole Blue Cavern en cuanto dejemos al capitán Cursam en Anchorage. Aunque… Bien pensado, parece que sería mejor que Hoper viniera con nosotros, para llevarnos directamente a esa caverna sobre la cual hemos estado conversando. Disponemos de poco más de dos

horas antes de que amanezca. ¿Alguna sugerencia, Baby?

—Solo una observación —sonrió ella—: es usted muy eficaz, Simón.

—Con usted no hay más remedio que navegar a toda vela, querida. Además, no iba a estar tres horas aquí sin hacer nada, de modo que me dediqué a fisgonear por todos los rincones…

Uno de los agentes de la CIA requeridos por Simón apareció en la puerta.

—Todo listo. ¿Dispuestos?

—Dispuestos —rio Brigitte.

Se cogió del brazo de Simón y salieron los dos de la casa… En pocos segundos se encontraron dentro de uno de los coches, con Frank Minello entre ambos. Hoper iba en el otro auto, con los otros tres espías, bien custodiado, ciertamente.

Los coches se pusieron en marcha, alejándose del puerto, hacia donde les estaban esperando los helicópteros.

Y estaban saliendo ya de Kenai cuando, hacia el mar, hubo un vivísimo resplandor. Un resplandor de varios colores, con abundantes zonas blancas, brillando la espuma en la negra noche estrellada. Fue una tromba gigantesca de agua, que se alzó, que debió de caer luego sobre los pesqueros ya escorados por la explosión submarina… Como una bola de colores, con predominio del blanco y del rojo, lanzando hacia la costa, desde dos millas de distancia, el resplandor breve de la explosión.

Un tanto alterado, Simón recurrió de nuevo a su radio de bolsillo.

—Mike, ¿me estás oyendo todavía?

—Alcanza la onda. ¿Vas a contarme lo de la explosión?

—¿La has visto?

—Claro.

—Bien… Vuelve a llamar, advirtiendo del hecho; que fuercen las máquinas nuestros submarinos de la Navy. Quizás… haya quedado algún superviviente.

—Lo dudo. Esa carga explosiva con mecanismo de tiempo ha sido algo serio. Ten en cuenta que la hemos visto desde más allá de dos millas como si la tuviéramos delante de las narices. Paso aviso a la Navy con la radio central. De todos modos, si van por superficie o periscopio fuera, ya la habrán visto, posiblemente. ¿Algo más?

—Nada más.

—Bien… Parece que el submarino y los pesqueros no han podido… escapar. A ver qué me cuentas luego de esa Faxhole Blue Cavern.

—Hasta luego, Mike.

—Suerte.

Simón guardó la radio y se quedó mirando hacia el mar, donde se veía ahora un resplandor más grande y uniforme, más estático.

—Parece… que Martin Blayston tenía sus propios proyectos, ¿no es cierto? Quería volar el submarino, matarnos a nosotros… Se le habría dado también por muerto, y con un millón de dólares no le habría sido difícil darse la gran vida en cualquier parte de este ancho mundo. Un hombre muy prevenido.

—Sí —musitó Brigitte—. Muy prevenido. Pero todavía no he visto jamás que los canallas de su envergadura tengan suerte, al final. Vamos a Foxhole Blue Cavern, Simón.

—A la orden.

Capítulo XIV

En un profundo rincón de las montañas, en una de las cavernas desconocidas de Alaska, Ermak Kolitia, el falso canadiense Edgar Janot, se detuvo nuevamente junto a la radio de potentes baterías, en la cual su hombre de confianza, Grom, intentaba conseguir alguna comunicación.

—¿Nada, Grom?

—Nada, señor Janot. No contesta nadie.

El siberiano Kolitia miró su reloj y frunció el ceño.

—Aún falta una hora para que amanezca —susurró—. Pero creo que no vamos a esperar hasta entonces, Grom. Nos vamos.

—Como usted diga.

Grom se puso en pie y salió de la cueva de la radio, en pos de Kolitia, que parecía aún más gigantesco en aquel lugar cerrado, de pasillos naturales tan estrechos y bajos en ocasiones que el gigantesco siberiano tenía que inclinarse y pasar de lado. En menos de un minuto, llegaron a otro agujero en la roca, que estaba tapado por una solidísima puerta. Kolitia la abrió con su llave, entró y señaló a su alrededor.

—Destrúyelo todo. Yo me ocuparé de la fórmula de las cápsulas y de todas las que tengamos en existencia… ¿Estás seguro que recogiste todas las cápsulas y los fusiles a los comandantes y subalternos?

—Sí, señor… Lo coloqué todo en el horno, tal como usted me indicó. Bueno, excepto mi fusil…

—Consérvalo, de momento. Pero ten cuidado. Si fuesen a atraparte, abre la culata, que se rompan las ampollas… Nadie tiene que conocer esta fórmula. Rompe todos los instrumentos y frascos. Lo que no se pueda romper, destruir totalmente, mételo en el horno donde fabricamos el gas.

—Sí, señor…

Grom empezó a romper aparatos y recipientes de cristal, y a tirar dentro del horno lo que no podía ser destruido a mano. En pocos segundos, el laboratorio quedó completamente destrozado, arrasado. Mientras tanto, Ermak Kolitia había sacado varias bandejas de un pequeño y estrecho hueco en la roca. Bandejas que contenían no menos de tres docenas de cápsulas cada una. Y todas fueron a parar al horno, cuidadosamente transportadas por el sargento siberiano traidor y desertor del Ejército ruso.

Lo último que fue a parar al horno fue la fórmula del líquido y el gas que contenían las cápsulas.

—Quizá debería llevársela, señor Janot. Si salimos de esta, podríamos empezar en otro lugar.

—De eso no te quepa duda. Allá donde vaya, Grom, seguiré siendo el generalísimo, con cientos de comandantes a mis órdenes… Sí, volveremos a empezar, de eso puedes estar seguro. En cuanto a la fórmula, debí destruirla hace ya tiempo, puesto que la sé de memoria.

—¿Sabe… todo eso… de memoria? —exclamó Grom.

—He tenido cinco años para estudiarla. Y ya hace medio año que la sé. Pero siempre he querido asegurarme más, y más… Ahora, ya no la necesito para nada. Enciende el horno y vámonos.

Salían del laboratorio cinco minutos más tarde, ya un poco impaciente Ermak Kolitia, pero firme en su puesto hasta asegurarse de que todo se hacía según sus deseos.

En un minuto dejaron atrás aquellas estrechas galerías naturales, y aparecieron en una gran explanada abovedada; el techo tenía allí no menos de cuarenta pies de altura. Y las dimensiones de la gruta no eran inferiores a los quinientos pies de diámetro. Arrimadas a las paredes se veían ametralladoras, blancos montados sobre soportes con ruedas, cuchillos, sables, bayonetas. Un trozo de pared, alisado y pintado de negro, servía de gran pizarra, en la cual se veían las piezas de un moderno cañón, desmontado, pintado con tiza amarilla. Había pequeños parapetos de estacas, de sacos terreros, de alambradas… Pequeñas fortificaciones con veinte pies de espesísimas alambradas de púas delante, puentes colgantes, simples cuerdas que iban de un lado a otro en cualquier rincón del desigual reducto, sujetas a la pared por medio de fuertes ganchos de hierro hincados en la roca… Soportes de troncos de los cuales colgaban

muñecos que habían sido perforados mil veces por balas y por bayonetas, zarandeados por sables, destripados por cuchillos… Había muy poca luz en aquellos momentos, porque no entraba por algunas grietas del techo la claridad del día, y las bombillas eran escasas, para no forzar los generadores subterráneos a un consumo excesivo de energía.

Al pasar, Grom golpeó uno de los muñecos colgantes.

—¿Qué hacemos con los esquimales? —preguntó.

—Déjalos. Déjalos a todos, Grom. No tenemos que molestarnos en arreglar las cosas… de uno en uno. Lástima… Había esta vez un esquimal que quizás hubiera podido presentarle pelea al comandante ruso. ¿Estás seguro de que mide casi seis pies?

—Sí, señor. Y parece bastante fuerte.

—Bueno… Pasaremos a verlo, de salida.

Abandonaron el gran patio de armas y entrenamiento, saliendo a un corredor desigualmente amplío, con techo de diversas alturas, ondulante. Apenas a treinta yardas de la entrada al campo de entrenamiento, se veía otra solidísima puerta, fijada a la roca por grandes bisagras. Grom movió el interruptor, que estaba en el exterior, y luego quitó el cerrojo que sujetaba la compuerta de vigilancia, a la altura de la cabeza de un hombre corriente. Ermak Kolitia tuvo que inclinarse un poco para poder mirar.

Dentro, una docena de esquimales habían alzado la cabeza, y sus impávidos ojos se fijaron en aquel agresivo, ceñudo, hosco rostro que apareció al otro lado, entre los tres barrotes. La fría mirada del siberiano cayó sobre aquel esquimal de sorprendente estatura, y aprobó con un gesto.

—Lástima —susurró.

Estaban todos sujetos a la pared por medio de grilletes que se cerraban en sus tobillos. Parecían muy asustados, pero no dijeron nada. Habían perdido ya toda esperanza, desde que fueron capturados por la patrulla especial de Kolitia. Y seguramente no tenían una idea exacta de lo que les esperaba.

Kolitia cerró violentamente el ventanuco.

—Son mansos pingüinos —gruñó despectivamente—. Casi me dan ganas de llevárselos a los perros, en vivo, antes de que los comandantes se entrenen a matar con ellos.

Siguieron adelante. Unas cien yardas más allá había otra puerta

idéntica, delante de la cual había un hombre, con pantalones y jersey; negros los primeros, amarillo el segundo. Llevaba una pistola enorme en la funda sobaquera, colocada por medio de los atalajes encima del jersey.

—¿Todo bien, Surlaville? —preguntó Kolitia.

—Sí, general.

—¿Descansan los comandantes?

—Sí, general.

—Magnífico. Hasta mañana, Surlaville.

—A sus órdenes, general.

Kolitia y Grom se alejaron, sonriendo ceñudamente el primero.

Había más cavernas a los lados del tortuoso pasillo rocoso. Se veían en ellas aparatos de recreo como billares, ping pong, *bowling*… Ningún juego o recreo estático, o sea, lo opuesto a lo que había contenido el submarino. Todo era de acción, en Foxhole Blue Cavern. Había provisiones, municiones, gimnasio, duchas, una pequeña piscina cuya agua brotaba de la roca, y que debía de tener un grado de frialdad escalofriante…

—Es lástima destruir todo esto, Grom.

—Sí, señor. Pero sería mucho peor querer conservarlo en estas circunstancias.

Quedaba ya muy poco pasadizo por recorrer. En un par de minutos, salieron al aire libre, por una estrechísima grieta que, como siempre, obligó a Ermak Kolitia a mover el enorme peñasco que la ocultaba poco menos que completamente.

—¿Escaparemos en el helicóptero?

—Es más rápido, y ofrece muchos más caminos. Hay que recurrir a él, desde luego. Vamos al detonador. Es lamentable, pero cuando la señora Raysdale y sus… compañeros, sean quienes sean estos, lleguen aquí, solo encontrarán una montaña hundida y, dentro, unas docenas de cadáveres…

Estaban deslizándose por un lado de la montaña cuando empezaron a oír el zumbido de los motores, lejos. Durante cuatro o cinco segundos, los dos quedaran inmóviles, hasta que Grom musitó:

—Motores… ¡Son helicópteros! ¡Y están acercándose! Miraban los dos hacia arriba, pero solo podían ver las estrellas y la negra noche, que tenía un ligerísimo tono gris del amanecer. Un viento

frío, y henchido de gotas de lluvia azotaba la montaña, llegando desde los altos picos de los Montes Chugach.

—Quizá sean de los nuestros…

—No, Grom. Habrían avisado de su llegada, o habrían contestado a nuestras llamadas… Sigamos.

Los dos helicópteros aparecieron muy pronto, como brillantes siluetas suspendidas, blanco el resplandor de las aspas a la luz de las estrellas. Su maniobra de descenso precisamente hacia la entrada a la Foxhole Blue Cavern fue clarísima, hasta el punto de que Kolitia comentó fríamente:

—Alguno de los nuestros está colaborando con ellos. Pero la traición está al alcance de todos. Él también morirá… Y todos los que entren en la caverna.

Los helicópteros descendieron tanto que desaparecieron de su vista. Iban al pie de la montaña, debajo mismo de la grieta de entrada. Y casi en el otro lado de la montaña, Ermak Kolitia quitó un grueso peñasco y señaló el hueco, en el cual se veía una gran palanca de conexión.

—Van a morir todos, Grom. Esperarás a que…

—¿Yo? —Tembló la voz de Grom—. ¿Yo solo?

—Sabes muy bien cómo funciona esto —gruñó Kolitia—. Cuando bajes la palanca, dispondrás todavía de un minuto para escapar…

—¡Pero no hay tiempo! —gritó Grom.

—¡Hay tiempo! Y te diré por qué. Yo voy a bajar a por nuestro helicóptero, lo pondré en marcha, y vendré a recogerte. Ya estarán todos dentro de la caverna… Cuando me veas por encima de ti, baja la palanca. Yo descenderé, con una cuerda colgando. Solo tienes que sujetarte a ella, y nos iremos de aquí. ¿Qué dificultad ves en esto?

—No sé… ¡No me gusta! ¡Es muy peligroso!

—Grom, tienes que entenderlo: si nos vamos los dos aquí a la vez, juntos, no podemos utilizar la palanca. Entonces, van a quedar vivos todos, apresarán a los nuestros, lo sabrán todo, todo… ¡Tienes que hacerlo!

—Está bien. Lo haré… Pero cuando ya tenga atada a la cintura la cuerda que usted me proporcione.

—De acuerdo.

El siberiano se deslizó rápidamente montaña ahajo, hacia el escondrijo del helicóptero. Y fue en ese momento cuando se dio cuenta de que ya no se oían los motores de los dos helicópteros recién llegados. Se habían detenido ya. De un momento a otro escalarían fácilmente la montaña, llegarían a la grieta, entrarían en la caverna… Y entonces Grom tiraría de la palanca.

Una sonrisa siniestra apareció en las agrias facciones de Ermak Kolitia, mientras continuaba el descenso, lanzado a toda velocidad, arrancando arbustos, ramas, deslizando piedras montaña abajo, tropezando, oscilando…, pero siempre erguido, como uno de aquellos gigantescos abetos.

En cuanto a Grom… Oh, sí, le bajaría la cuerda, dejaría que se la atase bien a la cintura, y que tirase de la palanca. Luego, se lo llevaría, alto, muy alto…, y entonces cortaría la cuerda.

* * *

Arriba, muy cerca de la palanca, Grom escuchaba atentamente, buscando un ruido en el silencio de la noche, absoluto desde que habían dejado de oírse los dos helicópteros.

Pero no oyó ningún ruido, nada. El silencio… Hasta un minuto después, en que oyó, con fuerza, la llegada de un helicóptero. Se apartó de la roca, mirando hacia arriba… En efecto. El helicóptero estaba ascendiendo verticalmente, a toda prisa. Y por la abierta portezuela colgaba una gruesa cuerda.

Excitado, inquieto, Grom se volvió hacia la palanca. El ruido producido por el helicóptero le impedía oír otra cosa, pero sí vio algo, a su derecha y un poco abajo, que le obligó a lanzar un grito de sobresalto… Estaba seguro de que había entrevisto, entre los matorrales, la cabeza de un hombre…

Sin pensarlo dos veces, alzó el fusil y disparó hacia allí. Brotó el fogonazo rosado, anaranjada, quizás… Y entre los arbustos brotó otro, un grito de espanto truncado.

Grom alzó la cabeza hacia el helicóptero, y lanzó un chillido cuando lo vio alejándose. No podía comprender que tras ver los fogonazos Kolitia comprendiera que era peligroso acercarse… Solo podía comprender que le abandonaba allí…

—¡Señor Janot! —aulló, alzando el fusil de tubo de aluminio—.

¡Maldito sea, señor Janot, vuel…!

Plop.

Recibió el golpecito en el pecho, y cayó sentado en la pendiente, como atontado. Giró de cintura, hacia la palanca… Ahora sí lo comprendía todo, en un instante: lo iban a matar. Iba a morir. Pero no moriría solo, no…

Plop.

Recibió ahora el golpecito en la espalda, cuando se estaba incorporando para intentar alcanzar la palanca… Pareció a punto de derrumbarse, pero se agarró frenéticamente a la roca con una mano, alzando de nuevo la otra…

Plop.

Esta vez, la diminuta bala dio en la cabeza de Grom… Y eso fue todo.

Brigitte apareció, sujetándose a unas matas precariamente, mirando hacia el helicóptero que se alejaba. Se dejó resbalar, hasta llegar donde yacía Ira Hoper, con Simón, que había dejado ya de auscultarlo.

—Muerto, claro —musitó Brigitte—. Casi lo lamento, Simón… Se portó bien, a última hora.

—¿Se portó bien? —Gruñó Simón—. Nos hizo una proposición, y la aceptamos: nuestras vidas a cambio de su libertad. Él sabía que intentarían volar la caverna, y jugó con esto a su favor. Si no le hubiesen matado, habría quedado libre. Jugó su carta… y perdió. Es todo. ¿Ha visto el dispositivo?

—Vagamente. Es mejor que usted se encargue de desconectarlo, Simón… Por si acaso.

—Bien.

—Yo voy abajo.

—¿Abajo? ¿Para qué?

—En ese helicóptero va Ermak Kolitia. Lo alcanzaré. Y le voy a dar un jarabe que él mismo ha inventado.

Alzó el fusil que había escapado de las manos de Grom. Abrió la culata y frunció el ceño.

—Solo queda una cápsula… Tendré suficiente.

—Iré con usted…

—No. Desconecte eso. Luego, reúnase con los demás, y espere la llegada de las fuerzas militares que están en camino. Yo me ocuparé

de Ermak Kolitia.

—Eso… es muy peligroso, Baby.

En la oscuridad ya con aquel tono gris, Simón vio la seca sonrisa de la espía. Y sin esperar la respuesta, se deslizó montaña abajo.

Dos minutos después, volaba hacia Foxhole Blue.

* * *

Y por si acaso, tras ver el helicóptero de Ermak Kolitia detenido en la explanada, aterrizó fuera de la alambrada, de modo que si los perros estaban sueltos tendría como defensa la propia alambrada. Se acercó a esta, mirando hacia la casa, que se veía a oscuras completamente.

Pero, desde luego, el siberiano tenía que estar allí. Habría ido a recoger algo; esencialmente, dinero. Y como los blancos perros salvajes estaban en su jaula, Brigitte tiró por encima de la alambrada el fusil, y luego, introduciendo los deditos entre los alambres, inició la ascensión, introduciendo las puntas de sus zapatos entre los alambres, de modo que la ascensión no fue demasiado difícil. Se dejó caer al otro lado, entre dos de los grupos de cinco jaulas. Recogió el fusil y se quedó mirando unos segundos los fosforescentes ojos de algunas de las zorras, que debían mirarla expectantes, curiosas, alerta…

—Sssttt —sonrió Brigitte, llevándose un dedito a los labios—. Nada de escándalos ahora, queridos.

Pero los perros empezaron a ladrar furiosamente, lanzándose contra la alambrada de su jaula. Los doce perros salvajes que se quedarían sin su ración de esquimal. Y, desde luego, sin su ración de espía, por poco que ella pudiera.

Se estremeció al pensar esto, y continuó hacia la casa, inclinándose. Los perros la estaban delatando, desde luego. Pero una cosa era que Kolitia supiera que alguien había llegado, y otra cosa que supiera dónde estaba ese alguien. Por tanto, en aquellos momentos debía de estar agazapado dentro de la casa, esperando localizarla, para disparar quizá con un rifle, o uno de aquellos fusiles que disparaban ampollas…

Los perros ladraban cada vez más furiosamente. Y como Brigitte se iba acercando más y más a su jaula, los ladridos parecían

perforar toda su cabeza, de una a otra oreja. Veía brillar los colmillos, los ojos, como carbones encendidos… Los lomos arqueados, el áspero pelaje tieso… En su opinión, Kolitia había cometido un error al no soltar a aquellas fieras. De haberlo hecho, nadie podría haber entrado allí, y él habría llegado tranquilamente hasta el helicóptero que esperaba muy cerca de la casa.

Un error que el siberiano iba a pagar muy caro.

Mas… ¿realmente había cometido un error Ermak Kolitia? ¿No era ella quien lo estaba cometiendo?

Dejó de oírlo todo: los ladridos de los perros, los aullidos de las excitadas zorras… Todo. En aquel momento, Brigitte Montfort, alias Baby, solo estaba capacitada para ver… Para ver aquella cuerda sujeta al cerrojo de la jaula de los perros. La cuerda rodeaba la jaula, y se alejaba, en dirección a la casa… Luego, parecía que terminaba la cuerda, pero… Pero no. Había otra, más delgada, que estaba anudada a la primera, y…

Súbitamente, la espía tuvo un escalofrío tan intenso que notó cómo todos sus cabellos se erizaban debido al más puro espanto, al miedo más total y absoluto que jamás hubiera sentido. Y cuando estaba así, paralizada completamente, la cuerda gruesa empezó a tensarse, quedó al fin completamente recta, se oyó un chasquido metálico…

Brigitte lanzó un tembloroso alarido, dio la vuelta y echó a correr, en dirección opuesta a la jaula de los perros salvajes, y llevando tras ella, a menos de diez yardas, la docena de aullantes animales. En un solo segundo, la espía internacional pensó mil cosas diferentes: volverse y disparar, seguir corriendo, intentar escalar las enrejadas puertas de las zorreras familiares, echarse a volar, caer al suelo y darse por vencida…

Y de pronto, en ese mismo segundo, la solución. Su última oportunidad.

Asió el cerrojo de la zorrera que tenía a su derecha en aquel momento y dio un tirón hacia la derecha. Oyó el chasquido metálico al descorrerse la barra de hierro, abrió de un tirón, se colocó al otro lado de la puerta… y dos de los perros se estrellaron contra la reja, rebotando en los alambres, rugiendo furiosamente, cayendo sobre los demás, que llegaban en hambriento tropel, formando la más espantosa jauría de caza humana.

Saltó hacia el interior de la jaula, llevando la puerta con ella, desesperadamente. Solo tenía que encajarla, y el pestillo cerraría automáticamente, de golpe… Y no fue así. Entre la puerta y el montante metálico quedó un espacio de unas ocho pulgadas. Es decir, justo el tamaño de la cabezota de uno de los perros, prensada allí, casi a ras del suelo, rugiendo como un auténtico demonio, fijos los ardientes ojos en la presa que, por segunda vez, quería escapar a sus colmillos. Brigitte dio un fuerte tirón, queriendo romper el cuello del animal, pero, evidentemente, eso era mucho más difícil de lo que parecía, en aquellas condiciones. Sus dedos se crispaban en los alambres, atrayendo la puerta con fuerza, Aunque tuviese que decapitar a aquel animal, ella cerraría la puerta…

Pero los demás perros estaban saltando hacia sus dedos, que sobresalían por el otro lado, crispados en los alambres. En cualquier momento, una de aquellas dentelladas podía arrancarle la mitad, de algunos dedos, llevarse toda la parte que sobresalía.

Apurando al máximo su última oportunidad, abrió un par de pulgadas más la puerta, y cuando el perro intentaba penetrar, le golpeó con un pie en plena boca, tirándolo fuera… y dejando entre las brillantes fauces el zapato.

La puerta se cerró, y la espía internacional más astuta, eficaz y valiente del mundo cayó sentada, temblando, con las manos en el rostro, gimiendo…

—Dios… Dios mío…

Los perros seguían aullando fuera, locos de rabia. En las zorreras se había organizado un tremolante concierto de pavor. Era muy fácil comprender en aquellos momentos el espanto que las zorras sentían hacia los perros salvajes como aquellos.

Apartó las manos del rostro, al fin. Y lo primero que vio ante ella fue los relucientes ojos de la zorra madre de la jaula, y los agudísimos dientes, la cola tiesa…

—Oh, no… Vosotras no —gimió Baby—. Vosotras no…

Pero, afortunadamente, la zorra parecía haber adoptado solamente una actitud defensiva hacia su cubil. Tapaba el camino hacia este, y permanecía inmóvil, fijos sus brillantes ojos en la intrusa. Solo eso.

Por entre el electrizante concierto de ladridos, llegó hasta Brigitte el sonido de un motor. Se puso en pie y miró hacia donde

estaba el helicóptero de Ermak Kolitia. Y vio a este, tranquilamente sentado ante los mandos, mirando hacia allí… Se veía todo como manchas iluminadas en gris y blancoazulado.

Estaba llegando el día.

Y mientras llegaba el día, Ermak Kolitia se iría. ¿Adónde? ¿En qué nuevo lugar del mundo reanudaría sus actividades?

No había sido tonto, no… La tonta había sido ella. Él había atado la cuerda al cerrojo de la jaula de los perros, había entrado en la casa, había recogido lo que le interesaba de allí y, en lugar de marcharse llevándola a la cola del helicóptero, la había esperado. A ella y a quien fuera. Luego, había soltado los perros, y ahora, tranquilamente, se disponía a marchar. No se acercaría a tiro de pistola, no… No buscaba pelea. Solo la fuga.

—Pues no vas a conseguirlo…

Brigitte recogió el fusil, se lo metió dentro del vestido y se aferró a la alambrada que separaba aquella jaula de otra. Cuando llegó arriba, el helicóptero estaba ya a unos veinte pies del suelo, elevándose verticalmente.

Sin importarle la dolorosa postura en aquella estrechísima barra metálica, la espía se sentó esforzándose en conservar el equilibrio. Alzó el fusil y, ya a más de trescientos pies de ella, vio la cabezota de Ermak Kolitia justo en el centro de la cruz de la mira telescópica… Entonces, apretó el gatillo.

El fogonazo que brotó ante ella la cegó momentáneamente. Pero no hasta el punto de impedirle ver el otro fogonazo, allá en el helicóptero.

Y en el acto, el aparato pareció sacudido, como pluma al viento. Se elevó, se ladeó, y de pronto cayó, girando, rugiendo sus motores… lanzado en pos del hombre que había saltado por una de las puertas, como un muñeco, inerte.

El primero en llegar a tierra fue Ermak Kolitia. Y casi enseguida el helicóptero, que crujió, rotas dos aspas, aplastada la cola, hundido el vientre… Las dos aspas enteras todavía giraron unos segundos, chirriando, por encima de Kolitia. Por fin, todo quedó inmóvil en la zona de aterrizaje de la Foxhole Blue.

Y entonces los perros salieron disparados hacia allá, rugiendo sin cesar, siempre al descubierto los enormes colmillos.

—No —musitó Brigitte—. ¡No, no…!

Pero los perros se abalanzaron sobre el cadáver de Ermak Kolitia, y empezaron a utilizar sus dientes con la implacable fuerza del hambre, de la furia… En tres segundos, los morros se tiñeron de rojo. Solo tres segundos, porque el helicóptero, de pronto, estalló en un surtidor rojo, negro y morado, reventado por todas partes, lanzando a los doce perros, despedazados, en todas direcciones…

La onda expansiva, ardiente, llegó hasta la espía, como un golpe abrasador, empujándola, tirándola hacia atrás. Para no romperse la cabeza o la espalda en la caída, tuvo que soltar el fusil y llevar las manos a toda prisa hacia la barra que remataba la alambrada. Quedó sujeta allí, y luego, teñida del color rojo del incendio, se dejó caer al suelo. Hubo otra explosión, más pequeña, menos violenta, y de nuevo todo tomó aquel color cárdeno.

Por fin, el helicóptero se fue consumiendo, lentamente, envuelto en llamas…, mientras en el cielo aparecía otro, llegando a toda velocidad. Aterrizó junto al de Brigitte, y dos hombres saltaron de él, corriendo hacia la verja alta, que saltaron sin ningún miramiento. Uno de ellos corrió hacia la casa, y el otro hacia el helicóptero que ardía ahora mansamente.

Estuvo mirando allí unos segundos, acercándose al máximo. Para buscar algo… que no encontró. Luego, corrió hacia la casa, reuniéndose con el otro.

A los pocos segundos, aparecían los dos, pistola en mano, mirando hacia todos lados. El más alto señaló hacia los barracones, y el otro echó a correr hacia allí, mientras él corría hacia la jaula de los perros y las zorreras, gritando:

—*¡Baby! ¡BABYYY…! ¡BABYYYYYY…!*

Y todo esto sin dejar de correr, hasta que, de pronto, cuando pasaba junto a la zorrera, se detuvo en seco, se acercó luego lentamente a la puerta, y apoyó la frente en los alambres, fijos sus ojos un tanto desorbitados en la asombrada espía.

—¿Me está buscando, Simón?

—Oh, no, no… Pasaba por aquí por casualidad, y me dije que quizá la vería, para saludarla.

—Ah… ¿Y por qué grita tanto?

—Bueno… Pues no sé… Es una fea costumbre que tengo.

—Debe corregirse, Simón. Y ahora, si se aparta, podré abrir la puerta y salir.

—¿Cómo no?

Brigitte salió, mientras Simón recogía su desgarrado zapato, y se inclinaba ante ella.

—¿Me permite, Cenicienta?

Le puso el zapatito, se incorporó y se quedó mirando al otro agente de la CIA, que llegaba corriendo. Se detuvo ante ellos, miró a Brigitte, frunció el ceño y miró a Simón.

—Yo diría que está aquí, ¿no?

—Emmm… Sí. Está aquí.

—Vaya… Qué bien.

—Sí. Es una suerte.

—¿Qué hacía? ¿Acaso no nos vio llegar como locos para buscarla…?

—Me parece que estaba departiendo con una familia de zorras. Y es de mala educación dejar con la palabra en la boca a quien nos permite entrar en su casa… ¿No es eso, Baby?

—Más o menos —sonrió la espía—. ¿Llegaron las fuerzas militares?

—A los dos minutos de marcharse usted. Y como yo terminé de desconectar aquello, me vine hacia aquí con este muchacho que encontré de pasada, por si podíamos ayudarla en algo: preparar el té, o los bocadillos…

—Pues no. Muy amables. ¿Cómo… van las cosas por allí?

—¿Por Foxhole Blue Cavern? Vamos a enterarnos enseguida. —Sacó la radio de bolsillo, y la accionó—. ¿Hola?

—¿Qué hay?

—¿Cómo está eso? Baby tiene mucho interés en saberlo.

—Pues se han lanzado gases en toda la caverna, y algunos han salido ya, rindiéndose. Los pocos que se niegan a hacerlo caerán pronto bajo el gas. Pan comido. No es bueno refugiarse en una cueva.

—Los esquimales —apuntó Brigitte.

—¿Y los esquimales? —preguntó Simón.

—Esos están todos bien. Completamente atontados y sin saber si es de día o de noche ni si están muertos o vivos, pero bien. No saben nada de nada ni entienden nada de nada… Buena gente, pobrecillos. ¿Qué más?

Simón miró a Brigitte, pero la espía movió negativamente la

cabeza.

—Nada más —dijo Simón—. Hasta luego.

Guardó la radio, miró hacia el helicóptero ardiendo, y movió pesarosamente la cabeza.

—Parece que su excelencia, el generalísimo Kolitia, no lo ha pasado bien, ¿verdad? ¿Cómo lo hizo?

—Le disparé con el fusil que él mismo inventó, una de esas cápsulas de gas… La última, por cierto.

—Vaya… A eso le llamo yo aprovechar la munición. ¿Qué tal si ahora nos dedicamos a registrar la casa?

—Ese es trabajo secundario —sonrió Brigitte.

—Oh, entiendo, entiendo… Y la gran majestad no pierde el tiempo en esas cosas, ¿no es cierto?

—Así es, Simón.

Este miró de nuevo hacia el helicóptero, y asintió con la cabeza.

—Me parece lógico. ¿Se va?

—Temo que sí. Ordenaré —sonrió, como disculpándose con modestia—… sugeriré que usted se encargue de los últimos detalles, y del informe. ¿Le parece mal, Simón?

—De ninguna manera. Entiendo que está deseando saber cómo le va a su amigo Frankie.

—Justo en la diana, Simón.

—Mmm… ¿Volveremos a vernos?

—¿Quién sabe? Cualquier día, en cualquier momento, en cualquier lugar, los caminos de los espías se cruzan. Hasta entonces, adiós. Adiós a los dos… Y gracias por venir a salvarme.

Brigitte tendió la manita a los dos, y se alejó. Poco después, su helicóptero se elevaba hacia el cielo gris del amanecer.

Y abajo, los dos espías estuvieron mirándola hasta que desapareció.

—Bueno —dijo Simón—. Todavía nos queda algo de trabajo por hacer.

—Hay una cosa que me tiene intrigado: ¿qué hacía ella en la jaula de esas zorras?

—Conversando con ellas. No me extrañaría —sonrió—. Apostaría a que si tardamos un poco más, se hace amiga de la familia. De todos modos, tiene algo en común con ellas.

—¿Con las zorras? ¿Qué cosa?

—Pues… siempre he oído decir: astuta como una zorra…

Este es el final

—Je, je, je —rio Frank Minello—. ¿De modo que la señora Raysdale todavía no sabe lo que ocurrió? ¿Y qué pasó con el capitán Cursam?

—Creo que el G-2 procederá dentro de unos días a darle unas cuantas explicaciones.

—Bien… ¿Algo más? ¿Ha pasado algo más durante estos diez días?

—Oh, sí… ¿Recuerdas que te dije que se había encontrado el archivo de Ermak Kolitia, medio quemado?

—Sí, sí…

—Pues se consiguieron todavía algunos nombres y direcciones, así como los destinos actuales de algunos de los comandantes de alquiler.

Y así, deteniendo a unos y otros e interrogándoles… expertamente, se puede decir que el asunto está poco menos que liquidado.

—Vaya… Me alegro de veras, Brigitte. ¿Qué tienes ahí?

—Un regalo para ti.

—¡Bien! A ver qué es…

—Luego.

—¿Por qué?

—Porque así lo quiero yo —sonrió la espía.

Frank Minello quedó silencioso. Estaba tendido en la cama del cuarto que ocupaba en la mejor clínica de Nueva York, gastos pagados oficialmente por cierta señorita Montfort, pero, extraoficialmente, la CIA debería anotar tales gastos en sus libros.

El periodista se llevó las manos a los vendajes que cubrían su rostro, un tanto temblorosamente.

—¿Sabes? —musitó—. Creo que no te serví… de gran cosa. Un pobre tonto que se deja capturar y que…

—Estás diciéndolo todo completamente al revés, Frankie. Fuiste

tú quien lo organizó todo.

—¿Yo…?

—Claro. La bola de nieve empezó a rodar montaña abajo cuando te capturaron. A partir de ese momento, todos perdieron la cabeza, se dedicaron a hacer tonterías, pudimos descubrir el submarino… No sé si de verdad eres un chico modesto, o un hipócrita al que le gusta que lo halaguen, Frankie.

—¿De verdad hice… conseguí todo eso?

—La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

—Demonios… Entonces… ¡soy un héroe!

—Aproximadamente —rio la espía.

—Sí… Aproximadamente… Con lo que va a quedar de mi cara no podré lucirme mucho por ahí, ¿verdad?

—Algo quedará, supongo. No te desanimes: hay hombres feos que tienen un… extraño atractivo masculino muy interesante.

Minello quedó de nuevo silencioso, y Brigitte, comprendiendo su estado de ánimo, le imitó. No tardando mucho, los vendajes serían quitados del rostro de Frank Minello, y entonces…

La puerta se abrió justo en aquel momento. Un hombre con bata blanca, que saludó afablemente a Brigitte; una enfermera con una cubeta con tijeras, pinzas… Brigitte miró los ojos de Minello, únicos puntos del rostro no ocultos por las vendas. Vio claramente el chispazo de miedo, pero permaneció en silencio. Durante cinco minutos, en absoluto silencio, el cirujano y la enfermera se dedicaron a su trabajo, mientras Brigitte miraba por la ventana, hacia Manhattan…

—Bueno, esto ya está —dijo de pronto el cirujano—. Todo muy satisfactorio, señor Minello.

—¿Sa… tisfactorio? —musitó el periodista.

—Bueno… Comprenda que no se pueden hacer milagros —sonrió el doctor—. De todos modos, tengo entendido que no era usted demasiado guapo. Y como la señorita Montfort me ha pedido que los deje solos, pues… Enhorabuena y hasta la vista.

Salieron el cirujano y la enfermera. Brigitte volvió a sentarse junto a Minello y sonrió luminosamente.

—Frankie… ¡qué guapo estás!

—Emmm… Yo… yo-yo-yo… yo no quiero estar guapo… ¡No quiero estar guapo! ¡Quiero mi cara! ¡Mi cara!

Brigitte le entregó el regalo, sonriendo.

—Felicidades.

—¿Qué… qué es esto… qué demonios es esto…?

—Un espejo.

—¡No!

—Es un bonito espejo, que te servirá para afeitarte, y para jugar con el sol cuando vayas de vacaciones. Vamos, Frankie, no seas cobarde: una cara es siempre una cara.

—¡Pero es que yo quiero mi cara!

—¿Y cuál crees que tienes? ¿La mía?

—Me… me estás… engañando…

—¿Por qué no demuestras ese gran valor, mirándote en este espejito?

Minello cogió el espejo y se quedó mirando al techo, asustado.

—Espejito, espejito… Dime: ¿hay alguien más hermoso que yo? —Alzó de pronto el espejo, se miró un instante, lo bajó… y volvió a subirlo rápidamente. Tras unos segundos de estupefacción, lanzó un alarido que debió de llegar al último rincón de la clínica—: ¡HEEYYY…! ¡Pero si este soy yo! ¡Soy yo, Frank Minello, el tipo más… más… más… más…!

—Más escandaloso del mundo —acabó Brigitte, por fin.

—¡Tengo mi cara! ¡Mi cara! ¡Enfermera! ¡Enfermeraaaaa…! ¡Quiero champaña y… con guindas, sí…, y caviar, y pavo al horno, y…! ¡Enfermeraaa…! ¡Quiero que me…! Un momento —se calmó de pronto, mirando aviesamente a Brigitte—. Tú me debes algo, encanto.

—¿Sí, Frankie? ¿Qué cosa?

—Oye, ¿yo te libré de aquellos perros, sí o no?

—La primera vez, sí, fuiste tú.

—¿Y bien? Todavía no he cobrado el premio, ¿verdad? Un besito en cada pierna, fue el trato…

—He pensado en eso, Frankie. Y creo que tienes razón.

Los ojos de Minello se desorbitaron.

—¿De… de veras…? Bu-bueno, pues me pregunto qué esperamos…

—*Okay*. Toma, bésame las piernas.

Le entregó una fotografía. Minello, atónito, la miró, y vio ni más ni menos que a la espía Baby en bikini, sonriendo, tirando un besito

con los deditos…

—Pe-pero esto… esto… ¡esto es un timo!

—Pensé que preferirías besármelas muchas veces, y este me pareció un buen sistema. Hasta luego, Frankie.

—¡Enfermeraaaa! ¡Deténgala! ¡Detenga a esta tramposa…! ¡ENFER-ME-RAAAA…!

Brigitte le tiró un besito y salió a toda prisa del cuarto… Reapareció enseguida, con el gesto de quien ha olvidado algo.

—Oh, Frankie, lo olvidaba: esta noche, a las ocho, te espero en mi apartamento. Estás invitado a cenar. A cenar. Y no olvides que si me molestas demasiado, te demostraré cómo se lucha utilizando judo. *Ciao*, héroe.

FIN

Notas

[1] En inglés, *Foxhole Blue* significa «Zorrera Azul». <<

[2] Véase la novela de doble extensión titulada, precisamente, *Objeto 777*. <<